CUMPLIRÉ TU DESEO

ARIADNA BAKER
MARCOS A.C.



CUMPLIRÉ TU DESEO

ARIADNA BAKER
MARCOS A.C.

Primera edición.

Cumpliré tu deseo

©Ariadna Baker. Marcos A. C.

©noviembre, 2024.

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
RRSS:

Capítulo 1



Lucía

Llegué a la bodega donde había quedado con Raquel cinco minutos antes de la hora, aunque claro, ella seguramente llegaría cinco minutos tarde porque aún estaría de camino desde el trabajo.

Raquel tenía mi edad y nos conocíamos desde el colegio, era mi mejor amiga y confidente en todos los sentidos. Era un tanto alocada pero justo lo que yo necesitaba en muchos momentos de mi vida.

A las dos nos encantaba esta bodega, porque era ese lugar donde disfrutábamos de unas tapas y una copa de vino.

Las paredes eran de piedra y madera, lo que le daban ese aire rústico y tradicional. Las mesas y las sillas eran de madera maciza, y había algunas altas que en realidad eran barricas de roble.

Del techo colgaban unas pequeñas lámparas con una luz cálida que creaban el ambiente perfecto para disfrutar de un momento tranquilo y un buen vino.

Una de las paredes era toda una estantería repleta de botellas de vino de diferentes regiones, y ese sí que era un toque elegante.

Cuando la camarera me vio quitarme el abrigo se acercó a saludarme, nos conocía a Raquel y a mí desde hacía años, le pedí una botella de vino blanco y unas tablas de queso y jamón para picar, y me senté a esperarla.

Vi entrar a una pareja de lo más acaramelada y sonreí, al menos porque se veían felices y hacían una bonita pareja, no porque yo fuera fan del amor, que no era el caso.

Había tenido algunas parejas, pero estaba claro que el pequeño Cupido lanzándome sus flechas no tenía puntería, porque a cuál de mis ex era peor. Aunque uno de ellos sin duda era el

que se llevaba el premio gordo, y no el de Navidad precisamente.

No, yo huía del amor como un alérgico de las abejas, no quería más flechas en mi camino, que al final una de ellas igual hasta me hacía diana en un ojo y acabaría siendo como un pirata con parche.

Y aunque no había cabida para el amor en mi vida ni en mi cabeza, sí tenía ese alguien especial que me hacía pasar momentos buenos, tiernos y divertidos a la par que excitantes.

Yo le llamaba mi *sugar daddy* porque tenía varios años más que yo, y sí, también porque era un empresario de lo más exitoso y con una buena cantidad de ceros en su cuenta bancaria. Aunque yo no estaba con él por eso, sino porque como persona y como hombre era un diez.

La camarera me trajo lo que había pedido y solo un par de minutos después apareció Raquel.

—Ya estoy aquí —informó sonriente mientras se quitaba el abrigo.

—Directa del trabajo, como siempre. —Reí al ver que llevaba aún el uniforme de pantalón y chaqueta de la perfumería en la que era dependienta.

—Sí, con esto de que estamos a un paso de las fiestas navideñas, están llegando un montón de productos y packs de regalo que ha pedido mi jefa. Por cierto. —Abrió el bolso y sonreía a sabiendas de lo que iba a sacar de él—. Unas muestras para mi amiga favorita.

—Mira que eres capulla, no tienes más amigas. —Reí.

—Es verdad, pero contigo me basta y me sobra, que eres como mi hermana.

Cogí las muestras de perfume y cremas que me había traído, algo que solía hacer todas las semanas y claro, yo luego me compraba algunas de esas cremas, y las guardé en mi bolso.

—¿Qué tal el día con tu madre? —preguntó cogiendo un trocito de queso.

—Bien, ha salido del salón de belleza diciendo que le han quitado diez años de encima.

—Uf, pero si está estupenda, ya quisiera llegar yo a su edad con la piel tan tersa.

—Pues según ella, la han dejado sin arruguita de expresión.

—Ah, pero como decía tu abuela…

—La arruga es bella —dijimos al unísono y nos reímos.

—Exacto. —Cogió su copa de vino y la chocó con la mía—. ¿Has visto a tu chico? —Curioseó tras dar un sorbo.

—No es mi chico.

—Perdona, se me olvidaba que no le pones etiqueta.

—Me escribió anoche y charlamos un poco antes de acostarme.

—Es un buen hombre, no como otros que conocemos.

—Y que no mencionamos —le recordé.

—Cierto, sobre todo el nombre de uno que es como si estuviera maldito —dijo haciendo que le recorría un escalofrío por el cuerpo.

—Y tú qué, ¿has vuelto a ver al ginecólogo? —Curioseé.

—No, no tengo cita para revisión hasta enero.

—Mira que puedes ser capulla, Raquelita. —Volteé los ojos.

—Ah, a ese otro ginecólogo dices. Pues no, tampoco, es lo que tiene estar en proceso de divorcio, ya sabes, quién se queda con la vajilla de la tía Herminia, quién se lleva la cubertería de la abuela Rosaura, esas cosas. —Se encogió de hombros.

—¿Tú cómo estás?

—Desde que le mandé a la mierda, mucho mejor. Y pensar que iba a cambiar de clínica para mis revisiones ginecológicas —suspiró—. Al final voy a hacer como tú, me voy a buscar un *follamigo* y listo.

Raquel había estado un año y medio saliendo con un ginecólogo la mar de simpático, solo que ocultaba que estaba casado felizmente y era padre de dos gemelos de cinco años, además de estar esperando su tercer hijo. Lo de que estaban peleando en pleno divorcio era mentira, porque cuando le acabó confesando a Raquel que estaba casado, gracias a que nos lo encontramos un día en el centro comercial con toda la familia, le dijo que hacía tiempo que no estaban bien y que se iba a divorciar, pero como le dijo ella, tan mal no estarían cuando su mujer estaba embarazada de seis meses.

—Si es que a Cupido le tenían que quitar el carné —dije cogiendo mi copa.

—El carné de vuelo y la licencia de tiro con arco, porque no veas si tiene mala puntería el querubín —resopló—. Pero a ver, que yo confío en el amor, aunque solo sea un poquito, mira tus

padres, toda la vida juntos y ahí siguen. Treinta años de amor y veintinueve de feliz matrimonio.

—Sí —sonreí—, el suyo sí que es un amor de «felices para siempre».

—Antoñito y María tienen un amor de cuento, de esos bonitos.

Seguimos disfrutando del vino y las tapas hasta que propuso ir al local que estaba en la calle de atrás para tomarnos una copa.

Allí era donde solíamos acabar muchas noches con un *gin-tonic* y bailando; así que sí, después de pagar, salimos de la bodega y fuimos dando un paseo hasta el local.

Nada más entrar, la música ya te invitaba a mover las caderas, y eso fue lo que hicimos las dos yendo hacia la barra.

Aquel era un local de lo más moderno, las luces LED cambiaban de color al ritmo de la música y eso hacía que le diera un aire de lo más animado.

Al fondo estaba la pista de baile, donde varios de los clientes ya estaban dejándose llevar por las canciones que resonaban a todo volumen. Había varias mesas a un lado del local de madera oscura con sillones en color crema y varias más altas con taburetes repartidas por el resto del lugar.

Que el local estuviera lleno, no era ninguna novedad, ya que era uno de los más conocidos en la ciudad, donde muchos *influencers* tomaban una copa y se hacían fotos que subían a sus redes, o celebraran sus fiestas de cumpleaños dando un mayor caché a ese bar de copas de moda.

Pedimos un par de *gin-tonics* y no tardamos en dejarnos llevar por la música, algo que en nosotras era más que habitual.

—Pero si están aquí Pili y Mili —dijo Fran.

—¡Hombre, Paquito el chocolatero! —gritó Raquel y él volteó los ojos.

—Al menos no te ha dicho el churrero esta vez. —Reí.

—Qué cruz tengo con eso —suspiró él.

Fran era el dueño de aquel local, pero nosotras le conocíamos de toda la vida porque su padre era el dueño de la churrería donde hacían los mejores churros de la ciudad.

Tenía treinta y dos años y era atractivo, moreno con unos ojos verdes impresionantes.

—Paquito, no te enfades que sabes que eres mi chocolatero favorito. —Raquel le dio un beso en la mejilla y él sonrió al tiempo que negaba.

—Te traduzco —le dije poniéndole la mano en el hombro, y sí, las dos llevábamos ya un par de copas y estábamos contentillas, que se decía—. Quiere que la invites a un chupito.

—Por el interés me quiere, nada más —volvió a suspirar—. Con lo bien que te trataría yo. ¿Sigues con el ginecólogo?

—Shhh, al diablo no se le nombra —susurró ella con el dedo en los labios.

—¿Han roto? —Frunció el ceño, y es que, aunque nos llevábamos muy bien con él, esa parte de la historia de mi amiga no la sabía.

—Resumido —contestó Raquel—: Hace tiempo le mandé al carajo porque estaba casado, o sea, pero con gemelos y bebé en camino y todo. El pack completo, vaya.

—Qué cabrón —murmuró y noté que apretaba los dientes—. Bueno, os invito a unos chupitos —dijo llamando a la camarera.

—¡Ese Fran, ese Fran! Eh, eh. —Empezó a canturrear mi amiga.

Nos pusieron unos chupitos y los tomamos los tres tras un brindis por Cupido, el mejor casamentero del mundo, nótese la ironía.

Y entonces empezó a sonar la melodía de una canción que ella escuchaba mucho en esos meses desde que había dejado al ginecólogo. Y era para verla, bailando y cantando en medio de la pista, donde por cierto me había arrastrado con ella, al más puro estilo Shakira y Karol G.

—*Lo que vivimos se me olvidó, y eso es lo que te tiene ofendido…* —gritaba ella con ese contoneó de caderas que hasta chocaba con la mía.

Se convertía en la reina de la pista y todos aplaudían, incluso Fran, que no le quitaba los ojos de encima. Hasta que cambiaron de canción y cuando fuimos a la barra a dar un trago a nuestra copa, ella le cogió de la mano y se lo llevó para bailar.

Y menudo bailecito se marcó ella, de esos sensuales y sexis que sin duda estaba haciendo que el pobre Fran lo estuviera pasando un poquito mal, aunque no perdía la oportunidad de tocar las caderas de mi amiga en cuanto tenía la ocasión.

Yo me quedé allí tomando mi copa mientras los veía, hasta que acabó la canción y ella le dio un beso en la mejilla antes de volver conmigo a la barra.

—Lucía.

—Dime.

—Creo que esta noche no voy a dormir sola. —Le dio un sorbo a su copa.

—Ah ¿no? ¿Y con quién vas a dormir?

—Con el chocolatero, que no veas como tenía el churro mientras le bailaba. —Elevó ambas cejas.

—La madre que te parió, Raquel. —Se me fue el *gin-tonic* por mal sitio al escucharla y no me ahogué de milagro.

—¿Tú crees que si le invito a mi casa…?

—¿Quieres saber si diría que sí? —la corté— Pues sí, seguro, y no porque le hayas puesto como una moto con ese bailecito, que, por cierto, creo que se ha ido al baño, sino porque le gustas y no de ahora.

—Eso lo sospechaba, pero como estaba con ya sabes quién. —Se encogió de hombros.

—Pues ahora tú estás soltera igual que él, así que, dale a tu cuerpo alegría Raquelita.

—Y me como el churro, que no veas cómo estaba.

—Por el amor de Dios, no digas esas cosas. —Reí.

Fran volvió a pasar por delante de nosotras y sonrió al ver que Raquel se acercaba, no tardó en ponerse de puntillas y decirle algo al oído, él frunció el ceño y la miró sorprendido, le dijo algo y ella asintió antes de morderse el labio inferior. Yo conocía bien a mi amiga, y sabía que ese gesto era la antesala a un beso.

No me equivoqué, pues tras llevar la mano a la nuca de Fran y dejarla en su cabello, le besó.

Él la rodeó por la cintura con ambos brazos y se quedaron allí, meciéndose mientras se besaban unos minutos.

Cuando se separaron los dos sonrieron y ella se vino hacia la barra conmigo.

—Dios mío, qué beso —dijo apoyándose en la barra.

—Ya lo he visto, ya. —Reí—. Bueno, yo me voy para casa que tú te quedas en buena compañía. —Le di un beso en la mejilla y cogí mis cosas—. Hablamos, cariño. Y ya sabes, lo que tenga que pasar, que pase. Te quiero.

—Y yo. —Me abrazó.

Me despedí de Fran con la mano yendo hacia la puerta, y una vez en la calle, paré un taxi para irme a casa; pues cuando salía con Raquel nunca cogía el coche.

Capítulo 2



Lucía

Diciembre, y con él afrontábamos de nuevo el final de otro año que, al igual que los demás, se había pasado rápido en algunos momentos, pero no tanto en otros.

Nada más despertarme cogí el móvil para escribir a Raquel, sentía curiosidad por saber cómo le fue la noche. No tardó en responder que había sido una noche increíble, y que habían quedado para cenar hoy.

Me dio que iba a ir despacio y con pies de plomo, aunque con Fran había sentido una conexión diferente a la que había experimentado con otros antes.

Me levanté cargada de energía, o como diría mi madre, más hiperactiva que de costumbre, prueba de ello era que después de un café con tostadas de aguacate y salmón, aprovechando que mis padres se habían ido a hacer la compra, le di un buen repasito de limpieza al piso a ritmo del *Belive* de Cher.

Con la música en el móvil y los *earpods* puestos, canturreaba aquella canción que me había dejado en bucle mientras iba de un lado a otro de la casa, aspiré y fregué los suelos del salón, la cocina, el aseo y los dos dormitorios del piso en el que vivía con mis padres. Y es que el ritmillo de esa música me activaba aún más.

Nunca necesitamos grandes lujos; y como decía mi padre, teniéndonos los unos a los otros ya era perfecto.

El piso era acogedor y luminoso, el salón era amplio y se comunicaba con la cocina gracias a una ventana que estaba justo detrás de la mesa donde comíamos. Como solía decir mi madre, así era más fácil pasar los platos de un lado a otro.

Aunque en la cocina, que también era amplia, teníamos una mesa donde desayunábamos.

Mis padres me encontraron en un momento inesperado, terminando de esponjar los cojines del sofá mientras cantaba a todo pulmón. Se detuvieron en la entrada del pasillo, sonriendo al verme.

Desconecté los *earpods* del móvil y le di más volumen para ir a coger a mi madre de la mano, a quien esa canción le gustaba igual que a mí. Y ahí que nos arrancamos las dos a cantar.

Adoraba a mi madre, era mi heroína en todos los sentidos, y el ejemplo a seguir por mi parte.

—Y después de este momento al más puro estilo diva del pop, vamos a guardar la compra —me dijo mi madre con una sonrisa.

—Vamos, que luego preparamos un pollo al limón para comer, y tú y yo nos vamos a ir de tiendas esta tarde.

—¿De tiendas? ¿Para qué?

—Para salir un poquito, mamá, que nos dé el aire —contesté.

—¿Ya habéis terminado el concierto? Y yo que os iba a pedir un bis —dijo mi padre cuando entramos en la cocina.

—¿Tú quieres que te cantemos, papá? Pues nosotras te cantamos, ¿verdad que sí, mamá?

—Hombre, pues claro —contestó.

Empecé a dar palmas y mi madre sonrió porque bien sabía ella el ritmo que le estaba marcando, el de esa canción que a ella le gustaba cantar y que a mí me hacía entonar también. Y no tardó en empezar a cantar la parte del final.

—*Ayer, hoy, mañana y siempre. Eternamente a tu vera.*

Mi madre tenía una voz preciosa, y desde que tenía uso de razón la recordaba cantando esas coplitas que de siempre le habían gustado.

—*A tu vera, siempre a la verita tuya.* —Cantamos las dos mientras mi padre sonreía y negaba.

Bien sabía él que era no solo el hombre más importante en la vida de mi madre, sino también en la mía. Él era y siempre sería el primer hombre de mi vida, ese al que quería con toda mi alma.

—Yo sí me quedo a la verita vuestra, que sois mis dos luceros —dijo mi padre acariciándonos la mejilla a ambas.

Ambas reímos, porque si había algo que mi padre no dejaría de decir nunca era eso, que éramos sus dos luceros, pero por el color azul tan intenso que tenían nuestros ojos. De mi padre había heredado el cabello castaño, así que tenía una mezcla genética perfecta de ambos.

—Esto no va a aquí. —Escuché que decía mi madre cogiendo una bolsa negra.

—Mamá, ¿te has traído la basura de la calle?

—¿Qué dices de basura, loca? Que no se me ha ido la cabeza, que esto es… una cosa que no puedes ver.

—Si no querías que supiera que era un regalo de cumpleaños para ella, ya lo sabe —dijo mi padre mientras guardaba la carne en la nevera.

—¿Ese es mi regalo de cumpleaños? ¿Qué es? —Fui a coger la bolsa.

—Che, quieta ahí parada. —Mi madre levantó la mano para frenarme—. No es tu regalo de cumpleaños, en una cosa que hemos comprado tu padre y yo para nosotros.

—Mira, si me dices que ahí llevas un vibrador o algo así, me da, te juro que me da, mamá.

—¿Y para qué quiero yo un vibrador?

—Eso digo yo, ni que no pudiera darle a mi señora esposa lo que le gusta.

—Vale, vale, por favor —me tapé los ojos—, que no voy a poder borrar esa imagen vuestra en la intimidad de mi cabeza.

—Has empezado tú diciendo que esto era un vibrador. —Mi madre se encogió de hombros.

—Es que normalmente es en bolsas negras donde las tiendas guardan esas cosas.

—Ahora somos tu madre y yo los que no queremos saber por qué sabes eso —dijo mi padre señalándome con el fuet.

—Mejor no lo sepáis, no. —Reí.

—Bueno, voy a guardarlo, ahora vengo. —Mi madre salió de la cocina y aproveché que estábamos los dos solos para preguntarle cómo le había ido en la compra.

—Bien, pero sabes que a veces se cansa un poco.

—Y por eso hoy me la llevo a un salón de belleza, para que tenga un día de chicas tranquilo

—sonreí mientras cogía un poco de ese pan de pueblo que habían comprado y que me encantaba.

—Le vendrá bien —dijo dándome un beso en la mejilla.

Cuando mi madre volvió, nos pusimos las dos a preparar un pollo al limón para comer con patatas fritas mientras mi padre hacía una ensalada de primero.

Tras la comida tomamos café con unas pastas que habían traído, momento que me pasé preguntándoles qué regalito de cumpleaños me habían comprado. Pero nada, que insistían en que no era para mí.

—Es que mentís muy mal. —Reí.

—Y tú sigues como cuando tenías cinco años, que te pasabas una semana preguntando qué te habíamos comprado —contestó mi madre.

—Por no hablar de cuando le daba por revolverlo todo a ver si lo encontraba.

—Pero no le des ideas, hombre —protestó ella.

—Eso, Antoñito, no me des ideas. —Volví a reír.

—No le doy ideas, ella se basta solita para eso. A ver si te crees que mientras se hacía el pollo, no ha ido a buscar.

—Uy, lo que ha dicho. —Lo miré con los ojos muy abiertos.

—La verdad, cariño, que soy tu madre y te conozco desde hace veintisiete años.

—Uno más, que para lo que le queda…

—Papá, ¿me estás llamando vieja?

—No, no, por favor.

Me encantaban estos ratitos con mis padres, pero sobre todo porque al igual que él, procuraba que mi madre se animara después de todo lo que habíamos pasado en los últimos tiempos.

Tras el café, mientras ellos recogían todo, fui a ponerme unos vaqueros, el jersey y las botas altas de tacón bajo que me chiflaban para esos días fresquitos. Me maquillé un poco y tras coger el abrigo y el bolso, le quitamos las llaves del coche a mi padre para irnos las dos solas.

—¿Y dónde me llevas? —preguntó cuando llevábamos un ratito en el coche.

—Ya lo verás, tú déjate sorprender.

—Miedo me dan a mí tus sorpresas.

—Pues esta te va a encantar, que lo sé yo. —Reí.

Entramos en el parquin del centro comercial y cuando subimos en el ascensor hasta la segunda planta, seguía preguntándome dónde iba a llevarla sin que yo le diera una respuesta. Hasta que me vio abrir la puerta del salón de belleza.

Había reservado cita para las dos, así que ahí estábamos, listas para que nos dejaran relajaditas y más guapas que nunca.

El salón era de lo más acogedor y moderno, con las paredes en tonos *beige* y marrón suave haciendo que la estancia se viera elegante.

En la zona de peluquería lo que más llamaba la atención eran los espejos, rodeados de bombillas como si fueran los camerinos de las actrices.

También tenían un área para manicura y pedicura donde, al igual que los peluqueros, no dejaban de trabajar.

Sin olvidar el espacio donde ofrecían tratamientos faciales en el que, al igual que en las salas de masajes, te mimaban mucho.

Me encantaba ir a ese salón porque ya solo con estar en él, rodeada de esos aromas naturales y la música suave que sonaba de fondo, te empezabas a relajar y desconectabas de todo.

Una de las chicas nos llevó hasta la zona donde tenían los cuartitos de masaje. Nos quitamos la ropa en el vestuario y tras cubrirnos con una toalla, llevando solo las braguitas, nos fuimos hacia la sala en la que nos darían el masaje.

—Te van a dejar como nueva, mamá —le dije dándole un beso en la mejilla al entrar en la sala.

—Ya solo con entrar aquí, me siento más relajada —sonrió.

No era para menos, porque en aquella sala el ambiente era de lo más tranquilo y armónico, perfecto para una sesión de liberar tensiones con un buen masaje.

Había velas aromáticas encendidas que desprendían un delicado aroma a lavanda, y eso, acompañado de la música, hacía de la estancia un lugar de lo más agradable.

Nos acomodamos cada una en una camilla y no tardaron en llegar las chicas que trabajarían

nuestros cuerpos.

Y así, entre aceites, el sonido de agua fluyendo que sonaba de fondo y el aroma de las velas, nos pasamos cuarenta y cinco minutos en los que casi nos quedamos dormidas.

—¿Qué tal el masaje? —le pregunté.

—Si me dejan cinco minutos más en la camilla, no me despertáis hasta mañana.

—O sea, que bien. —Reí.

—De lujo.

—Vamos, que nos toca el *peeling* facial.

—¿Y qué me van a hacer?

—Quitarte pieles muertas, hidratarte, masajearte la cara y dejarte el cutis suave, suave.

—Suena bien.

Volvimos a vestirnos y nos acomodamos en los sillones reclinables donde nos dieron aquellos mimos para la cara con las mejores cremas, tanto fue así que, cuando mi madre se miró en el espejo, dijo que le habían quitado diez años de encima.

—Mira que eres exagerada, mamá. —Reí.

—Será que miento, si estoy igualita que cuando tú tenías dieciocho años. Mira, mira cómo han desaparecido las arruguitas de expresión.

—Pues ya sabes, sin reírte para que no te salgan otra vez. Eso, o te ríes con los labios así, como si fueras un pececillo. —Los fruncí un poco y empecé a reír.

—Como decía mi abuela, que en paz descanse, la arruga es bella.

—Claro que sí, sobre todo las de reírse, que hay por ahí cada una con cara de amargada que no se ha debido de reír en su vida, que dan miedito.

Y yo había conocido a una así, por lo que sabía bien de lo que hablaba.

Después del *peeling* nos arreglamos un poco el pelo, solo las puntas para sanearlas, y nos hicimos la manicura en un bonito color rojo coral que le gustó a mi madre.

Para cuando acabaron de ponernos guapas, salimos de allí como nuevas y fuimos a tomarnos un café antes de volver a casa, pues ella quería descansar y yo tenía pensado preparar una tortilla de patatas para cenar.

Capítulo 3



Dylan

«La modelo Antonella di Soracco celebra dos años de relación junto al futbolista Marco Walsh, hecho que dio a conocer después de anunciar su separación matrimonial con el empresario Dylan Blane»

Antonella, mi exmujer, había posteado una foto en sus redes sociales soplando una vela con el número dos junto a su pareja, motivo que había dado a todo tipo de titulares en los medios, en los cuales, mi nombre no se salvaba de aparecer en ninguno.

Llevaba poco más de dos años separado de la que en su momento consideré la mujer de mi vida. Habíamos estado casados durante tres años hasta que descubrí que tenía un lío con ese futbolista. Los medios creían que todo empezó después de nuestra separación, ya que ella lo quiso hacer ver así, y yo nunca quise entrar al trapo de nada. Intentaba mantener mi vida privada tan lejos de la prensa como me era posible, por no hablar de que me ahorré meses de titulares innecesarios en las revistas del corazón.

Mi vida cambió por completo, y necesité muchos meses para comenzar a recuperarme, pero solo fue cuestión de tiempo.

Con mi exmujer seguía en contacto, ya que teníamos una niña de cuatro años en común, Alejandra, lo mejor que me quedaba aquella relación; mi preciosa muñequita rubia de ojos azules que me tenía completamente conquistado y de la que yo tenía la custodia absoluta. Vivía conmigo, pero el día anterior se había ido con su madre durante dos semanas a Italia, ya que Antonella era de allí y se la llevaba cada ciertos meses por quince días, cosa que jamás le puse objeción alguna, porque ante todo era su madre.

Solté el aire a la vez que me frotaba la cara después de mirar la hora en la pantalla del coche. Dos precisamente eran las que llevaba parado en un atasco que no avanzaba absolutamente nada, y que se estaba llevando por delante la poca paciencia que en estos momentos me quedaba.

A este paso, obviamente, ya ni me merecía la pena llegar hasta mis oficinas para trabajar lo

que quedaba de la mañana del viernes.

—Buenos días, Dylan —respondió mi secretaria al descolgar la llamada.

—Buenos días, Estefanía. Necesito que anules toda mi agenda de la mañana. Estoy en un atasco y no avanzo. Voy a salir por el primer desvío y regreso a casa.

—Tranquilo, solo había un par de reuniones por videollamada, nada importante. Las pospongo para el lunes y martes. Ten un buen fin de semana.

—Igualmente, Estefanía.

Me desabroché el nudo de la corbata y me la quité, dejándola en el asiento de al lado. No había nada en el mundo que me diera más rabia que no poder atender a mis responsabilidades, pero estaba claro que por mucho que quisiera controlarlo todo, el tráfico era algo que se me escapaba.

Las nubes anunciaban que, de un momento a otro, iba a romper a llover, ya que se iban haciendo cada vez más grandes y el cielo se estaba coloreando de gris por completo. Tal como había visto en las noticias, se esperaba un fin de semana frío y pasado por agua. Escuchaba *Always* de Bon Jovi, uno de los tantos temas que tenía en mi *playlist*, y mientras seguía atrapado en el coche en mitad de ese atasco, aproveché para poner un mensaje.

Dylan: *Buenos días, preciosa. ¿Te apetece un fin de semana de relax y mantita frente a la chimenea?*

Lucía: *Buenos días, mi sugar daddy. Si me prometes palomitas, chuches, bombones y pizzas, acepto.*

Dylan: *¿De dónde me has salido tan golosa? Por cierto, no me llames así que me haces sentir más viejo. Claro, podemos ir a comprar antes de encerrarnos en casa. Estoy en un atasco, en cuanto salga de este te aviso y te digo el tiempo que tardo en recogerte.*

Lucía: *Vale, voy preparando mis cosas. Imagino que no has trabajado hoy.*

Dylan: *He intentado ir, pero llevo dos horas aquí metido y ya declino llegar hasta las oficinas. En nada salgo por un desvío, creo que en media hora te puedo recoger.*

Lucía: *Avísame cuando estés llegando.*

Lucía era mi persona favorita, esa joven de veintisiete años capaz de sacarme de la cabeza mis obligaciones y arrancarme una sonrisa tras otra. Pizpireta, divertida, rebelde, fogosa, dulce… Lo tenía todo.

Me consideraba un hombre relativamente tranquilo. A mis cuarenta y dos años ya tenía una templanza que solo se adquiría con el paso del tiempo, pero con ella a veces se me olvidaba hasta la edad que tenía.

A Lucía la conocí un año atrás cuando fui a un evento y ella trabajaba de azafata de una marca de vinos. Fue entonces cuando me ofreció uno y terminamos charlando durante toda la noche a pesar de que seguía atendiendo a los demás invitados.

Me dio todo un curso sobre vinos que yo escuché con una sonrisa, lo que ella no sabía es que yo tenía una maestría en el tema, ya que eran mi perdición…

Hubo una fuerte atracción entre nosotros y fue cuando terminó el evento que la invité a ir a tomar algo a otro lugar. Vimos el amanecer frente a la playa desayunando en una terraza. Ahí comenzó todo…

Lucía vibraba conmigo, pero no me veía ni como su novio ni nada por el estilo, es más, cuando le preguntaba qué significaba yo para ella me decía que era su *sugar daddy* o amante.

Ella tenía claro que la diferencia de edad ahora le daba mucho morbo y seguridad, además de que la tenía encantada, pero que con el tiempo eso se le pasaría. Clara era, aunque reconozco que algunas de sus palabras me jodían porque me hacían sentir mucho más mayor, pero bueno, la adoraba y aunque ella no me viera como algo más, disfrutábamos del momento.

Eso sí, siempre me decía que era el tipo más jodidamente sexi que había conocido, y es que, para ser sinceros, la vida me había dado una genética muy generosa. Incluso dos años atrás, había salido en una de las revistas internacionales más importantes en la que me nombraron entre los diez empresarios más sensuales del mundo.

Nada más salir por fin de aquel atasco, la avisé con un mensaje y en cuanto llegué a su calle la vi a lo lejos, con su melena castaña ondeando al viento. Me esperaba con su preciosa sonrisa en la puerta de su casa con una bolsa grande para el fin de semana. Como siempre, sus ojos azules desprendían esa alegría que la caracterizaba. Le di un beso en los labios antes de abrirle la puerta del coche y cogerle la bolsa para ponerla en el maletero.

—¿Qué tal, preciosa? —Le apreté su entrepierna y ella jadeó haciendo la gracia.

—Joder, que llevo cinco días a dos velas, no me toques así que me voy de inmediato —dijo poniendo los ojos bizcos.

—Eres muy exagerada —negué riendo—. Podemos ir al súper que hay aquí al lado y luego a la tienda de chuches, y así no tenemos que desviarnos.

—Venga, pero una cosa, las *pizzas* las pedimos por teléfono, nada de trabajarlas nosotros que este finde no quiero ni hacer el huevo.

—Si quieres vamos solo a por las chuches y palomitas, lo demás lo pedimos a domicilio.

—Menos mal que habla mi *sugar daddy*, pensé que había desaparecido. Auch —dijo cuando le pellizqué su zona.

Me dirigí a su tienda de chuches favorita, que era gigante y había de todo. Paré en la puerta y le di el dinero para que cogiera lo que quisiera. Estaba lloviendo e iba a ser un lío el buscar dónde aparcar.

—Joder, cómo cae agua. —Serró la puerta corriendo y puso las dos bolsas detrás.

—¿Bien?

—Sí. —Dejó el cambio en el hueco que había entre los dos asientos—. Casi me gasto los cien euros. —Se echó a reír.

—Ya veo. —Le devolví la risita mientras salía de la calle.

—Es que está todo tan bueno y bien colocadito, que no me pude resistir a nada.

—¿Qué tal tu madre? —Me interesé cuando volvimos a incorporarnos al tráfico.

—Bien, con sus momentos de bajón, pero bien. Ya sabes, mi padre le da mucha vida y hace cuanto está en sus manos para levantarle el ánimo.

Su madre acababa de atravesar por un tratamiento contra el cáncer y lo habían pasado muy mal.

Yo mismo procuraba animarla a ella cuando la veía un poco baja de ánimo, aunque si Lucía tenía algo, era que sonreía sin dejar ver al mundo si batallaba con algo en su mente.

Llegamos a mi chalé y corrimos hacia dentro, ya que la lluvia no cesaba. Había pocos metros del aparcamiento a la puerta de la casa, pero los suficientes para que el agua nos calara.

Lucía se quitó la ropa y se puso el pijama. Le gustaba estar así y tenía una colección de ellos increíble. Yo le había regalado alguno que otro.

Llamé a un restaurante mexicano donde pedí algo de comer para el almuerzo, uno que sabía que a ella le encantaba. Se puso de lo más feliz.

—Venga, ponte cómodo, que no te quitas el traje chaqueta ni para cagar.

—Ya voy, estaba colocándote las chuches bien para que las tuvieras a mano.

—¿No te cansas de ser tan perfecto? ¿Acaso no las podía coger de las bolsas? ¿Pues no lo has colocado mejor que en la tienda? —Se reía.

—Te lo haré pagar caro —bromeé besándola.

—Ojalá —soltó de lo más risueña mientras juntaba sus manitas en modo súplica.

Me cambié de ropa, me puse un pantalón de algodón gris claro y una camiseta blanca de manga corta. Descorché una botella de vino mientras ella abría un paquete de patatas chips.

—Me acaba de llegar un mensaje. El viernes que viene tengo un evento en la bodega de los González del Valle. Es de dos a nueve. Me viene genial, estos lo pagan bien.

—Te pago el doble y no vayas —murmuré cogiendo una patata.

—Siempre me dices lo mismo, aun sabiendo de sobra la respuesta. A mí consiénteme todo lo que quieras, pero mis habichuelas me las gano yo. —Me hizo una burla.

—Está bien. —Levanté la palma de las manos.

No tardó en llegar la comida y colocamos todo en la mesa camilla frente a la chimenea, donde se estaba en la gloria.

—Joder, qué bueno está esto —gimió con esos nachos con guacamole que tanto le gustaban —. Por cierto, dentro de poco es mi cumple. —Dejó caer con un leve carraspeo—. ¿Qué me vas a regalar?

—¿Qué quieres?

—Ah, no, si soy yo quien pide, pierde toda la gracia y la sorpresa. Pero dale, estrújate la cabeza.

—No me hace falta. —Reí.

—¿A que no aciertas?

—¿He fallado alguna vez?

—El anterior no me regalaste nada.

—Nos habíamos visto un par de veces. Pero te he hecho muchos regalos, que aparentemente te hicieron mucha ilusión, a lo largo de estos meses. —La miré de medio lado.

—Sí, es verdad —sonreía—. Pero te la vas a tener que estrujar más.

—No lo creo.

Y no lo creía porque yo sabía qué era lo que necesitaba en estos momentos, y ya se lo había comprado.

Lucía era como una niña pequeña que vivía todos los momentos con mucha intensidad y que no era nada complicada. Se conformaba con muy poco y era feliz con todo.

Y a mí me tenía en una nube. Con ella sentía esa paz que me arrebataba mi trabajo, al que le dedicaba tantísimas horas.

Abrí el sofá para que quedase en grande y moví la mesa hacia un lado, de manera que pudiésemos estar frente a la chimenea sin tener nada en medio. Justo encima se encontraba el televisor.

Me tumbé detrás de ella tapados con la manta, también habíamos cogido nuestras almohadas, ya que a Lucía no le gustaba poner la cabeza en el reposabrazos.

Cogió el mando y empezó a buscar una película en una de las plataformas. Yo la dejaba que eligiera porque así disfrutaba con ella de lo que le gustaba. Mientras, le acariciaba la barriga por dentro de su camiseta y la pasaba despacito por su monte de Venus.

Le encantaban mis caricias y sucumbía a todas ellas sin poner ninguna objeción, todo lo contrario, se dejaba llevar y disfrutaba con todo lo que yo le hacía.

Se decidió por una de suspense, con una historia de amor detrás. Dejó el mando sobre el suelo y se relajó mientras yo seguía recorriendo con la yema de mis dedos cada recodo de su piel.

Mis dedos jugaban con sus pechos y ya podía notar, por su lenguaje corporal, que estaba de lo más excitada. Bajé la mano para asegurarme, encontrándome con la sonrisilla más pícara que solía dibujársele y su zona íntima lubricada por su propia esencia.

—Si paras eres hombre muerto —murmuró echando hacia atrás su cabeza.

—No se me ocurriría, jovencita. —Le hacía círculos sobre el clítoris, movimiento que detuve un momento para desnudarla y dejarla bocarriba.

Abrió bien las piernas, flexionándolas bajo la manta y me coloqué entre ellas. Aparté con mis dedos sus labios vaginales para meter mi boca y lamerla con intensidad, a la vez que con dos dedos de la otra mano la penetraba como a ella le gustaba, dejándolos dentro y acariciando con fuerza su interior.

Se movía temblorosa mientras yo seguía su ritmo, moviendo mi lengua y dándole mordisquitos. Se retorcía de placer.

Cayó rendida ante un orgasmo que la dejó aún más temblorosa mientras yo, con mis manos, le apretaba las caderas para contrarrestar la sensación de tensión con la que se había quedado.

La limpié utilizando una toallita húmeda que siempre guardaba en un lado del sofá, y me senté con ella sobre mí, a horcajadas, ya que le fascinaba esa postura en la que ella se penetraba al ritmo del placer que iba sintiendo.

Me agarré a sus pechos y carraspeé mientras se los fui estimulando. Eran realmente preciosos y representaban una locura total para mí. En el sexo, me sentía completamente satisfecho, ya que no solo disfrutábamos de momentos desde la calma, sino que también teníamos encuentros de lo más fogosos donde habíamos probado un sinfín de juguetes eróticos. Ella nunca me había puesto límites, todo lo contrario, se dejaba llevar poniendo la emoción y la sensualidad en cada ocasión.

Apretaba sobre mis hombros cuando volvía a estar de lo más excitada y elevaba la rapidez de los movimientos. Momento en que yo la agarraba con fuerza por las caderas para provocarla aún más. Nos fascinaban esos instantes tan excitantes que teníamos.

Al alcanzar juntos ese clímax al que nos habíamos llevado, se recostó en mi pecho, apoyando su cabeza en mi hombro, tras dejarme uno de sus suaves besos en él.

El viernes se pasó volando. Nos acostamos temprano, después de haber pasado toda la tarde y un buen rato tras la cena, relajados en el sofá.

Capítulo 4



Dylan

La lluvia había dado una tregua momentánea, pero sobre las diez se preveía que volvería a caer con intensidad.

Sin duda, este iba a ser un fin de semana en el que del sofá no nos moveríamos apenas, pues a los dos nos gustaba estar allí con la manta disfrutando del calor que nos proporcionaba la chimenea.

No era la chimenea lo único que me gustaba de mi chalé, pues tenía todo lo que me hizo enamorarme de la propiedad cuando lo vi.

Contaba con dos plantas y estaba situado en un lugar de lo más tranquilo. En la planta baja estaban el salón, que era amplio y con grandes ventanales que permitían la entrada de la luz natural, de modo que se creaba un ambiente cálido y luminoso; un aseo espacioso; la cocina, muy moderna y funcional, equipada con electrodomésticos de última generación y una isla en el centro donde podíamos desayunar o comer; y por último el gimnasio, ese rincón donde pasaba el tiempo descargando estrés a menudo.

En la segunda planta estaban las habitaciones: cuatro en total, todas con cuarto de baño propio. La mía contaba también con un vestidor amplio, y la de mi pequeña Alejandra era una monería en tonos pastel muy de princesa, como a ella le gustaba, donde no faltaba nada. Tenía estanterías con peluches, cuentos, muñecas, incluso había pedido enmarcar un puzle con un castillo muy parecido al de Disney.

En mi habitación además tenía un pequeño balcón desde donde podía ver el jardín trasero, ese que en verano era una locura disfrutar.

Tenía una piscina en el centro con una zona de tumbonas donde tomar el sol, y al lado del porche, que estaba cerrado y acristalado, tenía una barbacoa donde algunas veces solíamos preparar hamburguesas a petición de mi pequeña.

El chalé estaba a capricho, y la combinación de comodidad y estilo fueron lo que me hicieron decidirme finalmente a comprarlo.

Lucía, seguía durmiendo abrazada a su almohada plácidamente. Me vestí y salí a comprar unos churros con chocolate para sorprenderla en este sábado por la mañana.

Después de quince minutos esperando pacientemente en la fila, por fin me tocó a mí y regresé a casa con ellos recién hechos.

Se acababa de levantar cuando entré por la puerta, y se puso a dar palmaditas al ver lo que traía.

—Qué rico, por favor. —Me quitó uno del paquete y se lo llevó a la boca, cerrando los ojos y gimiendo al saborearlo.

—Ve haciendo los cafés, anda —le dije con una sonrisilla al ver su cara de satisfacción tras disfrutar de aquel bocado.

—No, no, eso tú. —Se tiró a plomo sobre el sofá que quedaba enfrente de la chimenea, echándose la mantita mientras golpeaba con la mano sobre la mesa para que le pusiera los churros con chocolate.

—Tienes un morro que te lo pisas.

—Y tú la suerte de disfrutar de una preciosa jovencita que ya muchos quisieran —soltó la muy descarada.

—Te quedaste sin café. —Me dirigí a la cocina después de dejarle todo sobre la mesa.

—No serías capaz, antes te echas a llorar.

—Eres una chantajista —murmuré en alto para que se enterase.

—¡Pero la más adorable de todas! —gritó con fuerza.

Y lo era, precisamente de eso se aprovechaba ella, de que me tenía rendido a sus pies como a un veinteañero que vive disfrutando de las mieles de su amor. Mi adorable, pequeñaja.

Me daba la vida, esa chiquilla me daba la vida, y tenía la sensación de que no era consciente de ello, que no se hacía una idea de las veces que había conseguido que me olvidara de un mal día en el trabajo, o en mi vida personal, con su sola presencia.

De repente, comenzó a llover con mucha fuerza, tal como nos habían anunciado, y por el modo en que caía, no parecía que fuera a parar pronto. Dejé los cafés en el salón y fui a ponerme

algo más cómodo antes de sentarme.

—Te voy a dejar sitio debajo de la manta porque tengo corazón.

—Muchas gracias. No sabes cuánto te lo agradezco —murmuré mirándola por el rabillo del ojo mientras ella sonreía feliz comiendo sus churros.

—¿Cuál es el plan de comida hoy?

—Pero si estás desayunando. ¿Cómo un cuerpecito como el tuyo puede tener todo el día hambre? —La abracé de lado riéndome.

—Lo preparo para tener energías. Hoy me apetece japonés, un poco de *sushi*, bueno quien dice poco, dice una bandeja grande, que ya sabes que yo puedo con todo.

—Está bien. Ayer comimos mexicano, cenamos chino y comeremos japonés. ¿Qué tienes pensado para esta noche? —Carraspeé.

—Americano, esta noche una cena americana tipo McBurger, con todas esas cositas que tanto me gustan.

—Tal y como desayune me voy a hacer deporte, te vas a cargar todo mi trabajo.

—Dylan, pero si eres todo fibra, te puedes permitir los fines de semana de locura que te doy yo.

—Mi más bonita locura. —Le di un beso en los labios.

Lucía disfrutaba mientras observaba la lluvia caer, y al mismo tiempo, contemplaba la chimenea. Le encantaba pasar tiempo en ese salón, en el que le gustaba pasar las horas tumbada en el sofá.

La dejé ahí después de recoger la mesa y me metí un rato en el gimnasio a hacer mi rutina, pero ni diez minutos habían pasado cuando ya la tenía enganchada como un mono a mis espaldas mientras yo hacía flexiones o ejercicios.

Casi que fue imposible hacer todos los ejercicios con una Lucía que no se quitaba de lo alto.

—¿Por qué no te vas a mirar ropitas un ratito a alguna de tus tiendas favoritas *online*? —le dije cuando logré bajarla dándole un beso en la frente.

—¿Cuánto tengo de presupuesto? —me preguntó decidida a pactar eso.

—Lo que quieras, ahora voy.

—No, no, a mí me dices de qué presupuesto dispongo.

—Cien euros. —Me reí.

—Hasta luego, Dylan. —Se fue emocionada para el salón con una sonrisa de oreja a oreja y agitando los dedos de la mano. Es que era mortal, esa chiquilla era mortal, en serio.

Me quedé media hora más entrenando y luego me di una ducha antes de dirigirme al salón donde ella estaba toda emocionada en la aplicación de su tienda favorita.

—Me tienes que hacer un Bizum de ciento catorce euros. Me he pasado un poquito de nada. —Apretó los dientes al mismo tiempo que juntaba sus dedos índice y pulgar para dar más veracidad a esas palabras.

—No hay problema. —Cogí mi móvil para hacérselo—. ¿Qué te has comprado?

—Mira. —Me enseñó la pantalla de su móvil pegándose a mí que me había sentado a su lado —. Estos pantalones vaqueros elásticos, esta rebeca de lana que se ve muy abrigadita, esta sudadera, esta camiseta y este conjunto interior de Snoopy —sonrío—. Para que veas la de cosas que compro por ese dinero. Si fuera tú, no te llega ni para la camisa. —Rio la muy descarada—. Y no he puesto en el carro unas botas chulísimas que se ven de lo más cómodas para no abusar.

—Ponlo, anda, dime cuánto suma —le dije con el móvil en la mano que tenía preparado para hacérselo.

—Ciento noventa y cuatro euros. —Apretó de nuevo los dientes.

—Listo, ya lo tienes.

—¡Ay, madre! Si es que te como enterito. —Se sentó en mi regazo y cogió mi cara con las dos manos mientras me daba un montón de besitos.

—Pues ya tienes tus regalos de cumple. ¿A qué te he sorprendido?

—¿Cómo? No, no, tú a mí no me la juegas, tú me tienes que sorprender. ¿A que sí? —Se echó melosa en mi pecho y la abracé.

—Claro que sí, preciosa…

En ese momento me sonó el teléfono y era mi pequeña Alejandra por videollamada. Lucía se apartó un poco.

—Hola, mi niña —le dije sonriente y emocionado.

—Papi, hola. —Movió su manita.

—¿Qué tal lo estás pasando?

—Bien, hoy he comido unas galletas que ha hecho mi abuela italiana.

—Qué ricas, ¿me has guardado una? —Arqueé la ceja.

—No, pero si quieres le digo que haga más para llevarte cuando yo vaya —decía sonriente.

—No, no. —Me reí—. ¿Has jugado con tu prima Ivanna?

—Sí, ayer nos disfrazamos de princesas.

—Guau, entonces te lo estás pasando en grande —sonreí aún más, porque al verla a ella se me contagiaba, y es que el saber que mi niña estaba feliz me hacía sentir feliz a mí.

—Sí. ¿Y Lucía?

—Aquí estoy —respondió asomándose y levantando la mano.

—Lucía, ¿vas a ir cuando yo esté allí?

—Por supuesto, ya sabes que quedamos empate en la guerra de almohadas y una debe proclamarse vencedora.

—Ganaré yo —decía risueña.

Alejandra adoraba a Lucía porque esta le daba mucho juego y la trataba con mucho cariño. La verdad es que le tenía mucho que agradecer por cómo era con mi hija cuando estaba aquí. Obviamente, de no ser así, yo no la dejaría estar en mi vida, ya que Alejandra iba por delante en todo, pero en ese sentido tenía mucha suerte y, además, la predilección que tenía mi hija por ella hablaba por sí sola, era verla entrar por la puerta de casa y se le dibujaba la sonrisa.

Después de la charla entre ellas, de la que yo fui un mero espectador pero que disfruté al verlas interactuar, nos despedimos de mi pequeña, quien nos lanzó un montón de besos a cada uno. Luego, nos quedamos allí en el sofá, viendo un poco la televisión y pedimos la comida.

Cuando esta llegó, la pusimos en la mesa del sofá para comer allí como el día anterior. La lluvia era más intensa y las temperaturas estaban bajando considerablemente, ya que estábamos a primeros de diciembre y, como no iba a dejar de llover, lo mejor que podíamos hacer era

quedarnos calentitos en casa.

Después de tomarnos el café en el sofá, Lucía estaba recostada en mi pecho mientras veíamos la televisión. Noté que me acariciaba de manera distraía por encima de la camiseta y le di un beso en la frente.

No tardó en bajar la mano y me salió una risilla.

—¿Qué buscas, pequeñaja?

—¿Yo? Nada. —Se encogió de hombros.

—Ya —sonreí.

Solo que ese «nada» en realidad significaba todo, ya que conocía muy bien a esa señorita que ahora deslizaba su mano despacio por mi muslo, la misma que, sin querer queriendo, me rozó la entrepierna.

Acabé bajando la mano que tenía en su cintura y la metí por dentro del pantalón del pijama y la braguita, noté cómo se le erizaba la piel ante el contacto y la llevé hacia atrás, de modo que pude tocar su zona íntima así.

La escuché gemir despacio cuando mis dedos se deslizaron entre sus labios vaginales, tocándole clítoris de tal modo que no tardaría en excitarse, y lo hizo, cubriéndolos con sus fluidos cuando la penetré con ellos.

En ese momento, su mano entró bajo mis pantalones y comenzó a tocarme también, llevándome a ese nivel de excitación al que yo también la había llevado.

Elevé las caderas para que me bajara la ropa y se levantó del sofá para quitarse la suya, no tardó en colocarse sobre mí para comenzar a penetrarse con mi miembro.

Me encantaba Lucía, porque no tenía el más mínimo reparo en buscarme cuando le apetecía tener un momento de intimidad.

Nos besamos mientras ella seguía moviéndose sobre mí, deslizándose con su húmedo sexo sobre mi duro y erecto miembro, buscando ese placer que la llevaría al clímax.

Y ambos llegamos a él al unísono, entre gemidos y jadeos mientras sentía todo su cuerpo tembloroso entre mis manos.

Me dio un beso en los labios y se dejó caer sobre mi pecho mientras recobraba el aliento, con esa respiración entrecortada y el corazón latiendo a mil por hora, como me pasaba a mí.

Sí, esa chiquilla me daba la vida y hacía que cuando estaba con ella mi edad no importase,

porque a pesar de ser un hombre maduro y centrado, con ella era como si me quitaran esos quince años de diferencia que siempre habría entre nosotros dos.

Capítulo 5



Lucía

Como siempre que pasaba el fin de semana con Dylan, había sido uno de esos llenos de risas, momentos tiernos y también de esos apasionados en los que me hacía vibrar como nadie lo había hecho antes.

Me dejó en la puerta de mi casa, despidiéndose con un beso y quedando en vernos el viernes, que me recogería cuando terminara el evento en la bodega de los González del Valle. Normalmente no quedábamos en nada, porque como decía Raquel, yo a Dylan no le ponía etiquetas.

Entré en casa y fui directa a poner la ropa a lavar, dejé la bolsa en mi habitación y me puse el pijama para cenar con mis padres.

—Qué bien huele —dije al entrar en la cocina donde estaba mi padre terminando de hacer unos filetes con pimientos.

—Hola, cariño. —Me dio un beso en la mejilla y le froté la espalda.

—¿Cómo estás hoy?

—Me dio un poco de dolor, pero la pastilla lo puso a raya. —Hizo un guiño y sonreí.

Era joven aún, tenía sesenta años y llevaba muchos ya jubilado de manera anticipada tras un accidente de trabajo que le dejó mal la espalda, otro palo para mi familia. Le había quedado una pensión con la que vivíamos y como yo ganaba bien en mis eventos como azafata, pues también aportaba lo mío.

—¿Qué tal con Dylan? —Curioseó.

—¿Y por qué crees que he estado con él? Porque podría haber pasado el fin de semana en

casa de Raquel.

—Claro que sí, y yo jugando al golf con Tiger Woods. —Volteó los ojos.

—Uy, qué graciosillo está mi Antoñito hoy, ¿no? ¿Qué pastilla te has tomado?

—Pues la del dolor, hija, la del dolor.

—Para tu información, ha sido un fin de semana tranquilo en su chalé, como siempre. Y hablé un poquito con su niña —sonreí al recordarlo.

—La adoras —dijo acariciándome la mejilla—. Te brillan los ojitos de ese modo tan tuyo.

—Es una muñequita, papá —contesté.

—Eh, nada de caras tristes, ¿vale? Ya sabes que me gusta verte sonreír.

—Lo sé, pero a veces me cuesta, y mira que camuflo todo y lo dejo ahí en un rincón para que todos vean mi mejor sonrisa —suspiré—, pero a veces me cuesta mucho, papá.

—Lo sé cariño. —Me abrazó y me dio un beso en la frente—. Pero ya sabes lo que dicen: Si te caes siete veces.

—Te levantas ocho —sonreí.

—Exacto. Venga, ve a poner la mesa que vamos a cenar en nada.

—¿Y mamá?

—En el salón viendo la tele, que en el programa ese del corazón que ve estaban hablando de un actor famoso que se acaba de divorciar y hay escándalo montado a su alrededor que no veas.

—Menudo *marujo* eres tú también. —Reí.

—Qué va, es tu madre que pone eso y ya sabes, yo con tal de verla bien. —Se encogió de hombros.

Le di un beso en la mejilla, cogí las cosas para poner la mesa y cuando la dejé lista fui al sofá con mi madre.

—Hola, cariño —sonrió.

—Hola, mamá. ¿Qué tal?

—Aquí, viendo la tele que tu padre se ha empeñado en hacer la cena, dice que tengo que descansar más. —Reí.

—Bueno, dale el gusto que ya sabes que le gusta ser útil.

—Sí, desde que se jubiló se ha vuelto un experto cocinero.

—A ver, experto tampoco, que no tiene una estrella Michelín en la cocina.

—Yo creo que no se apunta a MasterChef porque se ve mayor.

—Que no te oiga decir eso, que no es tan mayor —murmuré.

—Y tú qué, ¿cómo has pasado el fin de semana con tu chico?

—Y dale con las etiquetas —resoplé—. No es mi chico. Y ha estado bien, un fin de semana tranquilo de sofá y manta frente a la chimenea porque estaba lloviendo a cántaros.

—Sí que ha llovido mucho, sí. Pero hija, dime una cosa, ¿a ti Dylan te gusta?

—Me gusta, sí.

—¿Y cómo te sientes con él?

—La verdad, estoy bien —contesté apoyando la cabeza en su hombro—. Me gusta pasar tiempo con él, nos reímos, nos entendemos y conectamos desde el principio, pero ya sabes que no me quiero enamorar, mamá. Prefiero mantener las cosas como están.

—Te entiendo, pero quiero que sepas que no está mal abrirse a la posibilidad de algo más. Ya sabes que el amor a veces llega cuando menos lo esperas.

—Lo sé, pero tengo miedo a que por ir a algo más, se estropee —dije, a pesar de que había otros miedos que me acompañaban.

—Es normal tener miedo, hija, ¿o crees que yo no lo tenía cuando conocí a tu padre? Pero también es cierto que es importante no cerrarse a lo que pueda depararnos el futuro. El amor puede ser hermoso y algo por lo que valga la pena arriesgarse.

—Si sé que tienes razón, pero yo por ahora solo quiero disfrutar el momento.

—Y eso es perfecto, mi niña, eres joven y tienes toda la vida por delante. Solo recuerda que está bien sentir y dejar que las cosas fluyan. No te presiones, pero tampoco te cierres a lo que pueda surgir.

—No prometo nada —reí—, pero lo intentaré. —Le di un beso en la mejilla y ella me abrazó —. Gracias por tus consejos mamá, habrías sido una consejera espiritual magnífica.

—Siempre estaré aquí para ti, cariño. Y otro consejo, disfruta cada momento como si fuera el último, y no te olvides nunca de ser feliz.

—Lo haré. Te quiero. —La abracé fuerte.

—Y yo, mi niña, yo también te quiero.

Nos quedamos allí abrazadas viendo la televisión hasta que mi padre apareció diciendo que la cena estaba lista. Fuimos a sentarnos a la mesa con él, y mientras cenábamos les hablé del evento que me había salido para el viernes en las bodegas.

También aproveché para preguntar qué me habían comprado por mi cumpleaños, pero no hubo manera de que soltaran prenda. Es que ni una pequeña pista me dieron, oye, vaya dos.

—Al final me va a tocar revolver toda la casa hasta que lo encuentre, lo estoy viendo —dije mientras recogía la mesa.

—Pero es que no lo vas a encontrar porque no te hemos comprado nada —contestó mi madre.

—¿Cómo qué no? Que yo vi la bolsa el otro día, que ese era mi regalo y no lo quieres admitir, mamá.

—Que no, hija, que era un vibrador para mí. —Rio.

—Para lo que he quedado, para que me cambie tu madre por un vibrador —resopló mi padre.

—Dios, parad, que no quiero volver a imaginaros así. —Me tapé los ojos y escuché cómo se reían los dos, pero a carcajadas, vaya.

—Si no preguntaras no te encontrarías con esas respuestas —dijo mi madre.

—Vale, no pregunto más, en cuanto me digáis qué regalito me habéis comprado.

—Una caja vacía con moñita rosa y todo.

—Qué poco me quieres, papá.

—Te quiero mucho, y lo sabes hija.

Sonreí mientras terminaba de recoger la cocina, y ellos se acomodaron en el sofá para ver la

tele. Una vez que acabé, me uní a ellos hasta que me llegó un mensaje de Raquel. Les deseé buenas noches y me fui a mi habitación para llamarla.

—Hola —saludó con una sonrisa.

—Mírala, qué contenta ella. —Reí—. ¿Qué has hecho este fin de semana, loca?

—Comerme el churro más de una vez. ¡Y qué churro!

—Hija de fruta, mira que eres.

—Lucía, que no sé cómo no me lo había comido yo antes.

—Por favor, deja de decir eso.

—Hija, es una manera de hablar, que no me he llevado yo el miembro de Paquito el chocolatero a la boca nada más que una vez.

—Señor, qué paciencia debo tener contigo —resoplé mientras me recostaba en la cama.

—Será que tú te has pasado todo el fin de semana jugando al parchís, no te jode la otra —resopló, y sin verla sabía que estaba volteando los ojos.

—Pues no, no hemos jugado al parchís.

—Ya decía yo.

—Vale, pero entonces qué ¿todo bien con Fran?

—Sí, es un encanto. Tal cual es en el bar, así, pero más fogoso en la intimidad.

—Dato que no necesitaba saber, más que nada para no imaginarme al pobre hombre moviendo las caderas sobre ti, y no poder volver a mirarle a la cara cuando vaya a su bar.

—Te lo digo en serio, Lucía, no sabía que Fran fuera así. No es solo encantador, es súper tierno y cariñoso. ¿Cuándo me habían traído el desayuno a la cama? Nunca. Pues él lo ha hecho.

—A ver, el ginecólogo es que apenas se quedaba a dormir en tu casa, y a la suya ahora ya sabemos por qué nunca podía llevarte.

—Ya.

—Entonces, el finde bien, ¿no?

—Sí. —Noté que sonreía—. Y no, tranquila que no me voy a enamorar locamente de él tan pronto, pero que sí que me gustaría seguir viéndole.

—¿Y a él?

—También, me lo ha dicho hoy cuando me ha dejado en casa. Porque él sí que me ha llevado a su casa a pasar el fin de semana.

—Dime que no has cotilleado en su casa, porque te conozco.

—No he cotilleado, solo he buscado fotos de una esposa o algún hijo, y debo decir que no había ni una.

—Raquel, menos mal que no tienes ningún amigo policía, porque seguro que le pedías informes de cualquier hombre. —Reí.

—Oh, sí, puedes apostar a que lo haría. De todos modos, fue el propio Fran quien me dijo que, además de que quería seguir viéndome y que le gusto, que puedo estar tranquila porque no tiene ninguna familia escondida.

—Bien por él, eso suma puntos. —Reí.

—Y tanto que sí. —Rio también—. Bueno, ahora hablemos de tu fin de semana.

—Hablé con su hija por videollamada ayer un ratito.

—Ya te ha cambiado la voz —suspiró—. ¿Cómo está la chiquitina?

—Preciosa, como siempre. Se ha ido a pasar unos días a Italia con su madre.

—Y tienes al padre para ti sola —sonrió—. ¿En qué momento vas a dejar de negar lo evidente, cariño?

—¿Qué es lo evidente, según tú?

—Que ese hombre te gusta para algo más que solo ser un *follamigo*.

—Raquel, no empieces otra vez.

—No empiezo, soy realista. No puedes simplemente no querer nada más allá de eso porque tengas todos esos traumas que ni le has contado.

—No son traumas, son cosillas familiares.

—Si esas cosillas me hubieran pasado a mí, te aseguro que estaría con pastillas para los nervios y sin ganas de reírme. Tú es que ya tienes un máster en reír y ocultar lo que sientes.

—Ya sabes que a todo se acostumbra una.

—Lucía, te quiero como a una hermana y lo sabes, pero, de verdad, no puedes negarte a sentir algo por ese hombre. Estoy segura de que hay algo dentro de ti, porque cada vez que hablas de él o simplemente oyes su nombre, se te cambia la cara. Aunque no quieras admitirlo, esa palabra que empieza con «a» y termina con «r» es un hecho.

—¿Qué palabra? ¿Alfiler? —sonreí.

—Te voy a dar yo a ti «alfiler», desgraciada. No puedo contigo, en serio. Sabes qué palabra es, que parece estemos en el Un, dos, tres… responda otra vez.

—Pues no te has ido lejos. —Reí.

—Qué quieres, me acuerdo de que eso me lo decía mi padre cuando mi madre me preguntaba dónde y con quién había estado para llegar tan tarde a casa. Bueno, que ya sabes que no tendrías que negarte a sentir algo por miedo a lo que pueda pasar.

—Entendido.

—Eso, entendido, pero que entra por un oído y te sale por el otro —suspiró—. Me voy a ir a la cama ya, que mañana tengo que colocar todo el pedido que llega.

—Qué divertido —sonreí.

—Sí, sí, una fiesta, ya te digo. Descansa cariño, vamos hablando para tomar un café, ¿sí?

—Claro. Descansa también, preciosa. Adiós.

Colgué y tras dejar el móvil en la mesita de noche fui al cuarto de baño para lavarme los dientes y me metí en la cama.

Había cosas que por más que quisiera no podía olvidar, esas cosillas familiares de las que hablaba con Raquel y de las que, como mi mejor amiga y confidente que era, estaba al tanto.

Y no, por desgracia esas «cosillas» no me dejaban ser la Lucía que realmente debería ser, porque me negaba a darme permiso para ciertas cosas.

Cerré los ojos y, como siempre antes de quedarme dormida, apareció en mi mente esa imagen que nunca, jamás, podría ni querría olvidar.

Capítulo 6



Dylan

Comienzo de semana de nuevo…

El fin de semana junto a Lucía se me había pasado volando, pero resultó ser de lo más acogedor y divertido. La noche anterior, la dejé en su casa y quedamos en vernos el viernes, cuando la recogería del evento que tenía en la bodega de los González del Valle. Quizás algún día de la semana la sorprendería llevándola a cenar, como había hecho en muchas ocasiones, aunque eso dependería de mis compromisos laborales.

Llegué a las oficinas y entré en el parquin tras saludar al chico que se encargaba de los accesos y salidas cada día.

El edificio era una construcción de lo más moderna, con una fachada llena de ventanales desde donde se podían contemplar las vistas a la perfección.

Nada más entrar desde la calle, lo primero que veían las visitas era el vestíbulo, un espacio amplio y elegante, que contaba con el mostrador de recepción y una zona de sofás a modo de salita de espera. Este espacio estaba decorado con plantas y varias obras de arte abstracto, que le daban un aire aún más contemporáneo y vanguardista.

Contaba con varias plantas donde se encontraban los despachos de los jefes de cada departamento, así como salas de reuniones, espacios de trabajo y zonas de descanso donde tomar un café. Los colores predominantes en todo el edificio eran el negro, el blanco y el plateado.

Mi despacho, situado en la última planta, lo decoré a conciencia dado que en este lugar pasaría muchas horas.

Era un espacio amplio, con grandes ventanales que dejaban entrar mucha luz haciendo que pareciera aún más amplio de por sí, y desde los que disfrutaba de unas magníficas vistas panorámicas de la ciudad.

Frente a uno de ellos se encontraba el escritorio, una mesa grande de madera oscura que mezclaba el estilo clásico y el moderno a la perfección. A un lado estaban las estanterías con libros, archivos de documentos y algunas fotos de Alejandra, sola o conmigo.

En un lateral había una pequeña zona de descanso con un cómodo sofá negro y una mesa de café donde también tenía alguna que otra reunión informal.

El toque de color al espacio lo daban un par de cuadros que había en la zona de descanso; esas dos obras le daban un aire moderno y minimalista a mi lugar de trabajo, completándolo de una manera especial.

Y como padre orgulloso que era, la pieza más valiosa la tenía en el escritorio: un dibujo que me había hecho mi hija donde estábamos los dos solos, ella con un bonito vestido rosa de princesa, y yo con un traje de príncipe que me había puesto ella.

—Buenos días, Estefanía. ¿Qué tal todo? —pregunté al entrar y ver a mi secretaria en su puesto.

—Buenos días, Dylan. Bien. Tienes cuatro reuniones telemáticas, aquí te dejo los horarios. —Lo puso sobre mi mesa—. La segunda es una de las que se anularon el viernes. Mañana tienes la otra.

—Genial. Gracias —respondí mientras me sentaba en el sillón.

—Ahora te traigo el café.

—¿Te he dicho alguna vez que tengo a la mejor secretaria?

—Si no fueras mi jefe, tendrías a la mejor amante. —Se reía a la vez que lo decía y se iba a por el café.

Estefanía era la persona más responsable y correcta del mundo, pero era verdad que conmigo tenía mucha confianza y cuando le buscaba la lengua siempre me soltaba una de las suyas. Tampoco había que ser muy listo para darse cuenta de que ella sentía una fuerte atracción por mí, pero no pasaba de eso, de soltar alguna que otra de las suyas y reírse nerviosa por ello.

Ojeé los horarios de las reuniones que tenía esa mañana y me cuadré bien todas para que no se pisaran entre sí por el tiempo. Eché un vistazo rápido al correo y justo en ese momento entró Estefanía.

—El café y dos galletitas Lotus —sonrió.

—Mi debilidad. —Lo cogí para abrir el paquetito.

—Si es que tienes a la mejor secretaria del mundo —bromeó por lo que yo le había dicho—, pero ahora es momento de ponernos serios. Los inversores suecos ya han dado la paga y señal de los terrenos en Portugal tras revisar toda la documentación que les enviamos, por lo que han realizado la transferencia de la señal que acordamos. Mi intención es que se pueda formalizar el contrato ante notario en aproximadamente diez días.

—Lo dicho, eres la mejor. —Le hice un guiño.

—La duda ofende, jefe —resopló, y me reí.

Estefanía regresó a su puesto y yo me concentré en todo el trabajo que tenía pendiente para esa mañana.

Entre una cosa y otra, la mañana se me pasó volando, ya que cuando miré el reloj eran las tres menos cinco de la tarde. Recogí la mesa, me puse el abrigo y salí a la vez que los demás trabajadores.

Justo estaba arrancando el coche cuando me entró la llamada de Lucía.

—Hola, cariño. ¿Qué tal?

—Dylan, mi madre… —Con su voz rota terminó por no poder seguir hablando y solo se la escuchaba llorar.

Apenas la entendía, pero por lo podo que oí estaba destrozada, y no era para menos.

—¿Dónde estás? —pregunté saliendo del parquin.

—Voy hacia el tanatorio con mi padre.

—Nos vemos allí, cariño.

—No hace falta, solo quería que lo supieras.

—Voy para allá.

Colgué la llamada sin darle más opciones a decirme que no, pues no pensaba dejarla sola, y solté todo el aire de los pulmones. Se suponía que María, su madre, se había recuperado. ¿Qué había pasado? Escucharla así me había sobrecogido.

A sus padres los conocí una mañana que nos lo cruzamos en un centro comercial y terminamos comiendo con ellos. Antonio, su padre, era un señor de lo más amable, humilde y culto, era un placer escucharlo hablar. Me imaginaba el golpe tan grande que sería esto para él, ya que se notaba lo mucho que amaba a su mujer.

Entré en el aparcamiento del tanatorio y mientras estacionaba el coche, los vi en la entrada, a su padre y a ella, llorando. Se notaba que estaban desencajados mientras recibían a familiares y amigos.

—Hola, mi vida. —La abracé con fuerza mientras le besaba incesantemente la mejilla.

—Se fue, Dylan, se fue.

—Lo siento, cariño, lo siento. —Me desgarraba verla así—. Hola, Antonio. —Me dirigí a su padre y le di un abrazo—. Lo lamento profundamente.

—Gracias, Dylan. Es muy duro, es muy duro.

—Lo sé, pero ahora toca ser fuerte.

—¿Qué voy a hacer sin mi mujer? ¿Qué voy a hacer sin ella? —murmuraba entre sollozos.

—Salir adelante, no queda otra, Antonio. —Le apreté el hombro y me aparté para que saludara a otros familiares que habían llegado.

Abracé de nuevo a Lucía que estaba temblorosa y en *shock* con la mirada perdida. No había palabras de consuelo en estos momentos.

En el hospital ya arreglaron lo del seguro y trajeron a su madre en un coche fúnebre. Todos se fueron hacia dentro acompañando a Antonio, junto a él iba Fernando, su hermano, que era soltero y dos años mayor, con el que tenía una relación buenísima.

Me llevé a Lucía a la cafetería con la esperanza de que comiese algo, pero no hubo manera. Solo se tomó un café, a pesar de que intenté convencerla de que no lo hiciera, ya que eso solo la pondría más nerviosa.

Les había venido todo de golpe; se levantó sintiéndose bien, pero un rato después sintió un fuerte dolor en el pecho. Llamaron a los servicios de emergencia, y mientras estaba en la ambulancia, sufrió una parada cardíaca. Aunque la reanimaron, volvió a colapsar y ya de esa no consiguieron sacarla.

—De esta se lleva por delante a mi padre —dijo con pena y por primera vez no veía esa bonita sonrisa que siempre tenía.

—No digas eso, tendrá que aprender a vivir sin ella, cariño, pero por mucho dolor que se sienta, hay que levantarse cada día.

—Qué injusto todo, qué injusto —sollozaba con esa voz temblorosa que me partía en dos.

—Lo es, pero hay que sacar fuerzas, mi vida.

La intentaba consolar de alguna manera, pero no había forma en esos momentos, ya que todo estaba tan reciente y en caliente que el sufrimiento estaba en su pico más alto.

Un rato después vimos llegar a Raquel, la mejor amiga de Lucía, que seguramente acababa de salir del trabajo porque iba con el uniforme. Fue verla, y Lucía derrumbarse de nuevo a llorar con un dolor intenso que me mataba.

—Ya, cielo, ya —le decía Raquel acariciándole la espalda, pero con las mismas lágrimas que ella derramaba cayendo por sus mejillas.

—La voy a echar de menos, se me ha ido, Raquel, mi madre se me ha ido para siempre.

—Tienes que ser fuerte, Lucía, que tú siempre has podido con todo —contestó mientras secaba sus propias lágrimas—. ¿Qué diría María si te viera así?

—No llores, niña, que se te hinchan los ojos —le respondió Lucía y a mí se me escapó una leve sonrisilla.

—Pues eso. —Le pasó las manos por las mejillas y los ojos para retirarles las lágrimas—. Sé que es duro, pero también que es ley de vida. Tu madre siempre fue una guerrera, pero hasta los más aguerridos se van cuando menos lo esperamos. Ahora tienes que ser fuerte y no dejarte caer, ¿sí?

—No sé si voy a poder.

—Vaya que sí, que para eso estamos el señor Dylan y yo, para sostenerte siempre —le dijo mirándome con una sonrisa y un guiño, y cuando Lucía me miró asentí.

Se sentaron juntas, pero Lucía se dejó mimar por mí, que la tenía con el brazo por sus hombros y pegada a mi costado mientras Raquel no le soltaba la mano.

Su padre estuvo en todo momento arropado por Fernando, que no lo dejaba solo en ningún instante. La tarde se hizo muy larga y, tras despedirse de Raquel, quien quedó en volver para el entierro, llevé a Lucía a su casa para que se duchara y se cambiara. Aproveché ese momento para ir a la mía y hacer lo mismo antes volver a recogerla y dirigirnos al tanatorio para pasar la noche.

—¿Mejor? —le pregunté abrazándola antes de abrirle la puerta del coche.

—Esto es una puta locura, Dylan. —Se derrumbó de nuevo.

Era difícil consolar a alguien en esta situación y sentir impotencia de no encontrar la forma de mejorar su estado, aunque fuese solo un poquito.

El padre estaba completamente destrozado y en *shock*, solo murmuraba que no iba a poder seguir sin ella mientras su hermano Fernando, también conmovido, le acariciaba la mano. Lucía se descompuso al verlo en ese estado aún.

Fue una noche larga y dura en la que quedamos unas nueve personas. Los demás iban y venían a dar el pésame y estar un ratito.

Por la mañana se hizo la misa fúnebre y luego se le dio sepultura en el cementerio de las afueras de la ciudad. Otro momento que fue de lo más desgarrador.

Raquel estaba allí junto a ella y, al igual que yo, en el momento que la vimos acercarse a la lápida en la que ponía el nombre de su madre, nos acercamos para poderla sostener en caso de que le fallaran las fuerzas.

Lloraba con la mano sobre la lápida y murmuraba algo, imaginaba que se despedía de su madre. Raquel le acarició la espalda y esta se abrazó de nuevo a su mejor amiga llorando sin consuelo. Después vino a mí y se me encogió el corazón, jamás en mi vida la había visto así de frágil, tan quebrada y dolida, y eso me mataba.

Su tío Fernando se quería llevar a Antonio a su finca unos días para estar arropándolo en estos momentos. Además, en aquel lugar su padre disfrutaba mucho y solía ir algún que otro fin de semana con su mujer.

Lucía lo animó a ello después de yo pedirle por favor que se viniera unos días a casa conmigo. Tenía la intención de trabajar desde allí durante esos días para poder hacerle compañía en todo momento.

Se despidió de su padre en el piso mientras ambos preparaban sus maletas. Yo también le di un abrazo a él y otro a Fernando.

Cuando llegamos a casa se dio una ducha y se acostó directamente. Yo me quedé trabajando un par de horas antes de echarme también a dormir, ya que estaba de lo más agotado.

Capítulo 7



Dylan

Me tomaba un café cuando aún no eran ni las seis de la mañana. Lucía seguía acostada desde la tarde anterior y en un rato la levantaría para obligarla a desayunar, no podía seguir sin comer.

El trabajo de esta semana lo había dejado organizado por la noche cuando le pedí a Lucas, el subdirector de mi empresa, que se encargase esta semana de todas mis reuniones.

—Buenos días, Dylan. —Escuché tras de mí, mientras mi mente divagaba mirando a través de los cristales.

—Buenos días, mi vida. —La abracé—. ¿Qué tal te sientes?

—Una mierda, me siento como una mierda.

—Bueno, pero sabes que no eres eso, ¿verdad?

—Yo lo único que sé es que mi vida es todo un fracaso lo mire por donde lo mire.

—No digas eso, cariño. Vamos a desayunar algo.

—Solo quiero café.

—No, si no te comes un sándwich o pan tostado, no hay café. No puedes seguir alimentándote de líquidos.

—No me apetece comer.

—Pues le echas ganas.

Después de mucho insistirle conseguí convencerla de comer un pan tostado con huevos, aguacate y beicon que le hice con todo el amor del mundo para que al menos le entrase por la vista. Se lo comió a duras penas para lograr tomar ese café que tanto deseaba.

Mientras desayunábamos, la veía con esa carita y sin su sonrisa habitual, sin esa alegría que irradiaba cada día, y me dolía en el alma verla así.

—Estaba bien —dijo de pronto sumida en sus pensamientos, mirando hacia la taza de café que tenía entre las manos, y no contesté porque parecía como si hablara con ella misma—. Hablamos la noche anterior, fueron mis últimos momentos con ella. —Se le humedecieron los ojos—. Se ha ido sin saber tantas cosas.

—Cariño, no llores. —La abracé al ver que se le caían las lágrimas por las mejillas sin control.

—Es que es mucho, no puedo.

—Es muy reciente, mi vida. —Acariciaba su espalda con la barbilla apoyada en su cabeza—. El dolor se irá con el tiempo, ya lo verás.

Siguió llorando, abrazándose a mí como si fuera su salvavidas. Verla así no lo soportaba, sabía que estaba mal y que esto le costaría un tiempo superarlo, pero lo haría. Ella era fuerte, la conocía, y sí, aunque el dolor no se iría nunca porque había perdido un pilar importante para ella después de que luchara contra un cáncer al que consiguió vencer, esto la devastaba.

—Sabes que si pudiera quedarme yo con tu dolor lo haría, ¿verdad? —dije y ella asintió— No puedo hacer eso, pero sí procurar aliviarlo dentro de mis posibilidades.

—No tenía que haberse ido, estaba bien —murmuró entre lágrimas.

Besé su cabeza y nos quedamos allí abrazados y en silencio unos minutos, hasta que consiguió calmarse, al menos un poco.

Se metió en la ducha a duras penas, no tenía ganas de nada y no le dejé otra alternativa que acompañarme al súper, buscando de alguna manera que respirara un poco de aire fresco.

Miraba por los pasillos y no le apetecía nada, pero yo iba echando en el carro tanto comidas que sabía que le gustaban, como algún que otro capricho para picotear.

El padre la llamó y ella iba hablando por teléfono mientras yo seguía con la compra. La impotencia de no poder hacer más me dolía muchísimo.

—¿Lucía? —le preguntó la cajera y ella la miró.

—Hola, Nuria —sonrió—. ¿Qué tal?

—Bien, mira, aquí que me han colocado. ¿Qué tal tus padres? —Le hizo la típica pregunta en el momento menos indicado.

—Bueno, mi madre falleció hace dos días.

—Ay, por Dios, cuánto lo siento, ahora entiendo tu cara.

—Tranquila —sonrió.

Hablaron un poco mientras metíamos las cosas en las bolsas y nos marchamos del súper en el coche directos a casa, donde entre los dos colocamos la compra.

La intenté tener entretenida todo el día, ya que no me gustaba verla tan decaída y aunque no conseguí animarla, al menos pude conseguir que no estuviera todo el tiempo tirada en el sofá comiéndose la cabeza.

Incluso Raquel la llamó para ver cómo estaba y charlar un ratito con ella, no es que pudiera mucho al igual que yo, porque el dolor y la pena seguían en la mente y el alma de Lucía, pero la vi sonreír un poco en alguna ocasión y sabía que su amiga le había dicho alguna de las suyas para conseguirlo. Me alegraba que contara con ella para hacer que, en momentos como este, mi chica dejara ver, aunque fuera solo un poquito, su preciosa sonrisa.

El jueves por la mañana fuimos a su casa a por unos papeles que su padre necesitaba para arreglar algunos temas. Se los llevamos a la finca del tío que nos recibió con mucho cariño. Antonio estaba por los suelos, ese hombre parecía que no iba a lograr el consuelo que necesitaba. Esta situación era demasiado dura para la familia.

—Gracias por cuidar de mi hija en estos momentos en los que yo no sé cuidarme ni a mí mismo.

—Antonio, no me tienes que dar las gracias. —Le apreté el hombro.

—Por ahora no quiero volver a la casa —se dirigió a Lucía—, no puedo, hija.

—Papá, quédate aquí, no tienes por qué ir ahora.

—No tengo ganas de Navidades, hija.

—Ni yo, papá. No te preocupes por eso.

—Nos lo están arrebatando todo —sollozaba, y esas palabras me dejaron un poco tocado.

—Papá, ya, por favor, no es momento —le pidió ella como queriendo que no siguiera con el tema.

—Vale, hija. —Se abrazaron antes de irnos.

Nunca había visto a Antonio tan mal, que al igual que Lucía, era un hombre que llevaba la alegría por bandera, por dura que se le presentara la vida, y verle así, con los ojos aguados por las lágrimas que quería evitar derramar, era desgarrador.

Nos montamos en el coche y nos dirigimos de vuelta por otra carretera para parar a comer en un restaurante. Quería tenerla en la calle el mayor tiempo posible. Nos pedimos unos consomés de entrante y unas patatas con huevos rotos y jamón para compartir. Ella estaba comiendo al mínimo, pero iba ingiriendo poquito a poco.

Le sonó el móvil con un mensaje y dijo que era Raquel, sonreí al ver que esa mujer estaba tan pendiente de ella como yo. Estuvo charlando por mensajes con ella unos minutos y seguimos comiendo.

—¿Por qué dijo tu padre lo de que os lo estaban arrebatando todo?

—Por lo de mi madre —murmuró sin mirarme a la cara, y supe que ocultaba algo. Tenía esa corazonada desde que su padre dijo esas palabras y ella le cortara de esa manera.

—¿Segura?

—Dylan, no estoy para conversaciones profundas, no estoy ahora mismo para nada.

—No llores, perdón, Lucía. —Le acaricié la mano por encima de la mesa.

—He escrito a la empresa para que busquen una sustituta, no voy a ir a trabajar mañana, no tengo cuerpo para eso en estos momentos.

—Es lo normal, Lucía. Ahora mismo no estás bien.

—Y regresaré a mi casa, tampoco puedo estar cortando tu vida. Esta semana no has trabajado.

—No te preocupes por mí, ahora mismo quiero que te quedes en casa, por favor.

—El domingo regreso.

—Lo vamos hablando, no quiero que estés sola y sabes que me gusta compartir mi tiempo contigo.

—Dylan, soy una carga.

—Por favor, Lucía ¿qué estás diciendo? ¿Crees que si para mí fueras una carga estaría contigo como lo estoy? Sabes que lo hago de corazón y porque te quiero muchísimo.

—No me merezco que nadie me quiera.

—Al final me voy a tener que enfadar. ¿De dónde sacas esas estupideces? —pregunté con el ceño fruncido y algo enfadado, pero sin que ella se percatara de esto último.

¿Cómo podía pensar que era una carga para mí? ¿Cómo siquiera se le ocurría decir que no merecía el amor de nadie? Sabía que el dolor y el duelo por la pérdida de un ser querido podían hacer auténticos estragos en la gente, pero ¿esto? ¿Llegar a esos pensamientos? No, y no iba dejar que ella se saboteara de ese modo a sí misma con tantos pensamientos negativos.

—Solo quiero cerrar los ojos y dormir.

—Pues eso, a las horas que corresponden, ya me voy a poner serio contigo. No vas a caer enferma ni en ninguna depresión. ¿Me has oído?

—¿Por qué soy tan desgraciada?

—Lucía, estás cerrada y lo ves todo negro. —Solté el aire—. Tienes que salir de ese estado. ¿Acaso crees que a tu madre le gustaría verte así?

—Y ahora, para colmo, se acercan unas fiestas de mierda que no tienen sentido en estos momentos y que nos van a desgarrar el alma a mi padre y a mí.

—Tu padre estará con su hermano y tú conmigo.

—No, yo no puedo estar contigo, esas fiestas las pasas con tu hija. No tenéis que pagar el pato de nada. Solo faltaba que le arruinara a la niña las Navidades, con lo que a ella le gustan. No, no voy a estar como un alma en pena por tu casa, estaré en la mía.

—No digas tonterías, por favor, además, ya sabes que mis padres están fuera en esas fechas, ya que siempre las pasan en Escocia. —Mi padre era de allí y mi madre española—. Y yo hace mucho que no voy. Vamos a pasar estas fiestas juntos y si no tienes ganas de eso, ya inventaremos algo, pero no te voy a dejar sola, que te quede bien claro.

—No, Dylan, no.

—Sí, mi vida, sí.

Me miró con sus ojos llenos de lágrimas y por Dios que, si pudiera, esa pena ya sería mía. No

iba a dejarla caer, no permitiría que se cerrara hasta el punto de que se la comiera la angustia y la depresión se cerniera sobre ella.

Salimos de comer del restaurante y nos dirigimos hacia la casa. Ella no tardó en ponerse el pijama y acurrucarse en una esquina del sofá con su manta después de preparar dos cafés.

Nos lo tomamos y la dejé viendo un documental en una plataforma, mientras yo me ponía a revisar en el portátil algunos documentos sobre unos nuevos terrenos que Lucas me había dejado para que le echase un vistazo cuando pudiera.

—Hola, mamá —dije descolgando el teléfono.

—Hola, hijo. ¿Cómo está Lucía? —Ella estaba al tanto de todo y, aunque sabía que solo era una amiga, siempre me preguntaba y la conocía personalmente al haberla visto un par de veces.

—Poco a poco, al menos ya va comiendo un poco más.

—Dale un besito de mi parte —dijo Lucía y sonreí, siempre era así, estaba con un ojo en la televisión y un oído en lo que hablara con mi familia, y no porque fuera una cotilla, como ella decía, sino porque así podía mandarles un saludo.

—Mamá, que un besito de su parte.

—Dale otro muy fuerte. ¿Queréis venir mañana a comer a casa?

—Espera que le pregunto. —Me aparté un poco el móvil y fui hacia ella—. Mi madre quiere que vayamos mañana a comer.

—Claro —sonrió con tristeza.

—Mamá, que vamos.

—Perfecto, haré fideuá como te gusta. ¿Le apetecerá a ella?

—Claro que sí, tranquila.

—Por cierto, hijo, tal y como venga la niña y la veamos, nos vamos para Escocia. Estaría bien que fueseis unos días.

—Ya sabes que no me gusta pasar las fiestas allí. Tengo otros planes, pero quizás algún día a primeros de enero sí que vayamos.

—Genial. Ella también puede venir. —Se refirió a Lucía.

—Lo sé. Mañana os veo. Os quiero.

—Y nosotros a ti. Aunque mañana la voy a ver, dale un abrazo, ¿sí?

—Ahora mismo —sonreí, colgué y abracé a Lucía—. Este es de mi madre.

—Es un encanto de mujer.

—Y este —la abracé aún más fuerte, estrechándola entre mis brazos mientras ella me lo devolvía—, es mío. —Hice un guiño y le di un beso rápido en los labios antes de seguir con el trabajo.

Me dolía en el alma verla así, acurrucada en el sillón sin ganas de nada, sin esa sonrisa que me había cautivado.

Capítulo 8



Dylan

Al mirar mi móvil, vi que eran las siete de la mañana. Escuché el sonido de la cafetera y supe que Lucía estaba preparándose un café. Para mi sorpresa se había levantado antes que yo.

La pregunta que me vino a la cabeza en ese momento fue cómo estaría esa mañana, y si conseguiría animarla tal como esperaba.

Suspiré mientras me incorporaba, me quedé sentado en la cama unos segundos mirando por la ventana y pidiendo a quien me escuchara en ese momento que Lucía estuviera mejor que días atrás.

Después de pasar por el baño, me dirigí a la cocina y la encontré mirándome y sonriendo.

—Buenos días, preciosa, qué alegría de verte sonreír, aunque sea levemente. —Me acerqué a ella y le besé la mejilla, encontrarla así era lo que menos me esperaba.

—Es que me he tenido que reír. Buscando una foto en mi móvil mira lo que me encontré. —Me enseñó una foto que reconocí rápidamente y me salieron unas risillas.

Era de hacía cuatro meses, un día en el que Alejandra se nos despistó con unas tijeras y salió del baño con el flequillo cortado al ras, llorando desconsoladamente al darse cuenta de que no se veía como había imaginado. Fue un verdadero caos que me llevó a momentos de desesperación, ya que no sabía cómo peinarla. Usé gomas de todos los colores, gomina por kilos con el pelo estirado en una coleta y un sinfín de ingenios para que ella no se viera mal.

—Qué mal lo pasé —dije devolviéndola el móvil—. No sabía cómo hacer para que se viera bien.

—A ver, es que ese trasquilón que se hizo no había manera posible de arreglarlo —contestó con la leve sonrisa.

—Pero aprendí la lección, esconder todas las tijeras.

—Es un bichillo cuando no te das cuenta.

Me alegraba que al menos eso hoy hubiera sido motivo de encontrarla con su preciosa sonrisa dibujada en la cara.

—Siéntate, anda, que hoy te preparo yo el desayuno completo —dijo sin perder la sonrisa.

—Y luego te preparo yo la camilla. —Le hice un guiño y le apreté la nalga.

—Pues no te creas tú que no me vendría bien. —Se rio, con tristeza, pero se rio.

—No hay nada más que hablar. —Me acerqué a ella por la espalda y la envolví en un abrazo mientras me preparaba el café.

Me gustaba tenerla así, era reconfortante y me daba mucha paz, siempre lo hacía. Disfrutaba abrazándola y sintiendo el calor de su cuerpo.

—¿Y si es verdad que las personas que nos quieren nos cuidan y nos están viendo?

—¿De verdad, Lucía? —Me reí negando—. Entonces más vale que te metas a monja.

—Tampoco te pases. —Me dio la taza y se puso a preparar las tostadas mientras a mí no se me quitaba la risa floja—. Por cierto, tengo muchas ganas de ver a Alejandra.

—Y yo, la echo muchísimo de menos. Ya queda poco para que venga, el jueves estará aquí.

—Eres un gran padre, Dylan, pero un gran padre de los que quedan muy pocos.

—Ya será menos —sonreí por esas bonitas palabras que acababa de decirme—. Pero la realidad es que uno se siente insuficiente siempre. Acabas de ver una foto que lo demuestra.

—Pues no pienses eso. No te imaginas la suerte que tiene tu hija de tener un padre como tú. Y sí, es un bichillo, pero como cualquier otro niño o niña que hace alguna travesura.

—Tú también has tenido mucha suerte. Tu madre era una gran mujer y tu padre aún lo es.

—Sí, la verdad es que sí, demasiado, pero la vida nos puso tantas piedras en el camino…

—Bueno, pero el amor está ahí y esos son los pilares más importantes.

Yo iba hablando mientras preparaba todo sin que ella se diera cuenta, quería sorprenderla y

esperaba poder conseguirlo.

Cuando se giró y vio su regalo en la mesa, se puso las manos en la cara.

—¿Y esto? —preguntó con los ojos abiertos y sí, sorprendida tal como yo quería.

—Felicidades, mi vida, ¿te pensabas que me había olvidado de ti?

—Joder, ya me has hecho llorar. —Vino hacia mí echándome los brazos.

—Entonces no te lo doy… —Le besaba la mejilla constantemente.

—Sí, sí, por lo menos una alegría para mi vida. —Se rio.

—Espero haberme roto bien la cabeza. —Le hice un guiño.

—El empaquetado es precioso, da pena abrirlo.

—Pues no lo hagas. —Me reí.

—Desde luego que animando no eres de mucha ayuda —negaba mientras se dispuso a abrirlo y su boca se transformó en todo un asombro—. La edición limitada de mis planchas de pelo favoritas, me muero, tengo por fin unas GHD.

—No, la cosa no está para otro entierro —dije causándole una risilla mientras volteaba los ojos—. Y con lo que cuestan, más vale que te valgan para unos años. —Carraspeé bromeando.

—Gracias, Dylan, eres demasiado bueno para mí. Y sí, has acertado de pleno y te has pasado tres pueblos.

—¿Y por qué debería de ser malo? —La abracé de nuevo—. Y esto también es para ti. —Saqué del cajón de la mesa otra cajita.

—No, más no.

—Es solo un detallito.

—De Pandora, flipo. No me lo puedo creer, son los pendientes del anuncio que te dije que eran una pasada.

—Estoy atento siempre a ti. —Carraspeé causándole una risilla.

Le puse los pendientes después de que les hiciera una foto junto a las planchas y se lo

mandara a su amiga, Raquel. Era aún muy temprano, pero le contesto solo unos segundos después y ella le puso un mensaje de voz de lo más feliz y emocionada.

—Dice Raquel que nos veamos luego, que quiere darme mi regalo —dijo mientras leía un nuevo mensaje.

—Dile que sí, pregunta dónde y vamos.

—Vale —sonrió de nuevo levemente y a mí me encantaba verla así.

Sabía lo importante que era su amiga para ella y en este día aún más.

—Me encantan cómo me quedan. —Se miraba en la cámara de su móvil.

—Estás preciosa, cariño.

En ese momento sonó su teléfono y era su padre. Ya sabía yo que iban a terminar llorando y es lo que pasó. Era un día muy especial con una ausencia muy grande y para ellos dos era difícil de asimilar.

—Gracias por llamar, papá —dijo secándose las mejillas—. ¿Cómo estás? —No dejaban de caerle lágrimas que iba retirando mientras escuchaba a su padre, yo estaba a su lado y podía escuchar los sollozos de ese hombre desgarrado por el dolor y la pena.

»Tú quédate con el tío todo el tiempo que necesites, y no te preocupes que ya comeremos un buen arroz para celebrar mi cumpleaños —le dijo y volvió a escucharle, hasta que vi que fruncía el ceño—. Así que sí era mi regalo, ya os vale —sonrió—. Sí, me pasaré por casa a por él, no te preocupes. Te quiero papá, te quiero mucho. Adiós.

Cuando colgó, empecé a darle charla para animarla y sacarla de esa tristeza en la que de nuevo se había visto sumida. Hoy no quería verla llorar más de lo necesario; solo deseaba verla sonreír, aunque fuera un poquito.

—Y ahora, te toca tu masaje preferido… —murmuré con un carraspeo.

—A ver si consigues dejarme dormida y no despertar hasta dentro de un mes.

—Imposible. Lo primero porque mis padres nos esperan para comer, lo segundo, porque tú te vienes arriba muy pronto y lo tercero… porque nos espera un viaje que estoy seguro de que llenará muchísimo tu corazón.

—Un viaje de qué, no sigas con eso.

—Vamos a ir a pasar las fiestas fuera con Alejandra.

—Yo no voy.

—¿Cómo qué no? Así te secuestre. —Le hice cosquillas.

—Me voy a duchar. —Puso cara de puchero.

—Te espero en el cuarto.

—Quiero olor a vainilla.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Le di una nalgada.

Elegí una música asiática relajante y encendí unas velas perfumadas e incienso con aroma a vainilla. Saqué el aceite en crema del mismo aroma y eché una sábana blanca sobre la camilla.

No tardó en aparecer con la toalla envuelta en su cuerpo y sonriendo feliz por ese masaje que iba a recibir. Me dio un beso antes de quitársela y echarse en la camilla bocabajo. Le puse una toalla pequeña por sus caderas.

Me puse un poco de crema en las manos y empecé a masajear su espalda y hombros con los dedos bien extendidos, haciendo movimientos circulares con mucha suavidad.

Me tomé un buen tiempo en la zona entre sus hombros y cuello, buscando ayudarla a liberar el estrés, que era lo que más necesitaba en ese momento.

Volví a echarme más crema que era de sensación aceitosa y fui bajando por la espalda hacia sus nalgas moviendo los dedos como si fuera una guitarra.

Coloqué la toalla sobre su espalda y me recreé en sus nalgas, masajeándola con mucho mimo y rozando levemente su zona interior. Estaba de lo más a gusto y relajada. Con la cara hacia el lado, pude ver cómo se le dibujaban sonrisas de satisfacción en su rostro gracias a las caricias que le daba por su zona más erógena.

Seguí bajando por los muslos después de volver a taparle las nalgas. A ella le gustaba disfrutar y no llegar a un orgasmo del tirón, prefería sufrir y disfrutar a partes iguales del momento. Le hice un señor masaje en la parte de atrás de sus piernas antes de que se girase.

Volví a echarme crema en las manos antes de irme hacia sus hombros y cuello.

—Que Dios bendiga esas manos que te ha dado —murmuró, y contuve el impulso de reír a carcajadas para no romper el momento de relax.

Fui bajando hacia sus pechos, donde me gustaba llevarla a una estimulación mucho más fuerte. Con suaves caricias y mis dedos jugando en sus pezones, comenzaba a llevarla a un

estado de excitación mucho más intenso que momentos antes, cuando me había concentrado en sus nalgas.

Flexionó las piernas y las abrió pidiendo de esa manera que siguiera avanzando, pero yo lo hacía lentamente, con calma, acariciando su abdomen y pasando la mano por su monte de Venus. Ella soltaba el aire.

Al acercarme a su ingle, noté que estaba más excitada, había aplicado una buena cantidad de crema y eso intensificaba su placer de manera increíble.

Con mis dedos pulgares me aproximaba entre sus labios. Jadeaba de placer sumida en una tensión que cada vez era más fuerte. Me fui hacia sus muslos para ir calmándola un poco, sabía que esas frenadas le gustaban y yo sabía cómo satisfacerla.

Terminé de darle un buen masaje a sus piernas antes de llevarla de nuevo al momento clímax. Primero la penetré con mis dedos, intensificando la sensación mucho más, mientras con la palma de mi otra mano presionaba suavemente su bajo vientre.

Cuando me di cuenta de que no podía aguantar más, introduje mi mano entre sus labios y fui directo al clítoris, sin dejar de penetrarla con la otra mano. Ella comenzó a moverse de placer, deseando más. La había llevado a experimentar una sensación intensa. Finalmente, de dejó caer laxa sobre la camilla.

Capítulo 9



Dylan

Llegamos a casa de mis padres que vivían a las afueras de la ciudad, en una de las mejores urbanizaciones de la zona.

Mis padres recibieron a Lucía con mucho cariño, y mi madre no tardó en llevársela a la cocina para enseñarle lo que había cocinado.

—Salud —le dije a mi padre, quien acababa de descorchar una botella y me había dado una copa a mí después de haberlas servido a ellas.

—Hijo, ayer nos llamó la niña y estuvo dos horas al teléfono contándonos cómo lleva estos días, nos reímos muchísimo con sus cosas, pero se la echa de menos, y más cuando sabes que no está aquí.

—Sí, pero ya en pocos días llega.

—Y luego nos vamos nosotros. —Se rio.

—Nosotros nos iremos a un viaje junto a Lucía, quizás a la vuelta pasemos por Escocia. —La cara de Lucía al escucharme era como si se hubiera transformado en un búho al que se le iban a salir los ojos.

—Ojalá paséis por Glasgow y estéis unos días con nosotros —contestó mi madre.

—Seguro que sí, ¿verdad, Lucía? —le pregunté para ponerla en un aprieto.

Ella me miró con los ojos aún más abiertos, como si con la mirada me lanzara rayos capaces de hacerme desaparecer, y podía leer en ellos que me decía que esa, se la iba a pagar.

—Por mí, bien —contestó nerviosita intentando sonreír.

—Esta chica es un encanto. —Le hizo mi madre una caricia en la espalda.

—Por cierto, Lucía —irrumpió mi padre—. Sentimos mucho lo de tu madre.

—Gracias —sonrió ella con tristeza.

—Pero nada de venirse abajo, solo queríamos darte el pésame directamente. Así que ahora, nos toca felicitarte por tu cumpleaños. —Sacó un regalito y no es que ella se quedase asombrada, me quedé hasta yo.

—Pero no teníais…

—Nada —la interrumpió—, es un detallito de nada. Lo compramos ayer en el centro comercial, ya que lo vimos y pensamos que te podía gustar.

—Gracias. —Lo abrió y la sonrisa que le salió fue inmensa—. Jo, qué bonito. —Se le saltaron las lágrimas y rompió a llorar.

—Ay, preciosa, que no pensé que te pondrías así.

—Mi madre me regaló una cuando cumplí los dieciocho años y la perdí hará dos. Me dolió en el alma.

—Pues piensa que ella fue la que nos hizo que nos llamara la atención y la comprásemos para ti —le decía mi madre acariciándole el cabello.

Era una cadena con un colgante de la Virgen del Rocío en oro. Y es que yo le dije a mi madre que ella era muy flamenca y rociera, que siempre decía que tenía que ir a hacer el camino.

—Es finísima, me encanta —dijo cuando mi madre se la colocó y se miró en el móvil—. Muchas gracias, habéis tenido un detalle demasiado grande para mí.

—No es nada, cariño. —Le dio un beso en la mejilla.

Nos acomodamos en el salón para disfrutar de una comida en esa mesa tan bonita que habían preparado, con dos platos de entrantes que se veían deliciosos. Para el postre, lo que menos se podía imaginar Lucía es que era una tarta de mousse de trufa, adornada con unas velas que le hicimos soplar en su día especial. Además, Alejandra nos acompañó por videollamada, cantando a todo pulmón y aplaudiendo con una alegría contagiosa.

—¡Felicidades, Lucía! —gritó mi niña a través de la pantalla.

—Muchas gracias, cariño.

—Cuando te vea, te doy un abrazo fuerte, ¿vale?

—Lo estoy deseando —respondió con los ojos vidriosos.

Tras despedirnos de mi hija nos tomamos el café con mis padres, les ayudamos a recoger y a la que me quedé solo con mi padre me dio una palmada en el hombro.

—¿Cómo lo llevas, hijo?

—Trato de animarla —contesté a sabiendas de a lo que se estaba refiriendo—, y al menos hoy sonríe un poco más, pero me aterra que pueda caer en una depresión, dice cosas que no debería ni pensar —suspiré.

—Sabes que en estos casos es normal, la pena puede con cualquiera.

—Lo sé, pero me duele verla así.

—Dale tiempo, aún está de duelo, bastante es que hemos conseguido sorprenderla y que celebre un día como este.

—Ha sido cosa de mamá —sonreí—, como si no la conociera.

—Ya sabes cómo es tu madre, una española de bandera como ella dice.

—Tu española, no lo olvides.

—Mi española —rio—, esa que me robó el corazón en una sola noche.

Me dio otra palmada en el hombro y fue al salón donde estaban mi madre y Lucía, a quienes encontré sentadas en el sofá viendo un álbum de fotos.

—No me lo puedo creer —dije.

—¿Sabes que eras un bebé muy regordete? —dijo Lucía.

—Mamá, ¿en serio?

—Qué quieres, las de Alejandra ya se las sabe de memoria. —Se encogió de hombros.

Miré a mi padre que hizo lo mismo como diciendo que con ella no íbamos a poder nunca.

Tras un rato más con mis padres nos despedimos quedando en vernos en Glasgow, y al subir al coche escuché a Lucía suspirar.

—¿Qué ocurre?

—Nada, es solo que me ha sentado bien estar con tu madre —contestó con esa leve sonrisilla —. Es una gran mujer, y no esperaba para nada que me sorprendieran tus padres como lo han hecho. A fin de cuentas, no soy…

—No sigas, que nos conocemos —la corté—. Vamos a tu casa, ¿cierto?

—Sí, mi padre dice que tengo allí el regalo.

—Pues venga.

Conduje hasta allí y cuando entramos en el piso noté que se le hundían los hombros. Eran muchos recuerdos acumulados en ese lugar en el que había pasado toda su vida con las personas más importantes para ella, y era normal que de nuevo le volviera la tristeza.

Fue hacia el pasillo y yo me senté en el sofá del salón para esperarla. Miré la foto que había en el mueble donde ella sonreía en medio de sus padres, que también lucían sus mejores sonrisas, y no pude evitar sentir de nuevo el dolor que le causaba a Lucía su pérdida.

Como tardaba en regresar, decidí ir a buscarla. Al llegar a la habitación de sus padres, escuché que estaba llorando. La encontré sentada en el suelo, apoyada en la cama, con las piernas flexionadas y una nota sobre sus rodillas, al lado de una caja abierta en la que se veían varias cosas.

—Ey, cariño, ¿qué pasa? —pregunté poniéndome en cuclillas frente a ella.

—Me escribió una nota —contestó secándose las lágrimas—. Estaba con los regalos.

—¿Puedo? —Señalé la nota y ella asintió mientras se cubría la cara con ambas manos.

La cogí y leí aquellas palabras, las últimas, que le había dejado su madre:

«Muchas felicidades, cariño. Ya no eres esa niña que hace tanto tiempo tuve entre mis brazos por primera vez, pero siempre serás mi niña, por muchos años que cumplas. Que seas inmensamente feliz hoy, mañana y siempre. Te quiere, mamá»

—La echo de menos —sollozó mirándome con los ojos anegados en lágrimas, y me senté a su lado para abrazarla—. La voy a echar de menos toda mi vida. —Se agarró a mi jersey.

—Lo sé, pequeña, lo sé. —Le acaricié la espalda y besé su cabeza.

Dejé que llorara, que soltara todo eso que sabía que estaba guardando desde que se levantó por la mañana, y cuando estuvo un poco más tranquila me enseñó los regalos de sus padres.

Su perfume favorito, un set de maquillaje y un pijama de esos que ella tanto adoraba.

Salimos de la casa y fuimos hacia la cafetería donde había quedado con Raquel.

En cuanto entramos y se vieron, ambas sonrieron con esa tristeza que se veía también en su amiga y se fundieron en un abrazo.

—¿Qué tal estás, cielo? —le preguntó frotándole la espalda.

—Estoy.

—Felicidades. —Le dio un tironcillo de orejas—. Qué bien te quedan los pendientes, por favor.

—¿Verdad que sí? Me encantan.

—Es que Dylan tiene buen gusto. —Me hizo un guiño y sonreí.

Nos sentamos a la mesa y, tras pedir cafés y un pedazo de pastel para cada uno, Raquel le dio su regalo a Lucía. Ella negó al coger la bolsa y en cuanto la abrió, se le dibujó la sonrisa.

—Ay, por favor, es preciosa. —Era una pulsera con el símbolo del infinito y un corazón rosa al lado.

—Esto es la prueba de nuestra infinita amistad —le dijo Raquel mientras se la ponía.

—Hombre, es que, si pensabas que te ibas a librar de mí fácilmente, es que no me conoces.

—Tampoco quiero, que lo sepas.

—Muchas gracias, Raquelita, pero no hacía falta.

—Anda que no, a ver si es que creías que solo te iba a dar muestras de la perfumería —resopló.

Y dentro de que mi preciosa Lucía no estaba pasando por su mejor momento, aquel sí estaba siendo un cumpleaños en el que la veía sonreír un poquito y me alegraba por ello.

Estaba claro que su madre era una ausencia grande en un día que estaba destinado a ser celebrado, pero me satisfacía saber que entre todos los que la queríamos habíamos conseguido que la tristeza se quedara durante algunos momentos a un ladito.

Y aunque Lucía no tenía muchas ganas de fiesta, acabamos yendo los tres a la bodega en la

que solían tomarse ellas un vino y unas tapas para cenar. Porque no, yo no podía quedarme con el dolor que ella pasaba en esos momentos, pero sí que podía hacer cuanto estuviera en mi mano para hacerlos un poquito más llevaderos.

Capítulo 10



Dylan

El fin de semana lo terminamos de pasar en casa tranquilos. Hablamos de que hoy lunes yo iría a la oficina mientras ella se quedaría en casa relajada preparando la comida.

Al menos esos dos días había conseguido que, aunque llorara, lo hiciera un poco menos que días atrás.

Lo peor es que seguía comiendo poco, y yo no quería que cayera enferma.

Mientras conducía hacia las oficinas pensaba en que estar lejos de todo unos días, le vendría bien, aunque fuera en esas fiestas tan señaladas para pasar en familia y con la gran ausencia que tenía ella.

Sabía que mi hija conseguiría animarla un poco más de lo que yo había logrado en esos días, ya que entre ellas había una conexión increíble, una que jamás imaginé que mi hija tendría con alguien que no fuera su madre.

—Buenos días, Lucas —le dije sonriendo en las puertas de la oficina.

—Dylan, buenas, pensé que vendrías más tarde. ¿Un café?

—Eso nunca se rechaza. —Nos dirigimos a la cafetería que estaba cerca.

—¿Qué tal Lucía? —Se interesó, porque, aunque lo que tenía con ella no era una relación de pareja, él sabía no solo lo especial que era para mí, sino lo importante que era en mi vida.

—Poco a poco va levantando el ánimo, pero ya sabes que el dolor que siente aún es demasiado intenso.

—Es una putada la pérdida, pero bueno, es algo que es ley de vida y no sabemos cuándo nos

va a tocar.

—Por cierto, ¿qué tal Mara?

—Afortunadamente bien, la fiebre ya ha desaparecido y hoy la envié al colegio, porque estaba desesperada por reencontrarse con sus amiguitas. —Volteó los ojos.

—Bueno, eso es señal de que se recuperó.

—A mi mujer la tiene al límite, no le tiene paciencia y en casa es una guerra continua entre ellas dos. Se pone a su altura cuando solo tiene nueve años —resopló—. A veces me vuelven loco.

—Mujeres. —Me reí.

—¿Cuándo regresa Alejandra?

—El jueves. Se me está haciendo eterno. Tengo unas ganas de tenerla conmigo impresionantes.

—Esa niña es tu locura, hermano. —Me tocó el hombro.

—Sí, me tiene bebiendo de su mano. —Me volví a reír.

—¿Y su madre qué tal?

—Pues la verdad que últimamente se contiene más de sus tonterías desde que le dije que ciertos temas no los nombrara delante de la niña o cambiaría algunas medidas.

—Demasiado bueno eres con esa mujer.

—Ante todo es la madre de mi hija y tengo que dar ejemplo ante ella, no quiero que el día de mañana tenga nada para reprocharme.

—En todo caso sería a ella a la que le tiene que reprochar, que se quitó rápidamente la responsabilidad como madre dándote toda la custodia para ella vivir relajada esa historia que comenzó.

—Ya, pero a mí lo que haga ella me da igual, yo sé lo que quiero ser para mi hija.

—Lo haces muy bien, no te quepa la menor duda. No es fácil el papel de padres, y menos cuando realmente tú eres el que lo lleva solo. Y esa niña te adora, solo hay que ver cómo te mira y te abraza.

—Sí, por ese lado me siento muy satisfecho. Por cierto, el lunes que viene cerramos hasta después de Reyes, ya advertí a Estefanía que deje toda la agenda cerrada hasta entonces. Mi último día de trabajo será el miércoles, ya que el jueves quiero estar para Alejandra por completo.

—Sin problema, ya sabes que yo te manejo esos dos días lo que te quede pendiente.

—Lo sé.

Regresamos a la oficina y, al entrar en mi despacho, Estefanía no tardó en aparecer con el café y unas galletitas Lotus.

—¿Qué tal, jefe? Buenos días —dijo mientras lo dejaba en mi escritorio.

—Buenos días, Estefanía. Todo bien, ¿y tú?

—Yo demasiado feliz sabiendo que dentro de una semana me voy tres —levantó los dedos para dar aún más énfasis al momento— de vacaciones. —Se echó a reír.

—Así me gusta, que quieras perder de vista el trabajo. —Volteé los ojos.

—Lo que quiero es levantarme sin despertador, con todo el tiempo del mundo para mí, y vivir estas fiestas que tanto me gustan. Por cierto, gracias por la cesta de Navidad, estamos todos los empleados muy felices, fuiste muy generoso con ella. No faltó detalle.

—Me alegra saberlo.

—Hasta décimo de Navidad, si es que eres el mejor jefe —dijo con efusividad arrancándome una sonrisa—. Bueno, me pongo al lío que no quiero que me coja el toro.

—Llévale esto a Lucas, por favor. —Le di una carpeta con documentación.

—Ahora mismo.

Aligeré todo el trabajo durante la mañana en la que intenté no descentrarme lo más mínimo y, además, salir a las dos en vez de a las tres para no hacer esperar a Lucía con la comida.

Y aunque la mente la tenía en ella mientras me preguntaba si estaría bien o como dijo Raquel la otra noche, llorando por los rincones como la Zarzamora, me centré en el trabajo y acabé justo cuando quería.

Llegué a la casa y ya tenía la comida sobre la mesa, ya que la había avisado cuando salí de la oficina.

—Qué bien huele —dije mientras me quitaba el abrigo y me acercaba a ella para darle un beso en la mejilla.

—Más rico sabe que llevo toda la mañana probándolas y las hice a fuego lento.

—Tiene una pinta brutal. —Observé las lentejas en el plato y nos sentamos a la mesa.

—Y las croquetas son de pollo que hice con una pechuga que quedaba en el frigo.

—Joder, pues sí que están ricas —dije cuando probé la primera cucharada.

—Si es que soy una cocinillas lo que pasa es que me gusta que me pongan todo por delante. —Se reía—. Por cierto, hoy mi padre estaba un poco más animado y fue a la casa a echar un vistazo con su hermano.

—Qué bien, cuánto me alegro.

—Y tanto mi tío como mi padre me han pedido que te diga que muchas gracias por la cesta de Navidad que les llegó a los dos.

—¿Por qué me miras así?

—Porque eres el hombre más bueno del mundo —sonreía.

—No seré tan bueno cuando tú no me quieres de novio. —Le hice un guiño.

—Prueba la croqueta. —Cogió una del plato y estiró la mano. Eso de cambiar de tema se le daba genial.

—A ver qué tan rica está… —La mordisqueé—. Ummm, creo que te voy a contratar de cocinera.

—Calla, que me tienes disgustada —suspiró mientras se llevaba una croqueta a la boca.

—¿Por qué dices eso?

—Porque dices que nos vamos las fiestas fuera con la niña y yo en Navidades tenía cuatro eventos de mañana que podía trabajar. Y no, no me voy a olvidar de la encerrona que me hiciste en casa de tus padres.

—Yo te lo pago. —Evité responder a lo de la encerrona, que mucho había tardado en decírmelo.

—Sabes que jamás te he cogido dinero, ni lo haré. —Volteó los ojos—. Regalitos sí, eso sí, que yo soy muy princesita para recibirlos —se rio—, pero no te voy a coger jamás ni un euro. Cuando regresemos, voy a pedir todos los eventos que pueda porque mis ahorros están bajo mínimos y aunque sé que mi padre tiene los suyos y me da la vida, no me gusta que me mantenga. Y maldita la hora en que toqué la tarjeta, no se acaba nunca de pagar —resopló.

—¿Estás pagando una tarjeta? —pregunté mirándola con los ojos abiertos.

—La de crédito, sí, como todos los mortales que no la pagamos a final de mes, sino poquito a poco.

—¿De cuánto es la tarjeta?

—Tres mil euros, pero solo me quedan setecientos por pagar. —Puso cara de terror y agotamiento—. Pero es normal que tarde en bajar porque solo pago cien euros al mes y la mitad, por lo menos, deben ser intereses. —

Se reía.

—¿Para qué la usaste?

—¿Y a ti qué te importa? Lo que me faltaba —negaba sin dejar de reír.

—Es que lo mínimo que espero es que, si te hace falta algo, me lo pidas a mí antes que al banco. No sé, tenemos una relación más cercana. —Dejé la cuchara en el plato un poco molesto porque no hubiera venido a mí para eso.

—Haz cálculos… pago cien euros al mes y me quedan por pagar setecientos de los dos mil que pedí, eso serán como unas quince cuotas que llevo pagadas, ni te conocía. Pero vamos, que hoy en día tampoco te lo pediría.

—Te voy a hacer ahora mismo una transferencia inmediata, y quiero que canceles esa tarjeta. —Cogí el móvil—. Y no es una sugerencia, Lucía.

—Si lo haces, cojo mis cosas y me voy.

—Al menos si te vas, lo haces sin deudas. —Me reí y me lanzó un trozo de pan a la cara.

—No, en serio, no quiero.

—No te lo estoy regalando, a mí tienes que devolvérmelo igual que al banco, pero sin intereses y a tu comodidad —le mentí para que cediera, ya que era cabezona como ella misma.

—He dicho que no —contestó muy seriamente.

—El orgullo no trae nada bueno —le advertí.

—Dylan, si lo haces, te aseguro que no te lo perdono en la vida —dijo mientras yo estaba ocupado con el móvil, no tardó en sonarle una notificación.

—Ahí lo tienes.

—Mira que eres cabezón.

—No, la cabezona eres tú. Una deuda menos que tienes.

—Te lo debo a ti, que voy a pagártelo.

—Cierto, en cómodos plazos y sin intereses —asentí mientras cogía una croqueta—. Buenísimas, te han quedado unas croquetas buenísimas.

—Qué manera de cambiar de tema, hijo. —Volteó los ojos.

—Es que tengo una buena maestra. —Le hice un guiño.

Si estaba en mi mano ayudarla, ¿por qué no iba a hacerlo? Al menos así podía ir más desahogada, aunque se enfadara un poco conmigo.

Después de comer nos tomamos un café en el sofá con la manta viendo una película y, cuando me di cuenta, se había quedado dormida.

Era normal, últimamente estaba pasando por mucho.

Capítulo 11



Lucía

Había pasado por mucho en mi vida, y perder a mi madre era esa gota que colmaba el vaso.

No mentí a Dylan cuando le dije que no podía más, estaba por completo colapsada con todo lo vivido en los últimos años, y no sabía cómo aún tenía fuerzas para seguir.

Él se había ido a trabajar al igual que hizo el día anterior, y yo me quedé en la casa recogiendo un poco antes de irme a comer con Raquel, pues me había enviado un mensaje por la noche para ver si me animaba a ir con ella.

Dylan me dijo que lo hiciera, que saliera y me despejara un poco que me sentaría bien.

Y aquí estaba llegando al centro de la ciudad donde estaba la perfumería en la que trabajaba ella.

Entré para echar un vistazo a las novedades y en cuanto me vio, sonrió acercándose a mí.

—Mira qué guapa estás —dijo mientras me abrazaba—. Ese vestido de punto te queda divino con las botas.

—No sabía qué ponerme, y bueno. —Me encogí de hombros—. Pero si hasta llevas el maquillaje que te regalaron tus padres por tu cumpleaños —sonrió—. Vale, lo siento no tenía que haber dicho eso —suspiró al ver que a mí me cambiaba un poco la cara.

—Tranquila, no pasa nada. Me estoy acostumbrado a no tenerla.

—Todo es cuestión de tiempo, cielo. —Volvió a abrazarme—. Han traído unas cremitas nuevas que son una maravilla. Las hay faciales y corporales, te he guardado unas muestras. —Hizo un guiño.

—Eso, tú ayudando a mi economía —resoplé.

—Voy a por el bolso y el abrigo, y nos vamos. —Me dio un beso en la mejilla y asentí.

Mientras estaba esperando, di un vistazo a los perfumes. Me gustaban muchos de ellos, pero acabé en la sección de caballeros y cogí el frasco del que usaba Dylan. Cerré los ojos por unos segundos mientras lo olía y no pude evitar sonreír; era como si estuviera justo frete a mí.

Raquel volvió lista para marcharnos, se despidió de sus compañeras y salimos de la perfumería bien abrigadas porque, aunque no llovía a cántaros como había ocurrido días atrás, hacía un aire de esos fresquitos que calaba hondo.

—Por Dios, con este aire se me va a cuartear la piel —dijo Raquel mientras cruzábamos la calle para ir a la hamburguesería donde íbamos a comer.

—Pues ya sabes, te pones una mascarilla facial, una cremita, y como nueva —sonreí.

—Por cierto —abrió el bolso y sacó la bolsita con las muestras—, guárdatelas.

—Madre mía, Raquel, las bolsas de muestras cada vez son más grandes.

—Oye, que el día de tu cumple se me olvidó llevártelas.

—Ah, que las tenías acumuladas, vale.

—Sí. —Rio—. ¿Cómo estás? Pero dime la verdad, que nos conocemos —dijo abriendo la puerta para entrar.

Fuimos hasta una de las mesas libres, y tras acomodarnos vino el camarero para tomarnos nota.

—Dos hamburguesas completas con patatas y Coca-Cola —pidió ella.

—Ahora mismo.

—Oye, que yo con una normalita había tenido suficiente —dije cuando nos quedamos solas.

—Claro, y de no comer tendrás que pasar dos veces por delante de la gente para que te vean. Te estás quedando en los huesos.

—Joder, Raquel, si no he perdido apenas peso.

—Que no, dice —resopló—. Cariño, te lo he visto por el vestido. Pero que estás estupenda

igual, solo que tienes que comer.

—Ya voy mucho mejor.

—Más te vale.

—Es que mucho ya, Raquel. En serio, creo que a una persona no le pueden pasar tantas cosas malas en una sola vida —suspiré—. O es que a mí me pasan las de toda la ciudad.

—No exageres, anda. Pero sí, has pasado por mucho ya, y aquello de hace años, sí que no lo merecías —dijo dándome un apretón en la mano.

—Ese es el dolor más grande que tengo, y ahora con lo de mi madre.

—Ya, cariño, todo empeora, lo sé. Por cierto, el otro día vi una noticia de ya sabes quién.

—También la vi —suspiré.

—Bueno, y cambiando de tema, ¿qué tal en casa de Dylan?

—No me deja volver a la mía, dice que no quiere que esté sola.

—Yo tampoco te dejaría, si te sirve de consuelo.

—No, pero de ti lo esperaba, de él no.

—¿Y por qué? Ese hombre te tiene un cariño que se nota a la legua.

—Eso lo sé, pero que no esperaba que me tuviera en su casa, además que desde de lo de mi madre, solo me dio un masaje un día y acabó con final feliz, para mí al menos.

—Espera, espera, espera —dijo levantando ambas manos—. Me estás diciendo que desde que te llevó a su casa, en una semana ¿no habéis hecho nada más que un poco de tocamientos?

—Sí.

—Madre mía, Lucía, ese pobre hombre debe tener la entrepierna a punto de explotar. Eso, o está a base de tocar la zambomba todos los días.

—Yo no he tenido cuerpo, y él tampoco es que me haya buscado, salvo por el masaje.

—¿Cómo te iba a buscar? Tú misma lo has dicho, no tenías cuerpo. Qué hombre, nena, es todo un caballero que ha respetado tu duelo. Ahora te toca a ti mover ficha y comerte al rey de la

casa.

El camarero vino con nuestro pedido y sonreímos cuando lo dejó. Cogí la hamburguesa y aquel bocado me hizo gemir, no sabía que hubiera echado de menos el sabor de la comida grasienta hasta ese momento.

—Y hablando de comer, ¿qué tal con Fran?

—Bien —sonrió y le brillaron los ojos—. Pasé el fin de semana en su casa.

—Eso es buena señal.

—Voy despacio, no tenemos prisa, estamos conociéndonos. Le dije que no quería una relación por el momento y, bueno, creo que ahora mismo estoy como tú, tengo un *follamigo*.

—Pues eso está bien.

—Lo que estaría bien es que dejaras el miedo a un lado y admitieras lo que ya sabes.

—¿Otra vez con eso?

—Ah, no has preguntado qué es lo que ya sabes, así que es un avance.

—No lo he preguntado porque siempre me dices lo mismo, y no, Raquel, no voy a enamorarme de Dylan.

—Te lo dije, no tendrías que cerrarte por todo esto que te pasa. Y ese hombre se ve que te tiene en alta estima.

—Ayer me hizo una transferencia inmediata para que cancelara la deuda de mi tarjeta.

—¿Cómo has dicho? —Abrió muchos los ojos—. ¿Le dijiste…?

—No le dije nada —la corté—. Estábamos hablando de esos trabajos de Navidad que podría coger y que como me lleva a pasar las fiestas fuera con su hija, no puedo.

—Alto ahí, ¿te lleva de viaje con su hija?

—Sí, pero no quería, no estoy para celebraciones. Lo que pasa es que me puso en el compromiso de tener que decir delante de sus padres que iríamos a Glasgow a primeros de enero.

—Ostras —murmuró.

—¿Qué?

—Nada, yo no digo nada. Pero vamos, si ese hombre te ha cancelado la deuda…

—Se lo voy a devolver, quedamos en que lo haría en cómodos plazos y sin intereses.

—Cariño, solo tengo una cosa que decir, y es que ese hombre te cuida como si fueras de su familia.

—Es un buen amigo, sin duda, pero no quiero su dinero. No me mires así, los regalos sí, y eso le dije a él, pero nada más. Ya sabes que no me gusta.

—Eres consciente de que cada persona es un mundo, ¿verdad?

—Lo soy, y Dylan es un buen hombre, además de un gran padre —sonreí con un poco de tristeza.

—Quieres mucho a la pequeña Alejandra, ¿a que sí?

—Sí, es una niña buenísima, y además es súper lista.

—Te voy a ser sincera, cuando me dijiste que Dylan tenía una hija, me dio más miedo que te enamoraras de la niña que del padre.

—Pues la quiero más, eso sin duda. —Reí.

—No lo dudo, se ve que sientes pasión por ella. Y aunque me daba miedo, estar con esa niña te da la vida, que lo veo en tus ojos.

Sonreímos y dejamos a un lado esa charla para concentrarnos en ella y Fran. Como había dicho antes, ellos estaban bien; conociéndose más allá de lo que ya se conocían por ser el hijo del dueño de la churrería donde habíamos acabado las dos de buena mañana después de una noche de juerga años atrás, y que no sabía que le fuera a gustar tanto.

Además, me contó que era todo un detallista y que, así sin venir a cuento, le había enviado la mañana anterior una cajita de galletas para el desayuno.

Ella decía que no, pero la conocía bien y sabía que acabaría sintiendo algo por Fran, cosa que veía bien porque siempre me pareció un chico muy majo y simpático.

Después de comer, la acompañé a la perfumería, donde acabó enseñándome esas cremas de las que me había hablado antes y de las que ya llevaba muestras. Sin embargo, como solía pasar a veces, acabé cediendo a la tentación y compré una crema facial y otra corporal, ambas de textura suave, que se absorbían rápidamente y dejaban la piel con un agradable aroma.

Capítulo 12



Lucía

Contaba con la suerte de que Dylan me había enviado un mensaje para decirme que se iba a retrasar un poco, así que cuando llegué a su casa preparé lo que quería para sorprenderle.

Me di una ducha caliente y cuando acabé, me puse ropa cómoda para esperarle. En cuanto me envió un mensaje diciéndome que estaba de camino, terminé de preparar las cosas y le esperé en la cocina tomándome un té.

—Hola, preciosa —sonrió al verme.

—Hola. ¿Qué tal el día?

—Dejando gran parte del trabajo terminado para poder disfrutar el jueves y el viernes a vuestro lado. —Me dio un beso rápido en los labios.

—Cierto, que Alejandra regresa el jueves.

—Sí, han sido solo unos días, pero se me han hecho interminables —suspiró.

—Es normal que la eches de menos, lo raro sería que no lo hicieras, señal de que no la querrías.

—Imposible no quererla, si me robó el corazón en cuanto la cogí en brazos por primera vez.

—No es para menos, a mí me pasó lo mismo cuando la conocí.

—Lo sé —sonrió—. Voy a darme una ducha y vemos qué cenamos.

—No, no, después te duchas. Y para cenar no te preocupes, que vamos a pedir comida en el restaurante chino. Ven. —Le cogí la mano y arqueó la ceja.

—¿Dónde me llevas, pequeñaja?

—Espera y verás —sonreí.

Entramos en la habitación y se quedó callado, mirando todo. Había encendido velas aromáticas y tenía la camilla en el centro cubierta con una sábana. Le ayudé a desnudarse, logrando que me pusiera un poquito nerviosa al saber que me miraba.

Se recostó en la camilla solo con el bóxer y cogí el aceite para ponerle un poco en la espalda.

—¿En serio vas a darme tú un masaje a mí? —preguntó mirándome por encima del hombro.

—Sí. Has estado estos días mimándome, así que, es mi manera de darte las gracias.

—Cariño, lo he hecho con gusto y lo sabes.

—Y yo lo voy a hacer con gusto también. Ahora cierra los ojos y relájate, que seguro que has tenido un par de días tensos.

—No te lo voy a negar, lo han sido porque quiero dejar todo acabado para después tener las fiestas libres.

—Pues venga: ojos cerrados, mente en blanco y cuerpo relajado.

Con movimientos lentos y suaves comencé a trabajar sus hombros, los tenía con mucha tensión así que fui presionando suavemente para liberar toda la que había acumulado.

Deslizaba mis dedos por la piel despacio, sintiendo cada músculo y no es que fuera una experta masajista, ni mucho menos, pero se veía que tenía algunos nudos.

Continué un poco más en ellos y fui bajando poco a poco por la espalda, haciendo esa misma presión para destensarla.

—Creo que voy a ponerme en tus manos más a menudo —dijo con la voz casi somnolienta.

—¿Te estás relajando? —pregunté mientras masajeaba y hacía presión en la zona lumbar.

—No sabes cuánto.

Sonreí, continué masajeando despacio uno de sus brazos y después fui hacia el otro, Dylan se dejaba hacer y no decía ni estaba boca es mía, estaba de lo más relajado y eso se notaba.

Pasé a masajearle una pierna y después la otra, para volver a la espalda, subiendo despacio y

poco a poco desde la zona lumbar hasta los hombros.

Por último, me centré en su cuello, sabía que Dylan pasaba mucho tiempo en el despacho delante del ordenador trabajando y alguna que otra vez le había visto aquí en casa moverlo de un lado a otro cuando trabajaba, lo que indicaba que sentía molestias.

—Date la vuelta —le dije, y se giró en la camilla quedando bocarriba.

Sonreí al ver que me miraba con los ojos somnolientos y es que sí, se había dejado hacer y estaba de lo más relajado.

—Me has dejado como nuevo —dijo.

—No he terminado aún, me falta esta parte.

Puse un poco de aceite en su torso y cerró los ojos mientras le masajeaba despacio y con suavidad toda la zona. Después pasé a un brazo, luego al otro, y continué masajeando ambas piernas.

Cuando terminé me coloqué detrás de su cabeza y masajeé de nuevo y despacio los hombros, haciendo un poco de presión en ellos, y continué con el cuello.

—¿Qué tal?

—De lujo, me has dejado de lujo —respondió.

—Todavía queda un poquito —sonreí.

Ante su mirada me fui desnudando despacio; Dylan tragó fuerte y vi en sus ojos ese deseo que tan bien conocía.

—Lucía, no es…

—Shhh. Solo relájate —le pedí.

Me ayudó levantando las caderas para que pudiera quitarle el bóxer, dejando en libertad su miembro, que ya estaba erecto y duro.

Volví al lado de la camilla y sin pensarlo, cogí su mano para llevarla a mi zona íntima y que me tocara mientras me inclinaba para besarla, a la vez que con mi mano envolvía su miembro.

Ambos gemimos al sentir el contacto del otro en nuestras zonas íntimas. Mientras los dedos de Dylan se deslizaban despacio entre mis labios vaginales, yo movía mi mano dando algún que

otro leve apretón en su miembro.

Cuando comenzó a penetrarme con ellos gemí en su boca y me tuve que agarrar como pude a la camilla con la otra mano para mantenerme en pie y que no me fallaran las fuerzas.

Acabé alcanzando un orgasmo de lo más intenso tras varias penetraciones más con sus perversos dedos.

—Ven aquí, cariño —murmuró cogiéndome por las caderas para colocarme a horcajadas sobre él.

—Qué peligro tiene esto, ¿y si nos cargamos la camilla?

—Ya compraré otra —dijo al tiempo que se incorporaba para besarme.

Gemí cuando noté su miembro rozándose con mi clítoris, y comencé a moverme despacio sobre él para una mejor fricción entre ambos.

Él también dejó salir un leve sonido ronco al sentirme y apretó mis caderas con fuerza.

Llevé las manos a las suyas para cogerlas y ponerlas en mis pechos, esos que masajeó despacio antes de comenzar a jugar con los pezones hasta ponerlos tan erectos y sensibles que acabé gimiendo.

Dejó mi boca para centrarse en ellos, lamió y mordisqueó primero uno y después el otro, y mis gemidos fueron en aumento.

No tardamos en pasar a la siguiente fase. Poco a poco me fui penetrando con su miembro, que se abría paso entre los músculos de mi vagina, que se contraían apretándole de tal modo que él también gemía.

Le di un leve empujoncito en el pecho para que se dejara caer en la camilla, volvió a colocar sus manos en mis caderas y mientras yo me movía, él me ayudaba a hacerlo.

Nos dejamos llevar por el momento y nada más que nosotros importábamos, solo él y yo, en este instante, entregándonos al deseo y el placer que sentíamos estando juntos.

Teníamos una conexión increíble, eso era innegable, y aunque siempre tuve claro que no iba a enamorarme de él, sentía un cariño inmenso por ese hombre que, sin tener nada formal conmigo, había estado en uno de los peores momentos de mi vida.

Me estremecí al notar que se acercaba de nuevo esa ola de placer imparable, sentí que Dylan apretaba con fuerza mis caderas mientras nos movíamos al unísono, y comencé a gemir y gritar de tal modo que cuando menos me lo esperaba, el placer me atravesó como un rayo en mitad de una tormenta.

Alcanzamos el clímax al unísono y tras aquella última oleada de placer liberado, me dejé caer sobre su cuerpo aceitoso y caliente, jadeando con los ojos cerrados en busca del aire con el que llenar mi cuerpo de nuevo.

—Cariño, esto ha sido brutal —me dijo mientras me acariciaba la espalda.

—¿Podría ganarme la vida como masajista, entonces? Lo del final feliz lo he bordado, por lo que he visto.

—Ni loco dejo que estas manos toquen a otro.

—Oye, que tengo entendido que esas masajistas tienen un buen sueldo.

—Lo duplico. No, lo triplico. Mañana redacto tu contrato como mi masajista personal.

—Y dale, qué manía con querer pagarme. Si tengo que devolverte lo de mi tarjeta —suspiré.

—Tengo una idea —dijo cogiéndome ambas mejillas para que le mirara.

—Verás. —Volteé los ojos.

—Puedes devolvérmelo con lentejas, croquetas de pollo y masajes con final feliz.

—Toma ya, anda que lo que me pide —resoplé y se echó a reír.

—Es un buen trato. Yo firmo por un masaje así todos los días, ¿eh? —sonrió de medio lado al tiempo que levantaba las cejas en un movimiento rápido.

—Te lo he dado porque en dos días vuelve tu hija y esto no se va a poder hacer.

—¿Cómo qué no? Se va a dormir a casa de los abuelos, y ellos encantados.

—¿Tú seguro que quieres a tu hija? —Arqueé la ceja.

—Más que a mi vida.

—Bueno, ve a la ducha que mientras pido la cena.

—Vamos, querrás decir, porque te has puesto tú también de aceite hasta arriba. —Rio.

Sonreí negando, y después de que yo me bajara de la camilla, él también lo hizo para llevarme a la ducha, cogidos de la mano.

Decir que fue una ducha rápida era faltar a la verdad, y es que el señor Dylan Blane, entre besos y caricias, acabó llevándome de nuevo hacia ese lado oscuro del placer y el deseo, arrastrándome una vez más hasta un orgasmo tan intenso como los dos anteriores, mientras me hacía suya otra vez bajo el agua.

Al terminar de secarnos y ponernos los pijamas, pedimos la cena, esa que tomamos en el sofá junto a la chimenea mientras veíamos una película que le dejé escoger a él.

Capítulo 13



Lucía

Esa mañana me levanté pronto para preparar el desayuno y sorprender a Dylan.

Hice el café y unas tostadas con aguacate y pavo, además de un yogur con cereales y frutos rojos que tenía una pinta buenísima. Serví todo en la isla de la cocina y cuando entró, se quedó sorprendido.

—Vaya, ¿y este desayuno? —preguntó abrazándome por detrás y dándome un beso en el cuello.

—Un desayuno de campeones, lo llamaba mi madre —sonreí, y de nuevo al pensar en ella sentí ese pellizquito en el corazón.

—Tiene una pinta buenísima, y creo que después de esta noche —me sonrojé, ya que después de cenar volvimos a perdernos en el placer entre las sábanas— voy a necesitar fuerzas, como tú dices.

Nos sentamos y mientras desayunábamos le comenté que iría a mi casa a ver a mi padre y mi tío, ya que mi padre me envió un mensaje la tarde anterior.

—Y después me pasaré a hacer algo de compra al súper para cuando llegue Alejandra.

—Y con algo quieres decir galletas, bollos, chuches y chocolatinas, ¿me equivoco? —Arqueó la ceja.

—No, no, eso solo, no.

—Ah, vale, un alivio entonces. Toma. —Sacó la cartera y me dio dos cientos euros—. Compra lo que quieras.

—Nada, que ni la compra me vas a dejar pagar —resoplé.

—No —contestó al tiempo que se levantaba para darme un beso—. Nos vemos luego.

—Igual como con ellos.

—No hay problema, hoy quiero ultimar todo.

—Vale. —Me dio otro beso y tras coger sus cosas, se fue al trabajo.

Recogí todo, puse el lavavajillas y fui a la habitación a vestirme.

Me vestí con unos vaqueros ajustados, las botas altas, un jersey azul pastel y el me maquillé un poquito, no fuera a ser que mi padre al verme la cara me dijera que parecía un fantasma de lo paliducha que hasta yo me había visto.

Después de hacerme una coleta y echarme el perfume, me puse el abrigo negro y cogí mis cosas para ir a mi casa.

Cuando llegué y abrí la puerta estaba todo en silencio, y eché en falta en ese momento la voz de mi madre cantando, como tantas veces la había escuchado…

—«*A tu vera, siempre a la verita tuya».*

—*Mami, ¿sabes que cantas muy bien?* —le dije cuando no era más que una chiquitilla solo un año mayor que Alejandra.

—*No cariño, no es cierto, hay cantantes que lo hacen mucho mejor.*

—*Pues a mí me gusta cómo cantas tú. ¿Te sabes más?*

—*Claro que sí, mi niña.* —Rio acariciándome la mejilla, y empezó a cantar de nuevo—. *«Te quiero más que a mis ojos. Te quiero más que a mi vida».*

Aquel recuerdo hizo que se me escaparan unas lágrimas que sequé rápido al escuchar la puerta. No quería que mi padre me viera así.

—Hola, cariño —sonrió acercándose y me dio un abrazo al tiempo que me besaba en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Hola, papá. La verdad es que sigo perdida, la echo de menos —murmuré—. Ha sido entrar y pensar que me iba a dar la bienvenida como siempre, pero no estaba. ¿Y tú?

—Yo también me siento así, hija. A veces parece que todo sigue igual, pero luego me golpea la realidad y vuelvo a despertarme solo en la cama. Es difícil no tenerla conmigo —suspiró.

—La casa estaba tan silenciosa… —Miramos los dos alrededor, como si en cualquier momento fuera a aparecer mi madre—. Echo de menos nuestras charlas, y, sobre todo, sus abrazos.

—Ella sabía cómo hacer que nos sintiéramos mejor. Algunas veces me siento ahogado por la tristeza, me pongo a llorar sin darme apenas cuenta y entonces trato de recordar los buenos momentos que viví con ella.

—Yo también —sonreí—. Pienso en todas esas veces que reímos y en lo que me enseñó, pero hay momentos en que la tristeza me puede y acabo llorando.

—Es normal, hija. El duelo es un proceso complicado y no hay una manera correcta de sanar, todo lleva tiempo. Pero siempre tendremos esos recuerdos bonitos que nos dejó.

—No sé si esta vez sabré ser fuerte, papá, que se ha ido sin ser consciente de muchas cosas, es la mayor de mis penas.

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo, cariño —me acarició la mejilla—, se te permite no serlo. Y yo estoy y estaré aquí para ti. En cuanto a lo otro… —suspiró— Allí donde está estoy seguro de que sabe lo que tiene que saber y vela por ti. —Me dio un beso en la frente.

—Gracias, papá. —Le abracé con fuerza—. ¿Y el tío?

—Estaba aparcando, ahora subirá. Solo queríamos echar un vistazo a la casa.

—¿Te quedarás con él a pasar las fiestas? No quiero que las pases solo.

—¿Y tú? —Frunció el ceño.

—Dylan quiere que vaya con él y su hija a un viaje, no me preguntes dónde porque no me ha dicho nada.

—Haces bien en ir con ellos, cariño. El cambio de aires te sentará bien, lo necesitas.

—Eso dijo Raquel.

—Entonces te vas.

—No hay manera posible de que le diga que no a ese hombre, es de un cabezón. —Volteé los ojos.

—A quién me recordará.

—No lo dirás por mí, porque yo no soy cabezona.

—No, no, por favor, cómo lo iba a decir por ti. —Levantó ambas manos.

Sonó el timbre y fui a abrir mi tío, que me dio uno de sus abrazos mientras me preguntaba cómo estaba.

Aprovechando que mi padre había ido a por algo más de ropa a su habitación, le pedí a mi tío que me dijera cómo veía a mi padre.

—Y no me mientas.

—Está bien, de verdad, cariño. Tiene momentos, llora cuando cree que no le oigo, pero sí. Sé que echa mucho de menos a tu madre, ha sido media vida juntos y es normal, pero ya sabes lo que dicen: el tiempo todo lo cura.

—Sí, pero me daba cosa que estuviera mal y yo irme a pasar las fiestas fuera.

—¿Te vas de viaje? —preguntó curioso.

—Dylan insistió en que vaya con él y su hija a pasar las Navidades a no sé dónde, porque no lo dice.

—Ese hombre es como un ángel caído del cielo para ti. Y que yo me entere, ¿tiene ya la etiqueta de novio? Porque lleváis un año juntos.

—Juntos y revueltos, tío, sin etiqueta, que no la tiene.

—Lucía, como hombre sabio y mayor que tú, deja que te dé un consejo. Si estás bien con ese hombre, no tengas miedo a ponerle etiquetas. Yo una vez lo tuve, y acabé perdiendo a la que hoy sería tu tía, pero se fue con otro. No dejes que el miedo frene lo que sientes y lo que quieres, ¿sí? —Me dio un beso en la mejilla.

—Listo, ya tengo otra maleta con ropa —dijo mi padre al entrar en el salón—. A este paso me voy a ir mudando a tu finca poco a poco, hermano. —Rio.

—No me lo digas dos veces, Antonio, que sabes que, por sitio y comodidad, no es.

—Bueno, ¿os apuntáis a comer? Que va habiendo un poco de hambre —dije pasándome la mano por el estómago.

—Esta niña toda la vida igual, con un hambre voraz —dijo mi tío.

—Es que al pasar por el asador de la señora Rosa, me ha venido un olorcillo de rico que…

—Vale, bajo a por un pollo asado, unas patatas, croquetas y una ración de ensaladilla. ¿Algo más? —me preguntó mi padre.

—Pues ya que estás, el arroz con leche para el postre nos vendría muy bien. —Me encogí de hombros.

—Me da que vamos a coger un pollo y medio, hermano, que así tenemos para comer nosotros mañana —dijo mi tío.

—¿Y una tortilla y unos pimientos para esta noche? Así no nos metemos en cocina.

—Me has leído el pensamiento. —Rio mío tío—. Ahora subimos, Lucía.

—Vale, voy poniendo la mesa —sonreí.

Salieron de casa y yo fui a la cocina a por todo, preparé la mesa y cuando me di cuenta, había puesto cuatro cubiertos. Suspiré cerrando los ojos mientras me apoyaba en ella y sentía un nudo en la garganta.

Noté las lágrimas cayéndome por las mejillas y no pude contener el llanto. Era duro no tenerla en casa, era difícil entrar allí donde aún estaba su esencia y saber que no iba a volver a verla nunca más.

Me sequé las lágrimas y recogí el cubierto que no íbamos a usar para que mi padre no se diera cuenta. Fui al cuarto de baño a limpiarme bien la cara y volví a venirme un poco abajo al ver allí el frasco de su perfume.

Lo cogí y lo abrí para olerlo, recordando a la mujer que más quería en mi vida y que tanta falta me hacía. Se me fue demasiado pronto, le quedaba mucho por vivir y yo no sabía si iba a poder pasar por mucho para lo que ella podría haberme servido de apoyo.

Siempre fue un pilar fuerte en casa, pero con lo de su enfermedad había cosas que ni mi padre ni yo queríamos contarle para no preocuparla.

Volví al salón cuando escuché a mi padre y mi tío, y ya tenían toda la comida en la mesa.

—Por favor, qué bien huele —dije acercándome al pollo.

—Pues venga, que esto es mejor comerlo caliente —contestó mi tío mientras iba a la cocina para coger un cucharón y servirnos el caldito del asado.

Nos sentamos a la mesa y allí comimos los tres tan a gusto, faltaba mi madre y eso lo sabíamos todos, pero estuvo en todo momento presente porque si no tenía uno un recuerdo que contar, lo tenía otro.

Después de comer y de que recogiéramos la mesa, hice café para tomarlo con ellos y seguimos charlando. Ambos se interesaron por saber dónde podría llevarme Dylan con su hija de viaje, pero yo seguía sin saber nada, así que me pidieron que en cuanto llegara allí donde fuera, les mandara un mensaje para hacerles saber que habíamos llegado bien.

Mi tío se ofreció a llevarme en coche a casa de Dylan, pues a pesar de que eran poco más de las cinco de la tarde, se notaba ya el fresquito en el ambiente y que pronto se haría más de noche. Me dejó en el súper, ya que le dije que tenía que hacer algo de compra, y la hice en tiempo récord para volver a casa, darme una ducha y ponerme el pijama calentito antes de preparar una sopa y una tortilla para la cena.

Capítulo 14



Dylan

No sé quién estaba más nervioso ante la inminente llegada de Alejandra, si Lucía o yo.

Se quedó en el aparcamiento, ya que no quería venir al encuentro porque decía que eso era algo más personal entre su madre y yo. Me dirigí hacia la entrada del aeropuerto cuando Antonella me avisó de que ya estaban allí. Alejandra corrió a mis brazos con una efusividad que me alegró el alma.

—¡¡Papi!! —gritó con esa sonrisilla y la cogí al vuelo en cuanto saltó— Te echaba de menos.

—Y yo a ti, princesa. —Le di un beso en la mejilla y me estrujó, tal cual, entre sus pequeños bracitos que tenía alrededor de mi cuello.

—Hija, que me voy a poner morado —dije.

—Lo siento. —Rio.

—Hola, Antonella. —Le di dos besos mientras sujetaba a la niña en brazos.

—Hola, Dylan. En esta maleta están sus regalitos de Navidad y en esta otra la ropa que llevó para el viaje.

—Perfecto. ¿Todo bien?

—Genial, sí —sonrió y me acarició el hombro.

—Pues estamos en contacto.

—Claro.

Le di a la niña para que se despidieran antes de ir hacia el coche donde la esperaba Lucía y ella no lo sabía.

—¡¡¡Lucía!!! —gritó al verla fuera del coche.

—¡Mi chica preferida! —le contestó ella cogiéndola en brazos.

—¿Vas a venir a casa con nosotros?

—Tu padre me tiene secuestrada, e incluso dice que no me liberará en estas fiestas.

—¿Vas a vivir con nosotros? —preguntó emocionada y con los ojos muy abiertos.

—No lo descarto —contesté yo, y Lucía me fulminó con la mirada.

Sí, si fuera posible que una persona despareciera como el humo con una sola mirada, yo mismo lo habría hecho en ese instante.

Alejandra se reía feliz mientras la sentaba en su sillita y le abrochaba el cinturón de seguridad. Lucía se sentó al lado de ella.

—Papi, los abuelos se van a Escocia.

—Sí, pero vamos a ir a comer con ellos a un restaurante.

—¿Y Lucía también?

—A mí me dejáis en el coche metida que yo soy muy buena.

—No, no, que mis abuelos te invitan. Tú no te quedas en el coche, ¿verdad papi?

—No sé yo. Me lo voy a pensar —contesté mirándolas por el retrovisor y Lucía me hacía una burla.

—Si ella se queda en el coche, me quedo yo también. —Se cruzó de brazos.

—Menos mal que alguien me quiere —sonreía mirándome por el espejo retrovisor.

Y sí que la quería, sí, mi hija adoraba a Lucía de tal manera que cuando las veía juntas, me daba un pellizquito en el corazón como decía mi madre. Pero es que me encantaba verlas interactuando como en ese momento.

Alejandra le iba hablando de lo que había visto, lo mucho que se había divertido con su prima

Ivanna; y Lucía, dentro de la pena y el duelo por su madre, sonreía mientras la escuchaba atenta y cogida a su mano, porque no, mi hija una vez que le cogía la mano a Lucía, ya no se la soltaba.

Llegamos al restaurante donde ya nos estaban esperando mis padres. La niña corrió hacia ellos y estos se la rifaban entre abrazos mientras ella se sentía de lo más mimada.

—Ay, ay, mi niña que me la como —dijo mi madre entre besos de esos sonoros de abuela mientras mi hija se reía.

—Yo también quiero mi parte, a mí dame una pierna. —Escuchamos a mi padre que no dudó en cogerle una y ella, más se reía.

Estaba loca con sus abuelos, los quería muchísimo y era más que recíproco, pues mis padres amaban a su nieta con toda el alma.

Nos sentamos a la mesa e hicimos la comanda al camarero. Alejandra se acomodó entre ellos, y mi madre no dejaba de acariciarle la mejilla, colocarle el pelo y mirarla con ese amor que desprendía y derrochaba por los cuatro costados.

Y como toda abuela, estuvo pendiente de ella mientras comíamos.

—El novio de mi mamá es un estúpido —soltó sin venir a cuento llamando nuestra atención.

—¿Por qué dices eso cariño? —preguntó mi madre adelantándose.

—Porque dice que los italianos son más finos que los españoles.

—Qué sigan comiendo *pizzas* —soltó Lucía, y luego se tapó la boca ya que lo había dicho sin querer, pero nos hizo soltar a todos una carcajada enorme, incluso a la niña—. Perdón, a veces tengo la manía de pensar en alto.

—Tranquila, no has dicho nada malo —le dijo mi madre sin poder dejar de reír.

—Y dice que los españoles solos decimos ole y ole.

—A ver, Alejandra, ¿te pasó algo más para estar así? —preguntó mi padre, que no era español, pero a su mujer que no le tocaran ni un pelo, vaya.

—Es que siempre andaba pinchando con España cuando terminaba las videollamadas con vosotros.

—Lo hablaré con tu madre, eso no pasará más.

—Mamá le dice a todo que sí. —Volteó los ojos—. Lo va a defender.

—Me faltan diez como ellos para que puedan contra mí —le contesté causándole una risita.

No era la primera vez que hacía comentarios de ese tipo tras unos días con ellos, y la verdad es que cada vez me preocupaba más y no lo pensaba pasar por alto. Por ninguna de las partes iba a permitir que la niña estuviera en conversaciones que no procedían y menos que tuvieran que ver con ataques sin sentido. El *mete-pocos* goles ese, me estaba tocando bien las narices y su madre también por reírle y permitirle las gracias.

Lucía se encargó de hacer que a la niña se le olvidara un poco ese momento, y al resto también, que todo había que decirlo.

Le dijo que ahora que estaba de vuelta podían retomar la guerra de almohadas y que ella iba a ganar, a lo que mi hija contestó que no, que ganaría ella.

En ese momento se venían bien la una a la otra. Sabía que para Lucía sería aún mejor estar con Alejandra, pues, aunque fuera solo un poco sabía que conseguiría hacer que su ánimo mejorase en estas fechas que estaban a la vuelta de la esquina.

Después de comer, los abuelos sacaron del maletero de su coche el regalo para la niña de las fiestas. Aunque en realidad ellos luego le ponían sus regalos el día de Reyes, y que ya tenían comprados, decidieron sorprenderla antes con un cochecito con capota que venía con una muñeca *reborn* que impresionaba de lo real que parecía.

Se puso loca de contenta, a dar vueltas por el aparcamiento con su carrito hasta que la tuve que coger en volandas y meterla en el coche.

—Papá, tienes que hablar con Santa Claus para que le ponga cositas también a mi bebé, se va a llamar Princesa.

—Pues sabes, que te has comido bien la cabeza —le dijo Lucía.

—Es que es una princesita, pero necesitará más ropita.

—Claro que sí, tú dile a papá que le pida mucha a Santa Claus, que si no te lo trae ya tiro yo de mi tarjeta —contestó provocándome un carraspeo y que la mirase por el retrovisor en plan advertencia. Sabía que lo había dicho de broma—. No me mires así, que no me das miedo.

—No le des miedo papi, ella me va a comprar ropita si falla Santa Claus.

—Ya veo, ya. —Volví a carraspear.

Llegamos a la casa y coloqué todo lo de Alejandra en su habitación mientras Lucía bañaba a

la niña y le ponía el pijama.

Esa paz que me entraba cuando mi hija estaba conmigo en casa era algo difícil de explicar, pero no había nada como ese sentimiento que me causaba.

—Papá, mira la trenza tan chula que me ha hecho después de secarme el pelo —me dijo apareciendo en el salón con una sonrisilla.

—Qué guapa, y sí, está muy bien hecha. Vaya, tiene manos de peluquera.

—Papá, ¿dónde vamos a ir a pasar las fiestas? —preguntó viniendo a mí para que la cogiera en brazos y la sentara en mis piernas.

—Es sorpresa.

—No vas a conseguir sacarle nada, llevo yo intentándolo varios días —murmuró Lucía.

—Papá, queremos saberlo para elegir nuestras ropitas.

—Voto a favor de la propuesta de Alejandra —dijo Lucía levantando el dedo y causando una carcajada en la pequeña.

—Dos contra ti, papi. Nos lo tienes que decir. —Se encogió de hombros.

—Bueno, si insistís os daré una pista…

—Sí, una pista. —Aplaudió emocionada.

—Es un lugar que está cubierto de nieve…

—Medio norte de Europa lo está —dijo Lucía negando—. Esa pista es muy tonta. Vamos, te has devanado bien la sesera para darnos la pista. —Volteó los ojos.

—Pero para saber la ropa nos vale —contestó la pequeña que pese a lo superdotada que era, para otras cosas era de lo más inocente.

—Claro que sí, tú ahí facilitando el misterio. —La cogió en volandas y se la llevó a la cocina.

Fui tras ellas después de ponerme cómodo, preparamos unos cafés y un vasito de leche con galletas para Lucía. Las dos charlaban de lo más animadas con el carrito a un lado de la mesa junto a Alejandra que miraba a su bebé como si fuera de verdad y hasta le decía cosas bonitas.

Sonreía al verla y es que se notaba que, a pesar de lo pequeña que era, tenía más instinto

maternal que su propia madre, y ya era decir.

Nos pasamos la tarde haciendo masa para las *pizzas* y preparando todos los ingredientes preferidos de ellas. La mía era fácil, con que llevase varios tipos de queso, yo ya me daba por satisfecho.

—Estas *pizzas* me gustan más que las de Italia —decía Alejandra cuando nos las estábamos cenando en el salón.

—Normal, aquí las hacemos con mucho amor —respondió Lucía causando una risilla en ella.

—Me gusta tu collar nuevo.

—Me lo han regalado por mi cumpleaños tus abuelos.

—¿Sí? ¿De verdad? —preguntó emocionada.

—Parece ser que me quieren un poquito, no tanto como a ti, pero algo se ve que sí —decía en tono de niña pequeña poniéndose a la altura de mi hija, y a mí me encantaban esas conversaciones entre ellas.

Alejandra las atesoraba, estaba seguro de ello, lo suyo con Lucía era pasión y se veía cada una de las veces que me preguntaba por ella. Al igual que lo notaba en Lucía al hablarme de mi pequeña, era innegable que se querían mucho la una a la otra.

Después de cenar, Alejandra se lavó los dientes y nos dio un beso antes de irse a la cama. Estaba rendida. Fui tras ella a taparla bien y dejarle la luz pequeñita encendida.

—Buenas noches, papi —dijo con una sonrisilla.

—Buenas noches, mi vida. Que tengas dulces sueños.

—¿Dónde vamos a ir a pasar las fiestas? —me preguntó esta vez en un susurro la muy pillina.

—Es una sorpresa —respondí en el mismo tono, y me reí al ver su gesto de resignación volteando los ojos al escucharme—. Descansa, cariño.

Regresé al sofá y me puse debajo de la mantita junto a Lucía, que no tardó en echar lo pies por encima de mí y estirarse. Se los acaricié un poco hasta que me di cuenta de que también había caído en un profundo sueño. La ayudé a ir hacia la cama y me quedé junto a ella leyendo un poco, porque yo aún no tenía nada de sueño.

Capítulo 15



Lucía

Me levanté esa mañana antes de que se despertara Dylan porque quería darles a él y a la niña una sorpresa.

Fui a la cocina y cogí todos los ingredientes que necesitaba para hacer masa para crepes. Sabía que a ella le gustaban mucho con Nutella, y aprovechando que cuando hice la compra cogí un frasco de los grandes, empecé a mezclar los ingredientes al tiempo que se calentaba la leche para ella y se hacían nuestros cafés.

—¡Huele a crepes! —gritó Alejandra y la escuché correr hacia la cocina, no tardó en aparecer y ponerse a mi lado— ¿Has hecho crepes?

—Ajá, para desayunar —sonreí—. Buenos días, cielo. —Le di un beso en la cabecita.

—Buenos días, Lucía. —Me abrazó con sus bracitos por las piernas—. ¿Y papi?

—No tardará en venir, en cuanto huela el café le verás entrando. —Reí y ella sonrió.

La senté en la isla y le puse el vaso de leche con cacao para que fuera bebiendo un poco antes de que estuvieran las crepes listas.

Fue dejarle el plato delante con las dos crepes rellenas de Nutella, y sonreír de ese modo tan suyo al tiempo que movía los deditos.

Y lo bueno que tenían esas crepes era que nos las podíamos comer con la mano, a bocados, y eso mismo hizo ella.

—Qué ricas —dijo sin haber terminado de tragar el primer bocado.

—Me alegro de que te gusten.

—Vaya, veo que soy el último en levantarse hoy.

—Se te han pegado las sábanas, papi.

—Más bien diría que me han secuestrado. ¿Qué tenemos para desayunar hoy?

—¡Crepes con Nutella! —respondió la niña la mar de feliz.

—De acuerdo, entonces no me vais a ver durante un par de horas después del desayuno —dijo mientras cogía una de las crepes que le había puesto a él.

—¿Vas a ir a hacer deporte, papi?

—Sí, porque con vosotras dos en casa, con lo golosas que sois y todo lo que coméis, voy a echar barriga y me acabarán confundiendo con Santa Claus.

—Mira, igual puedes hacerle una suplencia este año, le pides el trineo y los renos y a surcar el cielo repartiendo regalos. —Rio Lucía.

—Lo que me faltaba, ir en el trineo volador.

—Papi, pues eso tiene que ser muy divertido.

—Seguro que sí, pero no quiero quitarle el trabajo al pobre Santa.

Me senté con ellos a desayunar y mientras disfrutábamos de aquellas crepes que, no es porque las hubiera hecho yo, pero me habían quedado buenísimas, me sonó el móvil y vi que era mi padre.

Lo cogí y, tras disculparme con ellos, fui hacia el salón.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, hija. ¿Qué tal estás?

—Ahora mismo comiéndome una crepe con Nutella —respondí mientras le daba un bocado, y mi padre se echó a reír.

—Siempre tan golosa —suspiró—. ¿Nos veremos antes de que te vayas?

—Claro, y solo me iré unos días, no es como si fuera a mudarme —sonreí.

—Ya, ya, pero quiero darte tu regalo de Navidad antes de que te vayas.

—Papá, no hacía falta que compraras nada, ya me regalasteis por mi cumpleaños.

—¿Y qué pasa, que no puedo darte otro? Además, lo compramos tu madre y yo el mismo día que compramos el de tu cumpleaños. Me lo traje a la finca para que no lo encontraras.

—No sabía que lo teníais, así que no habría podido encontrar nada. —Reí.

—Lo habrías hecho, estoy seguro de ello. Y tu tío también tiene un regalo.

—Vaya dos, no hay quién pueda con vosotros. Hablamos en estos días y quedamos, ¿vale?

—Claro cariño, cuando tú quieras. Hala, te dejo seguir comiendo crepes. —Rio—. Te quiero.

—Y yo a ti, papá.

Colgué y cuando regresé a la barra solo quedaban un par de crepes de todos las que había hecho. Tanto Dylan como Alejandra miraban hacia un lado disimulando.

—Ejem, ejem. ¿Solo me habéis dejado esas dos crepes? —Señalé el plato.

—No te lo vas a creer, Lucía, pero es que ha entrado un pájaro por la ventana y se ha llevado todas —dijo la niña.

—Claro, un pájaro. —Puse ambas manos en jarra y arqueé la ceja.

—Yo creo que alguien le enseñó a entrar en las casas y llevarse las crepes con Nutella.

Dylan, que acababa de dar un sorbo al café, lo escupió como una fuente al escucharla y se rio a carcajadas.

—¡Papi! —gritó al ver toda la mesa llena de café.

—Perdón, perdón.

Se puso en pie y cogió papel para secar aquel estropicio, pero es que era normal que se hubiera reído al escuchar lo que la imaginación de la niña le había hecho decir.

Después de desayunar, Alejandra se fue al salón a ver dibujitos mientras su padre hacía un poco de ejercicio en el gimnasio y yo me quedé en la cocina para preparar un buen puchero para la comida.

Después de pelar y trocear las verduras, puse la carne en la olla grande con agua para que se fuera haciendo.

Mientras cocinaba me venían a la mente recuerdos de mi madre haciendo sus guisos, siempre cantando alguna de esas canciones que a menudo sonaban en mi casa.

—*Mami, ¿qué estás cocinando?* —pregunté yo apoyando las manos en la encimera.

—*Puchero, de ese que tanto te gusta* —contestó con su preciosa sonrisa.

—*¡Qué rico! ¿Y qué cantabas?* —Como cualquier otro niño de cinco años, yo era bastante curiosa.

—*Una canción de Karina que le gustaba mucho a mi madre.*

—*¿Y cuál es? ¿Me la cantas?*

—*Claro que sí, mi vida.* —Dejó de cocinar para cogerme las manos y, sin música ni nada, empezó a hacer que bailara con ella mientras cantaba—. *«Buscando en el baúl de los recuerdos, cualquier tiempo pasado nos parece mejor. Volver la vista atrás es bueno a veces, mirar hacia delante es vivir sin temor».*

Noté una manita tirando de mi camiseta y ese recuerdo con mi madre se esfumó, pero tenía algunas lágrimas cayendo por mis mejillas.

—Lucía, ¿por qué lloras? —preguntó Alejandra.

—Me pasa siempre que pelo cebolla, cariño. —Me sequé con el dorso de la mano.

—Pues si la cebolla hace llorar, no pienso pelarla nunca.

—Harás bien —sonreí.

—¿Me das un vaso de zumo? Tengo sed.

—Claro que sí, mi vida. —Le acaricié la mejilla y cogí el vaso mientras ella sacaba la botella de su zumo.

Se lo llené y fue con él de regreso al salón, donde seguía viendo los dibujos mientras coloreaba en uno de sus cuadernos.

Dejé el puchero al fuego y fui al gimnasio a ver a Dylan.

Me quedé observándole mientras hacía abdominales, estaba sin camiseta y el sudor le caía por el torso. Cuando se percató de mi presencia miró hacia la puerta donde yo estaba apoyada y sonreí.

—¿Cuánto llevas ahí en plan mirona? —preguntó con la ceja arqueada.

—No mucho. —Caminé hacia él y le di la toalla para que se secara el sudor de la cara.

—No sabía que eras *voyeur*.

—Y no lo soy, solo venía para ver si necesitabas algo.

—Hum, déjame pensar… —dijo poniéndose en pie y, en un movimiento rápido, me cogió por la cintura para besarme.

No iba a fingir que no me encantaba el modo en el que Dylan me trataba, cómo me hacía sentir y que le tenía muchísimo cariño, era con diferencia el mejor hombre que había conocido, pero hacía tiempo que el amor y yo estábamos reñidos.

—Justo lo que necesitaba. —Hizo un guiño y me dejó en el suelo—. Voy a darme una ducha.

—Yo voy a seguir con la comida.

—¿Qué tenemos hoy?

—Puchero, receta de mi madre, buenísimo —contesté mientras me llevaba los dedos a los labios para besarlos.

—Ya estoy deseando probarlo —sonrió.

Regresé a la cocina para seguir con el puchero mientras él se duchaba, y cuando acabó se sentó en el sofá con Alejandra un rato.

—La comida está lista —dije tiempo después.

—Vamos a poner la mesa, hija. —Dylan se levantó y entre los dos pusieron la mesa mientras yo comprobaba que todo estaba perfecto.

En cuanto ambos vieron aquel puchero, se les hizo la boca agua igual que a mí.

Los dos dijeron que estaba buenísimo cuando terminamos de comer y, después de recoger la mesa nos echamos en el sofá, calentitos con la manta y el calor del fuego cerca, para ver una película, pero tanto Alejandra como yo, acabamos quedándonos dormidas.

Capítulo 16



Lucía

Esa mañana decidí que iría con Alejandra a pasarla fuera de casa.

Preparé un delicioso desayuno de café y tostadas para Dylan y para mí, mientras que para la pequeña hice un tazón de leche con cacao y galletas. En cuanto se levantó, vino corriendo hacia la cocina y me dio un fuerte abrazo.

—Buenos días, Lucía —dijo con su bonita sonrisa en la cara.

—Buenos días, preciosa. Venga, a desayunar y luego, a vestirnos.

—¿No vamos a quedarnos hoy en pijama?

—No vamos a quedarnos en casa, que es diferente —sonreí.

—¿Y dónde vamos? —preguntó cuando la senté en el taburete.

—A dar un paseo por la ciudad, ¿qué te parece? —Le dejé el tazón de leche con cacao y las galletas delante, y sonrió emocionada al tiempo que aplaudía.

—¡Vale!

Empezó a desayunar y justo en ese momento, entró Dylan dándonos los buenos días.

—Papi, Lucía y yo nos vamos a ir a pasear por la ciudad.

—¿En serio? ¿Y yo también voy? —preguntó cogiendo su café para dar un sorbo.

—No, hoy es día de chicas —dije poniéndole las tostadas en la isla.

—O sea, ¿me quedo solo en casa?

—Sí, como el niño ese de la película del otro día —contestó ella.

—Voy a tener el sofá para mí solo, y hay un montón de chuches y chocolatinas —Dylan sonrío al tiempo que elevaba ambas cejas.

—No, papi, no te las comas todas.

—¿Cuántas puedo comer? —Le dio un bocado a la tostada y yo sonreí negando mientras bebía de mi café y veía a la niña fruncir los labios del mismo modo que él solía fruncirlos siempre, llevándose el dedo a la barbilla para darse golpecitos mientras pensaba.

—Pues… ¿dos chocolatinas y una chuche? —dijo.

—A ver, tenemos una bolsa con, por lo menos, veinte chocolatinas y dos bolsas de chuches llenas, ¿y solo puedo coger dos chocolatinas y una chuche?

—Bueeeno, vaaale. —Volteó los ojos—. Dos chocolatinas y dos chuches.

—No te quejes, que encima de que te deja coger. —Me reí.

—Desde luego, hija mía, yo no sé a quién has salido tú tan golosa, si pareces familia de Lucía.

—Una prima muy lejana sería, en todo caso —contesté.

—Lucía es mi amiga, y por eso las dos somos muy golosas.

—Claro que sí. —Rio Dylan.

Terminamos de desayunar y tras recoger todo, fui con la pequeña a su habitación para ayudarla a vestirse.

Se puso unos pantalones vaqueros con una camiseta interior y un jersey en amarillo pastel que tenía y le encantaba, las botas marrones calentitas con pelito por dentro, y cogió el abrigo del mismo color.

Le hice una coleta alta y fue al salón a ver los dibujos mientras me esperaba.

Estaba en ropa interior cogiendo mi conjunto, cuando noté las manos de Dylan en las caderas.

—¿Tienes cinco minutos para mí? —preguntó en un susurro mientras deslizaba una de las manos por dentro de mi braguita.

—Está la niña en el salón.

—No nos va a oír. —Mordisqueó el lóbulo de mi oreja y siguió llevando sus dedos a mi entrepierna.

Acabamos en el vestidor metidos, besándonos mientras él seguía jugando con sus dedos en mi zona. Tocaba el clítoris con círculos rápidos haciendo que mi excitación aumentara en apenas unos segundos, tanto, que noté la humedad y cómo sus dedos se deslizaban fácilmente entrando y saliendo de mi vagina.

Cuando notó que me estremecía, me quitó las braguitas y tras bajarse los pantalones, me cogió en brazos para penetrarme así, con mis nalgas apoyadas en una de las cajoneras del vestidor.

Comenzó a moverse cada vez más rápido y fuerte, y a mí me costaba no gemir como quería.

Acabamos llegando juntos al clímax y nos quedamos unos segundos allí para recobrar el aliento.

—¿No podía esperarse usted a la noche, señor Dylan Blane? —dije con la ceja arqueada.

—Es que pasaba por aquí, te vi en ropa interior y ya sabes lo mucho que me gusta tu cuerpo. —Me dio un beso rápido.

—Anda, ve con la niña antes de que suba ella a buscarnos.

Me bajó y cuando se fue de la habitación entré en el cuarto de baño para asearme un poco antes de vestirme.

Había cogido los vaqueros, una camiseta y un jersey *beige*, así como mis botines y abrigo marrones.

Después de maquillarme y hacerme una coleta, cogí el bolso y bajé al salón a buscar a mi chiquitina.

—¿Lista para una mañana de chicas? —dije cuando entré.

—¡Vamos casi iguales! —sonrió y yo con ella, pues lo había escogido así a propósito.

Nos despedimos de su padre y le dije que, según cómo nos fuera la mañana, a lo mejor no volvíamos para comer, a lo que no puso objeción.

Él sabía que la pequeña conmigo estaba bien, que me hacía caso y era una niña muy buena que no daba problemas.

Cogimos el coche para ir hasta el centro y la primera parada que hicimos fue en la perfumería donde trabajaba Raquel, a quien Alejandra también conocía y le caía muy bien.

—¡¡Raquel!! —gritó al verla cuando entramos.

—Pero bueno, ¿a quién tenemos hoy aquí? Tú has crecido desde la última vez que te vi, a que sí —dijo al cogerla en brazos.

—No sé, a lo mejor —sonrió.

—Hola, cariño. —Me dio un abrazo—. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor —sonreí mirando a la niña, y Raquel sabía más que de sobra que era por ella por quien me olvidaba un poquito de mi pena cada día.

—Ya te veo.

—Raquel, ¿te vienes con nosotras a disfrutar de la mañana de chicas?

—Ay, mi niña, ojalá pudiera, pero tengo que trabajar.

—Alejandra, ¿quieres que comamos con ella?

—¡Sí! ¿Puedes? —le preguntó emocionada.

—Eso sí puedo.

—¿Podemos comer hamburguesas, Lucía?

—Claro, un día es un día —sonreí.

—Venid, que hemos recibido muchas cositas nuevas —dijo Raquel que, sin bajar a la niña, comenzó a caminar hacia la zona donde tenían todos los maquillajes.

Me enseñó unos pintalabios con unos colores preciosos, y acabé con la mano llena de líneas de varios de ellos que me había pintado ella.

—¿Cuándo os vais de viaje? —preguntó mientras cogía unos delineadores nuevos que también me iba a enseñar.

—En un par de días. Luego escribiré a mi padre para vernos mañana, quiere darme mi regalo de Navidad, al parecer él y mi madre me lo compraron cuando el de mi cumpleaños.

—¿De verdad que llevas mejor todo eso, cielo? —Me acarició el brazo.

—Sí, de verdad. No te voy a mentir, la echo mucho de menos y me acuerdo de ella, de momentos cuando era una niña y cantaba —sonreí—. Sigue siendo duro, pero ¿sabes? Al acordarme de escucharla cantar por Karina, pensé en lo que decía la letra, eso de que «mirar hacia delante es vivir sin temor». Tengo que hacerlo, tengo que sanar poco a poco; no me voy a olvidar de ella, pero tengo que seguir porque a mi madre no le gustaría verme llorando.

—Como a la Zarzamora. —Rio.

—Eso mismo —sonreí.

Seguimos mirando algunos de esos productos de maquillaje. Me enseñó unas cremas nuevas y hasta estuve oliendo algunos de los perfumes que las firmas habían lanzado al mercado justo para la campaña de Navidad y, a la que me di cuenta, Alejandra no estaba a mi lado.

Raquel y yo la buscamos por la perfumería y cuando la encontramos, en la zona de maquillaje donde habíamos estado antes, no me caí de culo al suelo al verla porque me sujetó mi amiga.

—Pero, Alejandra, ¿qué te has hecho, niña? —exclamé, y ella me miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Estoy guapa, Lucía?

—Chiquitina, que te has pintado la cara que pareces el payaso de McDonald's —dijo Raquel, porque yo en ese momento ya no sabía ni qué decir, de verdad que no.

Alejandra se había pintado con delineador en los ojos, una raya que le llegaba un poco más arriba de cada ceja, la sombra era azul con brillo, las mejillas tenían un tono anaranjado y los mofletes eran rosa casi fucsia.

Los labios también se los había pintado, y estos sí que eran rosa vivo.

—Ay, Dios mío —suspiré buscando las toallitas en el bolso.

—¿Dónde vas con las toallitas? —dijo Raquel al verme sacarlas.

—Pues a limpiarle la cara, que parece que ha salido de la fábrica de Titanlux.

—A esta niña lo que hay que hacer es lavarla con jabón de lagarto, verás que bien sale.

—¿Eso duele? —preguntó Alejandra con un poquito de miedo en la cara.

—Es broma, chiquitina —le dijo quitándole el pintalabios de la mano para cogerla—. Vamos al baño, que la tita Raquel tiene unas toallitas desmaquillantes buenísimas.

—Por muy buenas que sean, vamos a necesitar un milagro para dejarle la cara limpia —resoplé.

—Pues vete yendo a Lourdes, a ver si la virgencita obra su milagro, que yo, mientras vas y vuelves, le lavo la cara con las toallitas a la niña.

Entramos en el baño y cuando la niña se vio en el espejo, gritó del susto.

—Pero ¿qué me he hecho?

—Eso mismo he preguntado yo, hija. —Reí un poco menos nerviosa.

—Tú es que de mayor quieres ser estilista, a que sí —le dijo Raquel cogiendo las toallitas para empezar a limpiarle la cara.

—Es que tenéis colores muy bonitos, pero no sé pintarme como hacéis vosotras.

—Esto —Raquel se señaló la cara—, son años de práctica y líneas en los ojos con más curvas que rectas. Ya tendrás tiempo de maquillarte, que eres muy chiquitina todavía.

—Yo es que quería tener los labios así de bonitos como Lucía.

—Pues para eso la tita Raquel tiene una barrita de cacao que huele a melocotón y deja un brillo muy sutil.

—¿Y me puedo probar eso? —preguntó con un ojo abierto y el otro cerrado mientras Raquel le quitaba la sombra y el delineador.

—Sí, yo te regalo uno, preciosa. Pero no te vuelvas a maquillar así, que más que empezar la Navidad parecía que fuerais a ir a celebrar los carnavales.

—Vale —sonrió.

Nos quedamos allí limpiándola con las toallitas y lavándola con agua hasta que no le quedó ni rastro de todo el maquillaje que se ha puesto por la cara. Menos mal que eso no le dio por hacerlo en casa porque después del corte de flequillo, esto su padre no lo podría haber superado.

Salimos de la perfumería y ella iba feliz con su barrita de cacao en el bolsillo y los labios con ese poquito de brillo que dejaba, más para hidratar que otra cosa, y quedamos en ver a Raquel en un par de horas para comer con ella en la hamburguesería donde solíamos ir nosotras.

Alejandra y yo entramos en una tienda de pijamas al ver unos monísimos en el escaparate y, al saber que había talla para las dos, cogimos uno para cada una para estrenarlos esa noche, que quería que hiciéramos *pizza* para cenar viendo una película.

—Me lo paso muy bien contigo, Lucía —me dijo al salir cuando íbamos a la papelería de al lado para comprarle unos libros para colorear—. Eres más divertida que el novio de mi mami.

—Somos diferentes, nada más —sonreí.

—Pero tú no eres como él, me haces reír, y Raquel también.

—En eso ella es una experta —sonreí.

—Me gusta tenerte como amiga —dijo abrazándome.

—Ay, mi niña, y a mí también. —Le besé la cabecita y entramos en la papelería donde se volvió loca cogiendo libros para colorear.

Quería mucho a esa niña, y pensar en que su padre pudiera encontrar alguna vez a una mujer con la que rehacer su vida y no volver a verla, me daba una pena grandísima, porque eso sería otro golpe más para mí.

Capítulo 17



Lucía

Tal como quedé con mi padre la tarde anterior, estaba llegando a mi casa puntual a las cinco para tomar café con él y mi tío, que además de verme a mí iban a echar un ojo al piso.

Al abrir la puerta, no pude evitar sonreír por ese olor a café recién hecho que me llegó desde la cocina. Fui directa hacia allí, tras dejar las bolsas con los regalos en la entrada, y me encontré a esos dos hombres preparando la merienda.

—¡Navidad, Navidad, dulce Navidad! —Canturreé, y ambos se rieron mientras se giraban.

Se notaba que eran hermanos porque se parecían muchísimo, solo que mi tío Fernando era unos centímetros más alto que mi padre.

—Hola, cariño. —Me abrazó con ese amor que siempre me daba.

—Te veo bien, papá —sonreí tras besarle la mejilla.

—Y yo a ti. ¿Estás comiendo?

—Sí. —Reí.

—Sobrina, estás preciosa.

—Tú sí que estás guapo, tío. —Le abracé también—. ¿Es que las mujeres de la ciudad no lo ven? Mira que seguir soltero…

—Porque quiere, que se lo he dicho yo mil veces —contestó mi padre mientras cogía la bandeja con las tazas para el café y el azúcar, y yo me quitaba el abrigo.

Mi tío cogió la cafetera y la leche, y yo llevé el brazo de Navidad que habían comprado para

comerlo juntos.

Nos sentamos a la mesa en el salón y charlamos sobre cómo estábamos mi padre y yo, y aunque los dos nos mostrábamos fuertes, los tres nos conocíamos muy bien.

Dijo que aún seguía llorando, menos que antes, pero lo hacía, y era normal. Yo misma lloraba cuando estaba a solas en el cuarto de baño para no entristecer a la niña, y que Dylan no se preocupara más de lo necesario.

—Es que es muy reciente todavía —dijo mi tío Fernando—, os tenéis que dar más tiempo para sanar y que pase.

—Lo sé, hermano, pero María era mi vida. Y con lo mal que lo pasó, que luchó hasta el final como una guerrera, que se me fuera así de un momento a otro, es duro.

—Eh, no llores, que me voy —le advertí.

—Lo que me faltaba, que me digas eso encima —resopló—. Entonces ¿sabes ya a dónde vais a ir a pasar las Navidades? —Cambió de tema.

—No tengo ni la más remota idea, ese hombre no suelta prenda, le cuesta la vida decirlo. Que igual nos lleva a un pueblo aquí al lado y está él todo misterioso.

—No creo, seguro que os sorprende. A ver, que lleváis a la niña. ¿Has pensado que lo mismo vais a Disney con ella? —dijo mi tío.

—Anda, no, pero igual sí es ahí, para que la niña tenga unas Navidades bonitas paseando por allí vestida de princesa —sonreí—. ¿Y vosotros qué vais a hacer estos días?

—Pues, cocinaremos en Nochebuena para tener también para el día siguiente, y lo mismo haremos en Nochevieja.

—No os atragantéis con las uvas, que nos conocemos. —Reí.

—Calla, calla, que todavía me acuerdo el año que se me atravesó la penúltima —contestó mi tío—, qué fatiga pasé, yo creía que acababa en urgencias.

—No, si en urgencias acabábamos al año siguiente, cuando te cortaste con el cuchillo jamonero —dijo mi padre—. Qué manera de sangrar, y la pobre María de un lado a otro con el paño y las manos en la cabeza.

—Ni lo digas, que no veas la de puntos que me dieron en el dedo. Yo pensaba que la enfermera estaba cosiendo un botón. —Volteó los ojos.

—Tenemos muchos recuerdos aquí —comentó mi padre con un suspiro.

—Sí, han sido veintinueve años viviendo entre estas paredes —respondió mi tío.

—Bueno, vamos a abrir los regalos —dije levantándome después de acabarme el café.

—¿Vamos? Será, vas, porque somos nosotros los que te hemos traído regalos a ti. —Mi tío arqueó la ceja.

—Hermano, me da que mi hija no nos ha dejado sin regalo. —Rio.

—Pues no. Ahora vengo. —Fui hasta la entrada y cogí las dos bolsas, entré de nuevo en el salón y le di una a cado uno—. Feliz Navidad anticipada.

Ambos sonrieron y sacaron la caja que había dentro de la bolsa.

—Basándome en el tamaño de la caja, esto son unas zapatillas para estar por casa —dijo mi tío sin siquiera haber roto el papel.

—Ábrelo y ya veremos. —Reí.

Los dos tenían lo mismo, pero sí, lo había metido en una caja del tamaño de una de zapatos para despistarles.

Cuando rompieron el papel y la abrieron, se encontraron con el perfume que usaban, y un conjunto de guantes y bufanda que a ellos les gustaba usar.

—Cariño, muchas gracias. —Mi padre fue el primero en abrazarme, y lo hizo con fuerza mientras me daba un beso en la mejilla.

—¿Y para qué quiero yo una mujer si ya te tengo a ti? —dijo mi tío sonriendo— Me mimas tanto como a tu padre.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Eres mi tío favorito.

—Coño, soy el único tío que tienes —resopló, pero era cierto, pues mi madre era hija única, así que ahora ellos dos eran toda la familia que me quedaba.

—Toma, hija. —Mi padre me dio una bolsa que no había visto hasta ese momento, y que estaba detrás de su silla, junto a otra más.

La cogí y al abrirla vi que era un abrigo de paño *beige* precioso y que me iba a quedar monísimo con el vestido negro de lana que tenía.

Me lo comí a besos y dijo que no era solo suyo, que la que lo había escogido fue mi madre. Ambos sonreímos y me abracé a ese abrigo cerrando los ojos, pensando en ella. Siempre había tenido buen gusto.

—Y este es mío, espero que te guste.

—Pues claro que me va a gustar tío, ya lo sabes —sonreí cogiendo la bolsa de la que saqué una caja grande.

Al abrirla, vi unas botas altas monísimas en color negro con pelito por dentro que se veían de lo más calentitas. Otro al que me comí a besos porque iba a ir yo guapísima con ese conjunto que tenía ahí y el abrigo negro.

Después de los regalos les ayudé a recoger la mesa, lavamos todo, tiramos los papeles de regalo a la basura para llevárnosla y tras ponernos los abrigos y coger nuestras cosas, bajamos a la calle donde nos despedimos con besos y abrazos fuertes.

—Pásalo bien, mi niña. Y ya sabes, en cuanto sepas dónde estáis, me lo dices y así nos quedamos tu tío y yo tranquilos, ¿vale?

—Sí, tranquilo. Vosotros divertíos también, y tomaros una copa a mi salud —sonreí.

—Una, o dos, que la noche va a ser larga. —Rio mi tío.

—Me da que vais a jugar a las cartas. —Arqueé la ceja.

—Pues igual sí, a ver si consigo ganar a tu tío por una vez —dijo mi padre—. Te quiero, cariño. —Me dio otro beso.

—Y yo a ti, papá.

Los vi marcharse y yo hice lo mismo, dejando allí mi casa por unos días para irme a vivir unas Navidades diferentes con Dylan y su preciosa hija.

Capítulo 18



Dylan

Íbamos de camino al aeropuerto, y las dos estaban súper nerviosas tratando de descubrir cuál era nuestro destino, ya que no habían conseguido sacarme ni una pista.

La cara de Lucía no podía ser más de asombro al descubrir que nuestro destino era Noruega.

—Niña, que tu padre nos va a dejar congeladas como a los esquimales, que nos vamos a Noruega —le dijo a la pequeña causando una risilla en la azafata que nos estaba facturando las maletas.

—¿Eso es mucho frío?

—Digamos que, si se nos caen dos lagrimones, se nos quedan congelados en la cara.

—Papá ¿nos quieres congelar? —preguntó con los ojos abiertos y cara de terror, pero de esas cómicas que ella tenía.

—Vais a venir con el cutis perfecto —le dije en bajito causando otra risilla.

Dimos una vuelta por la zona de embarque mientras hacíamos tiempo. La pequeña no dejaba de decir que iba directa a un congelador y que su papá no había pensado en eso. Lucía se reía a carcajadas buscándole la lengua.

Entramos en el avión siendo unos de los primeros en sentarnos, ya que había cogido tres billetes en primera clase. La pequeña pronto entabló conversación con la azafata que le había traído un bloc de dibujo y unos lápices de colores.

Lucía no dejaba de toquetear la pantalla individual buscando una película porque decía que tantas horas dentro del avión le estaban causando claustrofobia con solo pensarlo.

—Son cuatro horas de nada —le dije.

—No me lo recuerdes que me tiro por la ventanilla.

—Por ahí no cabes —soltó Alejandra.

—Gracias por mirarme con tan bonitos ojos —le contestó negando.

—Es que no entro ni yo. —Se encogió de hombros.

—Ah bueno, así ya me dejas más tranquila. —Hiperventiló de manera exagerada.

El vuelo despegó y Alejandra, que estaba más que acostumbrada a viajar, subió los brazos gritando la palabra «¡¡¡Bien!!!». Lucía la miraba negando, ya que le gustaba muy poco eso de subirse a un avión y solo se había montado un par de veces en su vida.

—Ni diez minutos y la niña está roncando, yo no sé cómo lo hace, y yo parezco que llevo aquí diez horas encerrada —dijo al cabo de un rato.

—¿Te quieres relajar?

—No, no quiero ni puedo. —Estaba nerviosa y angustiada, se le notaba.

—Échate hacia atrás y ponte cómoda. Puedes dormir.

—No, no puedo, los aviones me irritan mucho. Ya nos podrías haber llevado al norte de España o a Portugal en coche. ¿Qué se nos perdió en Noruega? Allí nada más que hay vikingos y cosas raras.

—No sabes lo que dices.

—Habló Einstein.

—Ya lo veremos. —Le hice un guiño.

—Odio cuando te pones así —resopló.

—¿Y cómo quieres que me ponga?

—No me mires así de meloso para ganarme, que este vuelo me lo vas a pagar bien caro.

—¿Cómo de caro?

—¡Que no me mires así! —Se puso las manos en la cara mientras reía.

Mucho quejarse, pero fue comenzar a ver una película y quedarse tan dormida como Alejandra, que estaba agarradita a la manta que le habían dado. Mi niña era preciosa y solo con mirarla me deshacía por completo.

Aproveché el tiempo que ellas descansaban para revisar bien todo lo que tenía planeado para esos días, no quería que nada de lo que estaba previsto ver para vivir de un modo especial esas fiestas con mis chicas se fuera al traste.

Sonreí al darme cuenta de que había pensado en ellas como mis chicas, pero es que así las sentía a las dos.

Tuve que avisarlas a las dos para que se incorporaran para el aterrizaje.

—Señorita, que estamos llegando —murmuré al tiempo que le daba unos leves toquecitos en el hombro a Lucía.

—¿Me he dormido? —preguntó con voz somnolienta y los ojos entrecerrados, acostumbrándose a la luz.

—Como un tronco —murmuré.

—Papá, quiero zumo.

—Vale, cariño, pero cuando aterricemos. Ahora no se puede tener nada por medio y lo sabes.

—Un sorbito nada más —juntó sus manos.

—Cuando aterricemos, si abro el brik se puede derramar.

—Joder, dale a la niña un trago que ya le aguanto yo el brik —protestó Lucía.

—Esa boca.

—Perdón, perdón. —Se rio.

—No sabía yo que tenías tan mal despertar. —Arqueé la ceja.

—Es por estar aquí tanto tiempo.

—Pero si te has quedado dormida. —Reí.

—Eso dices tú, que igual han sido solo cinco minutos cerrando los ojos.

—Cinco minutos, ¿eh? —Cogí el móvil y le mostré las fotos que le había hecho con cada postura que cogía y en la que se veía la hora en la que habían sido tomadas—. Tus cinco minutos son muy largos, me parece a mí. —Reí.

—¿Te has atrevido a hacerme fotos? Eso vulnera mi persona.

—Te como —murmuré dándole un beso en la mejilla y ella sonrió.

Cuando aterrizamos fuimos a por las maletas y nos dirigimos hacia la caseta de alquiler de coches para que me dieran la llave y los papeles del que había alquilado *online*. Fue todo muy rápido y en nada ya estábamos subidos en el coche para salir del garaje y del aeropuerto. Estaba deseando llegar al lugar en el que íbamos a alojarnos y ver su reacción.

La cara de las dos al ver todo ese manto de nieve fue indescriptible.

—Joder, aquí viene mi vecino Paco y se tira de cabeza —dijo causándome una risilla porque la había entendido a la perfección. Negué mirándola por el espejo retrovisor.

—¿A tu vecino Paco le gusta la nieve?

—Más de lo que te imaginas —me contestó provocando que yo me riera más.

—Lucía…

—Ya, jefe, ya. —Hizo la que se echaba la cremallera en los labios mientras me miraba por el espejo retrovisor.

Llegamos a la aldea en la que nos íbamos a alojar en una preciosa cabaña dentro de una urbanización muy exclusiva de alquileres vacacionales, donde lo tenían todo preparado para la Navidad, incluso contaban con un mercadillo. Con la nieve cubriendo todo, el paisaje era realmente encantador, una vista de ensueño sin duda alguna.

Las dos se miraban y saltaban aplaudiendo cuando se bajaron del coche observando bien esa estampa de todas las casas iguales de madera.

—¿Esta es la nuestra, papi? —preguntó señalando hacia la puerta, ya que había aparcado justo en un lateral que estaba habilitado para ello. Debía admitir que cuando me llamaba papá me gustaba, pero ese tono en el que de forma melosa me decía papi, era para derretirme.

—Sí, cariño, esa es la nuestra. La llave está puesta, ¿verdad?

—Sí —contestó Lucía, que la abrió sin esperar a coger maletas ni nada. Se fueron directas

hacia dentro.

—¡¡Hay un árbol enorme puesto!! —gritó Lucía y me eché a reír.

Hasta en eso habían pensado los dueños para dejarnos la cabaña a capricho y lista para disfrutar de unas Navidades que esperaba fueran inolvidables para los tres.

Metí todo el equipaje mientras ellas revisaban absolutamente todo.

—Papá, me quiero quedar aquí a vivir para siempre.

—Mira qué pronto se te va a independizar. —Rio.

—Qué graciosa eres —le dije a Lucía mientras negaba.

La casa estaba calentita gracias al calefactor que estaba encendido, además había hasta una chimenea que más tarde encendería para darle un toque aún más acogedor. Contaba con dos dormitorios, una habitación con sauna y una piscina climatizada, y otra destinada a masajes. Además, la cocina se unía al comedor y al salón formando un espacio diáfano y amplio, y había una puerta que conducía a la parte trasera.

Todo era de ensueño, como de cuento. Alrededor de la casa todo el paisaje estaba nevado y era una maravilla.

Las paredes en el interior eran de madera, con un tono natural que le daba una sensación de calidez perfecta.

El salón era amplio y muy luminoso, tenía un par de grandes ventanales que mostraban esas espectaculares vistas de la nieve cubriendo el exterior. El sofá estaba cerca de la chimenea por lo que ya intuía yo que allí pasaríamos bastante tiempo acurrucados.

Por lo que había visto en las fotos, las habitaciones eran amplias y parecían muy acogedoras, decoradas en ese mismo estilo rústico que había en toda la casa.

No podría haber escogido un lugar mejor para pasar estas fiestas con ellas.

Las dejé deshaciendo las maletas y me fui en el coche a un súper a coger comida y bebida suficiente, ya que íbamos a pasar aquí diez días. Lo bueno es que habíamos cogido un vuelo de primerísima hora de la mañana y apenas eran las doce y media.

Ellas ya lo que querían era ducharse para ponerse los pijamas nuevos, que así es como tenían decidido pasar la Nochebuena, que era hoy.

El supermercado estaba lleno de gente haciendo las compras de última hora. Empecé a llenar

el carro con todo tipo de productos para estos días, lo llevé hasta la caja rezando porque no se cayese nada, ya que lo había puesto a reventar de cosas.

Las chicas tuvieron el detalle de ponerse los abrigos y salir a ayudar, en estos momentos estábamos a -10ºC y el frío era hiriente, parecía que se me iba a cortar la cara.

—Papi, qué de cosas ricas has traído.

—Para que veas cómo me he acordado de mis chicas.

—Normal, somos dos contra uno, te lo recuerdo —dijo Lucía—. Y más vale que nos cuides mucho si no quieres pasarlo realmente mal.

—¡Bien! —gritó la pequeña ante las palabras de su aliada.

—¡Las mujeres al poder! —gritó Lucía.

—Pues muy bien, ahí tenéis todo para que lo sigáis colocando. ¡Al poder! —les bromeé y me tiré en el sofá.

—No, papi, eso no vale, tú tienes que ayudar. —Y ahí estaba de nuevo ese tono meloso de mi niña.

—Yo fui a hacer la compra y os traje muchos caprichos, ahora toca igualdad, me tenéis que cuidar.

—No, papi, nosotras hemos colocado la ropa y nos hemos duchado.

—Mira qué suerte, a mí ni aún me dio tiempo a eso.

—Vamos a tener que hacerle la pelota. —La incitó Lucía.

—¡Venga, abracitos! —gritó mi hija y las dos corrieron para tirarse encima de mí.

—Eh, eh, que has dicho abracitos, hija, no cosquillitas —protesté.

—No me lo puedo creer, ¿el señor Dylan Blane tiene cosquillas? —preguntó Lucía.

—No, pero es que esta princesa me clava los dedos que parecen agujas —contesté dejando a la pequeña en el suelo—. Venga, vamos a colocarlo todo.

—¡Sí! —mi hija dio un leve gritito al tiempo que movía el brazo en señal de victoria mientras iba a la cocina, Lucía y yo sonreímos negando, yendo tras ella.

Terminamos de colocar todo y nos sentamos a comer unos menús que había comprado por el camino en un McDonald’s para no complicarnos ahora la vida.

Alejandra decía que quería ayudarnos en la cocina, así que pensaríamos en qué pedirle que hiciera ella.

Me metí en la ducha, ya que quería descansar un rato antes de ponernos a preparar la cena especial para esta noche.

Capítulo 19



Dylan

El sofá abierto era tan amplio que ahí nos habíamos echado los tres a dormir la siesta. Una a cada lado con la pierna por encima de mí. Casi ni me podía mover lo más mínimo para salir de esa encerrona en la que me habían metido las dos, pero no las quería despertar.

Me quedé ahí unos segundos mirándolas y sonreí, desde luego que no había mejor manera de pasar estas fiestas que con ellas.

Con cuidado conseguí salir sin despertarlas para poder prepararme un café antes de disponerme a preparar la cena con tranquilidad, quería conseguir poner una mesa de lo más currada a pesar de que era un día triste para Lucía porque eran las primeras fiestas sin su mamá, y cada vez que hablaba con su padre terminaba de lo más apagada, pero ahí estaría yo para animarla una y otra vez.

Las observaba en el sofá y se me dibujaba una sonrisa en la cara, y es que era inevitable que no ocurriera. Eran tan perfectas para mi vida que simplemente por el hecho de poder compartir esos momentos con ellas era todo lo que realmente necesitaba.

Di un sorbo al café y me quedé sumido en esa imagen que tenía delante, esperaba que estos días fueran diferentes para Lucía, quería que desconectara por un momento de todo lo que había estado viviendo, que, aunque siguiera con esa pena por la ausencia de su madre en unas fiestas tan familiares como estas, disfrutara con Alejandra y esos momentos que compartían juntas.

Comencé a cortar la verdura para la sopa de marisco que tenía pensada hacer de primer plato y de segundo, la carne que había comprado en solomillos con guarnición de verdura, todo eso sin contar con los canapés que iba a preparar y que estaba convencido de que iban a disfrutar.

Lucía se levantó y sonrió al verme preparando todo. Se acercó y me rodeó con sus brazos besando mi mejilla con insistencia.

—¿En qué puedo ayudarte, amor?

—¿Me has llamado amor? ¿Tú? —Carraspeé mirándola de lado.

—Se me escapó. —Se puso una mano en la boca y sonrió sonrojándose.

Yo la llamaba de mil maneras cariñosas, pero a ella le costaba un mundo dirigirse a mí de esa manera, era como si tuviera una barrera infranqueable que no la dejara murmurar aquellas cosas que en muchos momentos sentía.

—Papi, ¿y mi merienda? —dijo la pequeña sentándose sobre el sofá y frotándose los ojos.

—Aquí. ¿Has visto alguna vez que esté en el sofá?

—No seas malo, yo le llevo a mi niña lo que quiera —me dijo Lucía dándome una colleja y causando la risita en la pequeña—. ¿Qué quieres, mi tesoro?

—¿A ella la llamas tesoro?

—Calla que antes te llamé amor. —Se puso el dedo en la boca y se fue para la niña—. Tu padre es muy celoso, pero no le hagamos caso —dijo con un movimiento de mano para quitar importancia al asunto—. ¿Qué quieres para merendar princesa mía?

—Quiero turrón de España —dijo por el de Suchard que habíamos traído en las maletas porque era un vicio para todos.

—¿Y de beber?

—Un refresco de cola.

—Sí hombre, ¿dónde has visto una merienda con refresco?

—Yo lo tomaba en Italia hasta para desayunar. —Se rio y mi cara se transformó por completo.

—Acaba de soltar el gordo. Voy preparándote mejor un vaso de leche con cacao —le dijo Lucía sacando los labios como de impresión.

—Alejandra, ¿mamá te daba para desayunar refresco? —pregunté, esperando que, como se había reído, aquella hubiera sido solo una broma.

—Sí, cuando yo le decía que lo quería. —Se encogió de hombros.

Solté el aire y pensé que ya había varias cosas que necesitaba discutir con Antonella; la situación estaba tomando un camino que no me gustaba en absoluto.

Lucía le preparó la merienda y la tomaron juntas en el sofá, ya que ella se sirvió un café. Yo seguí preparando la cena mientras pensaba en eso que me había dicho la niña y que me había hecho hervir por dentro, porque no me podía creer que mi exmujer no pusiera límites a las peticiones de Alejandra.

¿Qué clase de persona le da de merendar o desayunar a una niña de cuatro años un refresco cuando no lo debería de tomar de ninguna manera? Por Dios, ¿en qué pensaba esa mujer?

Poco a poco, y dejando a un lado esos pensamientos, o acabaría cogiendo el teléfono para darle un buen sermón a Antonella, que desde luego no pensaba nominar a madre del año, fui dándole vida a toda la comida y dejando todo listo para la hora de la cena. Lucía me estaba ayudando a preparar los ingredientes de los canapés y caramelizó la cebolla mientras que Alejandra estaba colocando en una cestita los dulces navideños.

Justo estaban cantando una canción típica de estos días cuando le sonó el teléfono a Lucía y vi en la pantalla que era su padre, a ella se le cambió la cara y es que era hablar con él y se ponía por los suelos.

—Papá, Lucía está triste —dijo cuando la vio de espaldas, pero se pudo ver que se secaba las lágrimas.

—Está hablando con su papá y están lejos, es por eso. —Le acaricié el pelo.

—Ahora le voy a dar un abrazo muy grande.

—Claro que sí, mi vida.

—Ella siempre es muy buena conmigo, no como el novio de mamá, que no para de hacerme bromas que en realidad no tienen gracia.

—Has venido un poco reticente con él —dije mientras la veía concentrada en su tarea—. ¿Qué te pasó, vida?

—Es bobo, de verdad, no es como Lucía que me quiere mucho. —Miró hacia ella que había colgado la llamada y no me dijo nada más—. ¡Lucía! —Corrió hacia ella y la abrazó—. No llores más que a mí me da penita.

—Ya cariño, es emoción. —La cogió en brazos.

—¿Te gusta estar aquí con nosotros? —le preguntó mi hija mientras le acariciaba las mejillas a Lucía, que sonrió con esa leve tristeza que arrastraba desde hacía días.

—Claro que sí, tesoro, me encanta.

—Papi, me ha llamado tesoro, otra vez —dijo haciéndome una burla sacando la lengua.

—Pero bueno, ya van dos veces. —Puse las manos en jarra.

—Me quiere más que a ti. —Se le escapó una risilla mientras apoyaba la cabeza en el hombro de Lucía.

—¿Es verdad eso? —pregunté arqueando la ceja.

—Por supuesto que sí, yo a mi niña la quiero un mundo —contestó dándole un beso en la cabeza.

—Vas a tener que decirme cómo conseguir que me quiera la mitad que, a ti, hija mía —dije con un leve suspiro y ambas rieron porque sabían que estaba bromeando.

Y tras dejarla en el suelo, Alejandra fue hacia el baño y Lucía se acercó a mí.

—¿Todo bien, preciosa? —le pregunté acariciándole la mejilla.

—Sí, es solo que… ya sabes, es la primera Navidad sin ella, y además no estoy con mi padre.

—Él tampoco está solo, tu tío le hace compañía.

—Sí —sonrió.

—Así te quiero ver —murmuré inclinándome para besarla aprovechando que la niña no nos veía—. Quiero que sonrías, ¿de acuerdo?

—Tanto como pueda —contestó.

—Ya he vuelto. —Nos separamos al escuchar a la niña y seguimos en plan cocinillas los tres.

Preparamos la mesa poco a poco y fue quedando espectacular. Abrí una botella de vino y un zumo de uva para Alejandra.

—Por muchos días como estos, juntos —dijo Alejandra levantando su vaso y nos sacó una sonrisa. Brindamos.

—Por muchos días, mi niña bonita. —Lucía le rodeó los hombros con su brazo.

Nos sentamos a cenar tempranísimo, como era normal en estos países del norte. La noche

estaba en el exterior a -15ºC, pero dentro de la casa se podía estar en manga corta de lo más a gusto mientras disfrutábamos de la cena, con esa mezcla de aromas de la comida y la leña quemada de la chimenea llenando el aire.

—Papá, Lucía, cerrar los ojos y pedir un deseo.

—Venga, papi —me animó Lucía que ya estaba cerrando los ojos.

—¿Lo habéis pensado ya? —preguntó con impaciencia.

—Sí —dijimos al unísono.

—A la de una, a la de dos y a la de tres; ya casi, bueno ya los podéis abrir.

—¡La leche! —dijo Lucía mirando a la niña mientras yo intentaba asimilar lo que estaba viendo.

—¿Os gusta, papi? Lo ha dejado Santa Claus adelantado en un cajón de vuestra habitación, pero claramente es para mí: rosita y así suavecito es para masajear la cara. —Se puso a pasarse el succionador por las mejillas mientras sonreía feliz.

—No estoy yo muy segura de que lo haya dejado para ti —murmuró Lucía que no podía reprimir la risa.

—Papi, cómprale uno a ella que me lo va a querer quitar. —Seguía con el aparato por toda su cara.

—Vamos a comer, cariño, dámelo. Esto es del dueño de la cabaña que me dijo que se le había olvidado en el cajón el regalo de su hija y que luego pasaría a por él.

—Pues yo he roto el papel y la caja —dijo asustándose.

—No, tranquila, ahora se lo envuelvo yo de alguna manera. Decimos que entró un ratón y royó el papel.

—Vale, papi, pero a ver si a mí me traen uno porque esto me gusta mucho.

—No me extraña, me gusta hasta a mí —murmuró Lucía todavía aguantando la risa mientras yo la miraba con la ceja arqueada.

La niña me lo dio y lo llevé a la habitación para dejarlo de nuevo en el cajón. Tuve que reírme otra vez…

Cenamos relajadamente mientras disfrutábamos de charlas animadas por el vino, por las miradas, por la complicidad que había entre los tres. No podía sentirme más afortunado en el mundo en una noche como esta…

Acosté a la niña en su habitación y regresé al sofá junto a Lucía, que ya estaba esperándome con una copa en la mano y con la mantita sobre sus piernas.

—Te dije que te gustaría ese vino. —Me senté a su lado cubriéndome también con la manta.

—Pero más me gustas tú —murmuró acercándose a besarme.

—Me dices estas cosas y consigues que me venga muy arriba. —La agarré y la senté de lado en mis piernas para tenerla pegada a mí.

—Gracias por este viaje, Dylan —murmuró pegando su frente a la mía.

—Sabes que no tienes nada que agradecerme y que para mí significa mucho que estés aquí, a pesar de que no quieres ser mi nada. —Le mordisqueé el labio.

Lucía suspiró y no quise decir nada más, no quería estropear ni el momento, ni la noche; simplemente la besé mientras la abrazaba, dejando que pasara lo que tuviera que pasar.

Capítulo 20



Lucía

Hacía poco más de una hora que me había despertado, Dylan y yo apenas nos habíamos quedado dormidos hacía cuatro horas, y mientras que él seguía en su fase de sueño más profundo, yo solo había dormido tres horas, por lo que llevaba esta última dando vueltas en la cama.

Fechas como esta no eran especialmente buenas para mí por muchos motivos, y ahora con la ausencia de mi madre todo era aún peor.

Suspiré por millonésima vez en esa hora y decidí levantarme e ir a tomar un vaso de leche caliente a ver si así conseguía conciliar el sueño de nuevo, algo que no veía del todo posible, y eso que después de habernos dejado llevar entre las sábanas habíamos acabado agotados.

Me levanté con cuidado de no despertarle, bastante era con que uno de los dos no pudiera seguir durmiendo, cogí el móvil y vi que apenas eran las cuatro de la mañana.

Cerré la puerta al salir sin hacer ruido y fui hacia la cocina abrigada con mi pijama y una manta que me había echado por encima. La chimenea aún estaba encendida y el calor invitaba a acomodarse junto a ella.

Puse un poco de leche a calentar, le eché una pica de miel y cogí la taza entre mis manos disfrutando del calor que despendía y el aroma que llegaba a mí.

Y sí, me senté frente a la chimenea para disfrutar de esa taza de leche caliente a la que le di el primer sorbo tratando de que me reconfortara.

Durante unos pocos segundos me quedé allí, frente al fuego, abrazándome las piernas con la barbilla en las rodillas. La mente se me iba sola a todo eso que en los últimos años había tenido que vivir.

Sin darme cuenta, y como me solía ocurrir siempre acabé llorando, las lágrimas caían por mis mejillas de manera descontrolada y ese nudo en la garganta y el dolor en el pecho aparecían de nuevo.

Retiré las lágrimas tanto como pude, cogí el móvil y entré en la galería de fotos para ver todas aquellas que, en noches como esta, no podía evitar ver.
Era doloroso, pero para mí tan necesario para ser consciente de todo lo que no podía olvidar.

Pasaba una tras otra mirándolas todas, sonriendo con muchas de ellas mientras lloraba sin consuelo, dolía tanto…

No era justo que tuviera que pasar todo lo que había experimentado, y no le deseaba aquello a nadie, ni siquiera a la peor persona que había tenido la desgracia de conocer y que se cruzara en mi camino.

Echaba de menos a mi madre, era ella quien algunas noches en estas fechas me encontraba en el sofá del salón acurrucada con un vaso de leche sin poder dormir, solo que para cuando lo hacía ya no tenía más lágrimas que derramar y simplemente le decía que no podía dormir.

—Ay, mi vida, desde que eras una niña esta noche siempre has estado muy nerviosa esperando la llegada de Santa Claus, igual que la noche de Reyes, y no dormías apenas nada — decía ella con una sonrisa frotándome la espalda.

*—Sabes que me ha gustado siempre abrir tus regalos, los envuelves con tanto mimo que da penita romper el papel —*contestaba yo.

*—Debes descansar, cariño, así que en cuanto te termines la leche, vuelves a la cama. —*Me dio un beso en la mejilla*—. No querrás encontrarte con Santa y uno de sus renos. —*Rio.

Sonreí en ese momento ante aquel recuerdo, cerré los ojos y atesoré la imagen de mi madre unos segundos más antes de volver a ver fotos.

Ella era una mujer preciosa, había visto infinidad de fotos de cuando era joven y tenía mi edad, y sí que nos parecíamos mucho.

—Me haces falta, mamá, mucha falta —dije en un susurro mientras pasaba el dedo por la pantalla.

Vi que tenía un mensaje de Raquel que no había visto que estaba ahí. Era de poco antes de la cena de Nochebuena y, como estaba hablando con mi padre cuando me entró, ni siquiera me di cuenta.

Raquel: *Espero que pases una feliz noche, cariño, que rías tanto que mañana tengas agujetas, y que te diviertas con el hombre al que no le quieres poner etiqueta, pero que sé que*

quieres mucho y con su pequeña diablilla. Te quiero, y la nuestra es una amistad infinita.

Vi que había estado en línea hacia apenas cinco minutos, seguro que seguía en el local de Fran disfrutando de la noche, así que le mandé un mensaje.

Lucía: *Lo primero, quiero disculparme porque no vi antes tu mensaje, me llamó mi padre y no lo he visto hasta ahora. Ha sido una bonita noche, sí, y nos hemos reído tela con una travesura de la niña, que encontró un succionador en nuestra habitación y le dio por decir que era para masajearse la cara. Al padre casi le da algo. Espero que tu noche también haya estado bien y que disfrutaras, y sigas haciéndolo. Tómate un chupito a mi salud. Yo también te quiero mucho, y lo sabes.*

Le di a enviar y dejé el móvil a un lado para dar otro sorbo a mi leche, no tardé en escuchar su mensaje de vuelta.

Raquel: *¿Qué haces despierta? No, mejor no me lo digas porque me lo imagino. ¿Otra vez viendo fotos? Cariño, no puedes seguir así, no es bueno para tu salud, acabarás por caer enferma.*

Lucía: *No caeré enferma, pero sabes que en estas fechas todo se me hace un mundo, y ahora sin mi madre… De verdad que no sé qué más podría pasarme con todo lo que he experimentado ya.*

Raquel: *Es normal que te sientas mal, y lo entiendo. Estas fiestas son más difíciles cuando nos falta alguien, pero tampoco es bueno enfocarte en el dolor, cariño, es mucho mejor recordar los momentos bonitos.*

Lucía: *Esos son los que no quiero olvidar, no puedo hacerlo.*

Raquel: *Y por eso ves las fotos, lo sé. Estoy contigo, siempre lo estaré, y cuando necesites hablar sabes que cuentas conmigo. Te quiero como a una hermana y me duele verte mal, no lo mereces. Si tan solo yo hubiera podido hacer algo, si te hubiera podido ayudar con todo, sabes que lo habría hecho.*

Lucía: *Sí, sí que lo sé, pero como dices no podías, era difícil entonces y lo es igual ahora. Solo espero que llegue el día en el que todo esto desaparezca y el dolor no sea más que un recuerdo lejano.*

Raquel: *Pasará, te lo prometo, porque a cabezona no te gana nadie y si quieres olvidarte de esto cuando llegue ese momento, lo harás. Y recuerda que no estás sola, cariño, yo estoy contigo y siempre podrás contar conmigo para lo que necesites.*

Lucía: *Gracias, Raquel. Aun estando lejos de aquí, me has ayudado a que me sienta un poquito mejor.*

Raquel: *Esa era la idea. Ahora vuelve a la cama y descansa, no querrás sorprender a Santa Claus dejando los regalos. Por cierto, el mío estará aquí esperándote a la vuelta. Te quiero, no lo olvides. Y Feliz Navidad, cariño.*

Lucía: *Gracias, de verdad. Yo también te quiero. Feliz Navidad.*

Dejé el móvil de nuevo sobre el sofá y sentí algunas lágrimas cayendo por mis mejillas. Tenía que dejar a un lado el dolor en estos días porque no quería que la niña me viera triste ni que Dylan hiciera preguntas, bastante fue cuando mi padre comentó aquello y él se quedó con la mosca detrás de la oreja.

Suspiré, cogí la taza y me tomé a sorbos la leche que aún estaba caliente mientras seguía con la mirada perdida en el fuego y esos pensamientos invadiendo mi mente.

No, hacía tiempo que dejaron de gustarme estas fechas y con la ausencia de mi madre era todo mucho peor.

—Ojalá estuvieras aquí, mamá —dije con el móvil en la mano viendo esa última foto que nos hicimos el día que la llevé al salón de belleza para ese día de chicas.

Fueron nuestros últimos momentos juntas y los atesoraría el resto de mi vida.

Llevé la taza a la cocina, la lavé y volví a la habitación donde entré sin hacer ruido y vi que Dylan seguía profundamente dormido aún en la misma posición en que le dejé cuarenta minutos antes.

Me metí en la cama, busqué sus brazos y aun dormido, me rodeó con ellos envolviéndome con su calor y el aroma de su perfume. Cerré los ojos y tras un suspiro conseguí desconectar un poco, dejar la mente en blanco y esperar a que el sueño me encontrara de nuevo.

En apenas unas horas amanecería y Alejandra no esperaría mucho para venir a buscarnos y que fuéramos todos al salón a abrir los regalos.

Había imaginado tantas veces una Navidad distinta, esa que siempre soñé vivir, que en cada vez que celebraba mi cumpleaños, mi deseo era el mismo.

Ojalá en algún momento se convirtiera en realidad.

Capítulo 21



Dylan

Me levanté de la cama muy temprano para ir a buscar todos los regalos, que no eran pocos, ya que los tenía encargados y los dueños de la cabaña me hicieron el favor, pagando por supuesto, de recogerlos y dejarlos en una especie de trastero que había en el lateral de la cabaña.

Me abrigué muy bien para salir a por ellos, ya que hacía mucho frío y dada la cantidad de regalos que les había comprado tendría que hacer varios viajes.

Cuando ya los tuve colocados todos debajo del árbol y separados para cada uno de nosotros, me volví a dirigir a la cama para intentar dormir un poco más.

Sabía que iban a disfrutar mucho cuando vieran todos esos regalos reunidos allí esperando a ser abiertos por ellas, y no había mejor sensación para mí que verlas sonreír.

Rodeé a Lucía por la cintura pegándome a ella, hizo un leve sonido como de alivio y la besé en el cuello antes de acomodarme aún mejor, abrazándola contra mí y disfrutando de su dulce perfume y el calor de su cuerpo hasta quedarme dormido de nuevo.

No había pasado ni una hora desde que me volví a meter en la cama cuando me despertó Alejandra dando saltos sobre ella.

—¡Papi, Lucía! ¡Despertad ya! ¡Que ha venido Santa Claus! —gritó mientras seguía saltando encima de nosotros.

—Alejandra, hija, no saltes más que me estoy mareando nada más de verte —dijo Lucía mientras se tapaba la cara con la almohada.

Pero yo sabía que, en el fondo, Lucía era igual de niña que Alejandra y, en un abrir y cerrar de ojos, también se pondría a saltar encima de la cama como una auténtica loca.

Uno, dos, tres, cuatro, ni tiempo me dio de contar hasta cinco cuando se quitó la almohada de la cara y me dio con ella, para automáticamente agarrar a mi niña entre sus brazos y ponerse a saltar de igual manera.

—Vamos, papi, levanta que tenemos que abrir los regalos —dijo Alejandra sin dejar de saltar.

—Qué energía de buena mañana —suspiré.

Vi que Lucía le decía algo al oído a mi hija y las dos se miraban entre ellas con unas sonrisas de medio lado y cuando menos me lo esperé, tenía a las dos encima de mí haciéndome cosquillas.

Parecían dos pulpos, les salían manos por todos los lados, me quitaba a una de encima cuando ya tenía a la otra, me dolía la barriga de tanto reír, ya no reía solo de las cosquillas, sino de verlas a ellas tan felices de esta manera tan bonita.

—Parad, me rindo —les dije para que se creyesen las vencedoras—. Venga, vamos a lavarnos la cara y vemos qué tal se portó Santa con vosotras.

—Papi, y contigo también —murmuro Alejandra.

—Hija, conmigo seguro que se portó súper bien, él sabe que yo soy muy bueno. —Le hice un guiño a Lucía—. Las *diablillas* sois vosotras y no sé hasta qué punto puede pasar las travesuras de vosotras dos.

Mi hija se me quedó mirando un poco pensativa, para poco después hacer un gesto con su mano como quitándole importancia a lo que yo les había dicho.

—Ni caso a mi padre, Lucía, a él le gusta meterme un poco de miedo con los regalos, pero te aseguro que Santa nos dejó más regalos a nosotras que a él.

Al final nos levantamos y nos dirigimos hacia el salón donde estaban todos los regalos debajo de aquel enorme árbol de navidad.

—¡Halaaaa! Este año sí que me ha visto Santa ser muy buena —dijo con los ojos desorbitados mirando los regalos.

Corrieron hasta el árbol y se pusieron como locas a abrir regalos, cada una iba abriendo el suyo y cada regalo les gustaba más que el anterior.

—¡¡Me muero!! —gritó tras abrir uno de los regalos, y cogió otro cuyo papel acabó igual que el anterior, hecho trizas— ¡¡Ahhhhhh!! ¡¡Me encanta!!

A Alejandra, Santa le trajo todos los regalos que ella había pedido en su carta y algunos más

que sabía que le iban a gustar mucho, vamos, un popurrí de casi todo un poco. Ropa, colonia, muñecas, juegos y varias cosas más.

Lucía me miraba con un brillo especial mientras iba abriendo los suyos, no creo que se esperara tener tantas cosas y sé que estaba más emocionada por saber que me había tomado la molestia de pensar en todas las cosas que a ella le gustaban, más que por el valor económico de los regalos.

A Lucía, Santa Claus le había traído uno de sus perfumes favoritos, pues sus padres le habían regalado uno para su cumpleaños, un abrigo, maquillaje y lencería.

Para mí, por supuesto, que también había puesto varias cosas que se me antojaron, pero mi mayor regalo era verlas a ellas con esos ojos tan brillantes de felicidad.

—¿Ves como sí hemos sido buenas este año, papi? Es que no confías nada en nosotras —suspiró.

—Ya lo veo, ya. Debe ser que cuando no os veo, sois dos angelitos.

—Siempre lo somos, mira, mira qué caritas —dijo Lucía que, tras darle un leve codazo a la niña para que la imitara, puso cara de buena con sus manos juntas bajo la barbilla, y claro, mi hija hizo lo mismo.

—Sí, sí, os faltan las alas. —Reí.

Después de ordenarlo todo un poco y tirar a la basura todos esos papeles rotos, nos pusimos Lucía y yo a preparar el desayuno mientras Alejandra jugaba con sus regalos nuevos.

Veía a mi hija tan feliz que ya solo por eso merecía la pena haberme dado el madrugón y hacer tantos viajes para colocar los regalos. Era mi mundo, mi niña era todo mi mundo.

Lucía preparaba los chocolates tranquilamente, la veía sumida en sus pensamientos y me acerqué a ella por detrás, la rodeé por la cintura con mi brazo izquierdo mientras apoyaba la barbilla en su hombro para susurrarle algunas palabras al oído.

—¿Sabes? A mí me falta todavía un regalo, pero ese me lo pienso cobrar esta noche —le susurré mientras mi mano derecha se adentraba por dentro de la cinturilla de su pijama e iba bajando hasta su zona intima—. ¿Crees que esta noche me podrás dar mi regalo? —le pregunté en un susurro mientras depositaba pequeños besos debajo de su oreja.

Para mí no había mayor placer que sentir cómo Lucía se estremecía cada vez que mis manos la tocaban. Miré un momento hacia atrás para ver que Alejandra no nos miraba, para adentrar un dedo entre los labios vaginales y trazar pequeños círculos sobre el clítoris.

Se le escapó un pequeño gemido, muy flojito.

—Shhh… no queremos que la niña nos oiga, ¿verdad? —murmuré mientras aumentaba la velocidad sobre su clítoris, dejé resbalar dos dedos dentro de su vagina y con el dedo pulgar le daba pequeños toques sobre su pequeño botón del placer.

—Dylan, la niña —me dijo en medio de un jadeo, con los ojos entrecerrados mientras se mordía el labio inferior y se le ponía esa cara de placer que a mí me volvía loco.

—No te preocupes por ella, está jugando, déjate llevar y disfruta del placer que te estoy dando.

Cada vez metía y sacaba mis dedos con mayor velocidad, podía notar que estaba a punto de explotar y no paré hasta que se corrió entre mis dedos mientras recostaba la cabeza sobre mi pecho y se agarraba con fuerza a la encimera.

La giré hacia mí, colocando mis manos suavemente en cada lado de su cara para acercarla y robarle un beso en los labios. Luego, la dejé otra vez con el chocolate, mientras iba al baño para lavarme las manos. Después, regresé a la cocina para terminar entre los dos el desayuno.

Desayunamos mirando a través de los cristales el paisaje, ya que todo lucía blanco y perfecto como si de una postal se tratase.

—Papi, ¿podremos salir al patio para hacer un muñeco de nieve? —preguntó mientras tomábamos el chocolate.

—Claro, pero muy bien abrigados.

—Vale, yo me pongo tres camisetas, unas medias gordas, los *leggings*, dos pantalones, tres pares de calcetines, las botas, el abrigo, los guantes y la bufanda —sonrió.

—Hija mía, si no vas a poder andar con tanta ropa encima —dijo Lucía.

—Que sí, que sí puedo. Que, si no me abrigo, no me deja salir —contestó entre dientes mirándome y me eché a reír.

—Yo te ayudo a vestirte cuando vayamos a hacer el muñeco, que vas a parecer una cebolla con tantas capas de ropa. —Rio Lucía.

A mí me encantaba verlas así, ver el modo en el que mis chicas interactuaban, lo bien que se llevaban y ese cariño que se tenían la una a la otra, que era enorme.

Después del desayuno y como teníamos bastante comida del día anterior, nos acomodamos en el sofá para reposar un poco ese delicioso desayuno que habíamos tomado, y aprovechamos para

ver una película de esas propicias para estas fechas.

Y así fue como pasamos el resto del día de Navidad los tres juntos, entre juegos, películas y risas provocadas por Alejandra, que no faltaron en ningún momento.

Capítulo 22



Dylan

Observaba a las chicas jugando a lanzarse bolas de nieve desde la ventana. Me encontraba sentado en el sofá disfrutando un café mientras ellas se divertían fuera. El día anterior, había hecho un muñeco de nieve del que ya no había ni rastro porque lo habían destruido ellas mismas entre juegos.

Llamé a mis padres y estuve charlando con ellos un rato. Al final, iban a regresar a España tal y como pasara el fin de año, ya que el marido de mi tía Aurora había empeorado y, por lo visto, le habían dicho que no le quedaba mucho tiempo. Estaba luchando desde hacía años contra esa maldita enfermedad que estaba desgarrando a tantas personas, como le pasó a la madre de Lucía.

La cabaña había sido la mejor idea que había tenido para vivir desde la tranquilidad estos días, y es que las dos estaban disfrutando como enanas cuando salí a decirles que les tenía otro café y cacao en la mesa para que entraran en calor.

—Calor la que tenemos nosotras, ¿verdad, Lucía? —decía la pequeña toda morada por la paliza que se habían dado lanzándose nieve.

—¡Adentro! —La cogí en brazos en plan avión con ese chaquetón que le llegaba hasta los tobillos y que parecía un saco de dormir.

—Lucía, mi papi me secuestra, ¡no lo permitas!

—Tranquila que ahora lo ponemos a cocinar y a limpiar, y nos deshacemos de él.

—Venga vale, que es un monstruo.

—¿Cómo que soy un monstruo? —dije bajándola.

—Un monstruo muy bueno, papi. —Se reía con su manita en la boca—. Hoy vamos a hacer

Lucía y yo un bizcocho muy rico.

—¿Estás segura de que sabréis hacerlo? —Carraspeé.

—Tu padre se cree que es el único capaz de cocinar, desde luego, qué valor tiene —dijo provocando una risa en la pequeña.

—Lo vamos a hacer de limón con yogur, ¿a qué sí Lucía?

—Sí, sí, y del bueno, no del que hacen los que van de listillos y no le salen bien.

—¿Mi papi es un listillo? —preguntó sujetando la taza en sus manos.

—Verás que todavía os envío a España y os quedáis sin fin de año en la cabaña.

—Papi, no puedes, recuerda que somos dos contra uno.

—Es verdad, me tendré que comer ese bizcocho de limón. —Volteé los ojos.

—Lucía, hay que poner aquí —señaló a un lado de la mesa— todos los ingredientes y lo vamos haciendo.

—Muy bien, pues dile a tu padre que traiga harina, huevos, mantequilla, yogur, limones, aceite, azúcar, levadura… —decía sin mirarme.

—¿Pero no lo ibais a hacer vosotras? —Carraspeé mirándolas, y ambas subieron su mirada al techo y se pusieron a silbar, bueno la peque hizo un intento de hacerlo.

—Necesitamos un ayudante de cocina.

—Sí, eso, papi, nosotras somos las directoras cocineras. —Secundó Alejandra, que era como una mini versión de Lucía en todo lo que decía y hacía.

—Vaya, cómo se reparten aquí los cargos. —La miré aguantando la risilla—. Está bien, ayudaré, pero con la condición de que yo lo pruebo primero —las advertí a las dos mientras iba hacia la cocina.

—No, no, no es para nosotros, es para el señor de la casa de al lado que es muy bueno y ayer nos trajo una cestita de chuches. Se llama Jack.

—Lo sé. Oye, pues es un detalle muy bonito, pero podríamos hacer dos a la vez y nos quedamos nosotros con el otro.

—Vale, papi, buena idea —me dijo con esa sonrisilla que le salía cuando estaba emocionada por algo.

—Oye, que eso es lo que yo pensaba hacer —protestó Lucía.

—No, tú dijiste que era para Jack.

—Niña, pero ¿qué haces vendiéndome? —Se echó a reír.

—Lucía, es que yo también quiero bizcocho de limón —contestó mi hija con puchero incluido.

—Ah, bueno, pues entonces vale —le dijo en plan niña pequeña y a ella se le dibujó otra sonrisa en la cara.

Les mezclé los huevos y el azúcar con unas varillas de cocina mientras ellas, las muy descaradas, me miraban de brazos cruzados.

—Podéis ir rallando el limón —les dije viendo que no se movían lo más mínimo.

—No, no, que nos podemos cortar los deditos y eso es malo.

—Claro, claro —decía Lucía.

—No sé, pues ir preparando los cacharros con la mantequilla extendida.

—Nos manchamos las manitas.

—Claro, claro —repitió Lucía.

—Entonces estoy viendo que me habéis puesto una trampa para que sea yo el que haga todo el trabajo.

—Nos ha pillado, Lucía —murmuró Alejandra aguantando la risa.

—Tenéis un morro que os lo pisáis, pero está bien, seré yo quien lo haga y seré yo también quién se lo lleve a Jack para que vea que el detalle fue mío.

—Lucía corre, vamos a poner la mantequilla en los moldes que nos quiere quitar el mérito —dijo la muy pillina.

Sonreí de medio lado al igual que Lucía mientras veíamos a la niña cogiendo la mantequilla y la espátula para cubrir uno de ellos. Era una pequeña *diablilla* y sí, a veces, pero solo a veces,

dejaba que se saliera con la suya un poquito.

—Papi, esto ya está —dijo cuando las dos acabaron.

—Muy bien, ahora la ralladura del limón.

—Eso tú, Lucía, que yo soy pequeña y me puedo hacer daño.

—Pequeña para lo que quieres. —Rio ella.

Lucía se encargó de eso y Alejandra me ayudó a añadir el yogur a la mezcla.

En un descuido mi hija cogió un poco de harina y me la pasó por la cara.

—Si no nos manchamos un poquito, es como si no hubiéramos cocinado, papi —dijo mientras se ponía ella un poco en la mejilla con el dedo.

—Y yo que pensaba que los grandes chefs no se manchaban —contesté.

—Sí, sí, y, sobre todo, cuando hacen bizcochos.

—Lucía está muy limpia. —Carraspeé y la vi mirándome con los ojos muy abiertos.

—Es verdad.

—No, no, Lucía está perfecta —dijo ella, en el momento que vio a mi hija con un poco de harina en la mano.

—Si no te manchas es como si no hubieras cocinado —le recordé encogiéndome de hombros.

—Alejandra, tesoro, no lo hagas —le pidió al ver que, por la risita de la pequeña, las intenciones de esta no eran muy buenas.

—Tienes que mancharte un poquito, Lucía —le dijo—. Ven, que no es nada, mi papi tiene más.

—Vamos, Lucía, ¿o tienes miedo de una niña de cuatro años? —Arqueé la ceja.

—Creí que éramos nosotras dos contra él, esto no vale.

—Solo un poquito —sonrió Alejandra, y sí, las intenciones de mi hija cuando Lucía claudicó y fue hacia ella, no eran buenas.

Con ambas manos llenas de harina cogió las mejillas de Lucía y le dejó la cara blanca por completo.

—Ya estás perfecta —dijo.

—Claro que sí, perfecta para irme al horno con los bizcochos —resopló.

Cuando estuvo todo listo, los pusimos en el horno ya precalentado y nos pusimos a recoger la cocina, además de limpiarnos las manchas de harina, esas que quedarían inmortalizadas en las fotos que había estado haciendo.

Y mientras se horneaban, nos preparamos un café para nosotros y un cacao para la niña que tomamos en el sofá viendo una película de dibujos que Alejandra quería ver.

Los bizcochos salieron con una pinta increíble, y pusimos el del señor Jack sobre un platito recubierto con papel de aluminio. Las dos fueron a llevárselo.

Faltaba solo un día para esa noche de fin de año que quería que fuese especial y no dejaba de romperme la cabeza para sorprenderlas con algún plato que no se esperasen. Lucía decía que iba a terminar el año borracha y yo que me lo creía.

No era para menos, pues con lo que había pasado en este último mes, lo raro sería que no quisiera beberse una botella de vino o de champán ella sola, pero tampoco iba a dejar que se pasara de la raya.

—Papá, el señor Jack dice que gracias y que somos dos soles —dijo Alejandra cuando entró.

—No sé yo, eso es que no os conoce bien.

—Papi, no seas cruel que nosotras somos muy lindas. —Miró a Lucía que se reía con todas sus cosas—. Y, además, ahora nos vamos a bañar en la piscina ¿a que sí Lucía?

—Sí, sí, ya estamos tardando.

—Corre, vamos. —Se fue corriendo mientras tiraba de la mano de Lucía.

Yo me quedé preparando la comida, ya que quería hacer unas patatas con huevos a la jardinera en el horno. Puse música flojita, me eché un vino y comencé a trocear las verduras y patatas.

Me sentía tan pleno con ellas dos que en el fondo siempre tenía ese temor de que Lucía en cualquier momento se apartara de nuestras vidas. Esperaba que eso no ocurriera, pero con lo ambigua que era ella en ese tema no podía dejar de tener esa intranquilidad. Me costaría mucho acostumbrarme a vivir sin esa sonrisa que me causaba tantas sensaciones.

Cuando ya lo dejé todo listo en el horno me fui con la copa de vino a verlas a la piscina.

—Papi, el agua está calentita.

—Sí mi vida, ya veo, pero os vais a quedar arrugadas. Lleváis cuarenta minutos.

—Es que se está muy bien.

—Yo quiero eso. —Señaló Lucía la copa de vino, y se la pasé.

—Y a mí no me ha traído nada, qué malo. —Se cruzó de brazos.

—Anda, vamos a secarte y vestirte. Ahora te echo tu zumo favorito de uvas.

—¡Vale! —Levantó las manos feliz.

Y si ella lo estaba, no podía hacerse una idea de lo que yo lo era ahora mismo.

Capítulo 23



Lucía

Esa tarde íbamos a pasarla fuera de la cabaña, a disfrutar de la Navidad y su encanto mágico en todo su esplendor.

Me levanté para preparar el desayuno y cuando tenía los cafés, la leche, las tostadas y unas magdalenas para la niña sobre la mesa, aparecieron los dos aún con el pijama, y Alejandra se frotaba los ojos.

—Buenos días, dormilones —sonreí.

—Buenos días. Tengo hambre —dijo la niña sentándose en la mesa.

—Pues come, que falta te va a hacer.

—Es verdad, que hoy vamos al mercado navideño —contestó con entusiasmo.

Sí, la tarde anterior hablamos de ir a dar una vuelta por el mercado navideño y recorrer sus calles disfrutando de los diferentes puestos.

Mientras desayunábamos, la pequeña no paraba de preguntar a qué hora nos iríamos, y Dylan le respondió que lo haríamos después de comer y echarnos una siesta.

Recogimos la mesa y mientras Dylan iba al supermercado a por pescado fresco para preparar la comida, yo me quedé con Alejandra en el sofá viendo los dibujos.

—Lucía.

—Dime, tesoro —sonrió al escucharme llamarla así.

—¿Tú le has mandado tu carta a los Reyes?

—Claro.

—Y ¿has pedido muchas cosas?

—Ropa, sobre todo —sonreí.

—¿Pero te has portado bien este año? A ver si te van a dejar carbón en vez de ropa.

—Yo creo que sí, que he sido buena. ¿Y tú?

—Sí, aunque el novio de mi mamá me diga que soy una caprichosa.

—¿Eso dice?

—Sí.

—¿Y tu mamá qué le dice a él?

—Nada. —Se encogió de hombros.

—No eres una caprichosa, cariño. —La abracé y le di un beso en la cabeza—. Todos, cuando somos pequeños, queremos cosas que nos gustan mucho y las pedimos, eso es todo.

—Te quiero mucho, Lucía. —Me abrazó.

—Y yo a ti, mi niña.

Cuando Dylan volvió del supermercado dejé a la pequeña en el sofá viendo los dibujitos y coloreando en uno de sus libros y nos pusimos a preparar el pescado con patatas y unas verduras que íbamos a hacer al horno.

Mientras lo teníamos haciéndose, Alejandra preguntó si podíamos jugar una partida al parchís, eso sí, apostando que quien perdiera tenía que poner la mesa.

Obviamente, su padre y yo nos reímos y jugamos sin dejar que ella perdiera, sino que fue él quien hizo lo posible por no ganar.

Pusimos la mesa entre los dos mientras ella guardaba el juego y nos sentamos a disfrutar de ese pescado al horno que nos había quedado buenísimo, acompañado con un vino blanco.

Después de tomar el café, nos acomodamos en el sofá con la televisión de fondo y, sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos. Fue una siesta de dos horas de sueño reparador y que a todos nos vino de maravilla.

En cuanto nos levantamos, fui a ayudar a Alejandra a vestirse, que decía que iba a abrigarse como una cebolla para no tener frío, y me eché a reír.

Acabé poniéndole unos vaqueros con medias gorditas debajo, una camiseta interior, un jersey azul y las botas de pelito, además de que llevaría el abrigo, guantes, bufanda y gorro con el que no se le enfriasen las orejillas.

Regresó al salón para esperar sentada en el sofá a que su padre y yo terminásemos de vestirnos y cuando estuvimos todos listos, salimos de la cabaña.

Me había puesto el vestido negro con el abrigo y las botas que me regalaron mi padre y mi tío Fernando por Navidad, así como la bufanda, los guantes y al igual que la niña, yo también llevaba mi gorro para el frío.

Cogimos el coche para llegar hasta el mercado navideño y en cuanto Alejandra lo vio, se quedó maravillada.

—Qué bonito, ¿verdad, papi?

—Sí, está todo muy bonito.

Bonito era quedarse cortos, pues estaba precioso, y en cada rincón se veía no solo esa magia típica de la Navidad, sino que parecía sacado de un cuento.

El paisaje nevado que lo cubría todo parecía sacado de una postal, era simplemente espectacular. Cogí mi móvil y no pude resistir la tentación de tomar varias fotos, las cuales envié a mi padre y a Raquel, quienes no tardaron en contestar, diciendo que era una estampa preciosa y que disfrutase de la tarde.

El mercado navideño estaba repleto de puestos, distribuidos por toda la plaza formando calles entre unos y otros.

La plaza estaba iluminada por miles de pequeñas luces brillantes titilando como estrellas en la noche, esas que podíamos ver dado que empezaba a anochecer.

Cada uno de los puestos, que eran de madera, estaban decorados con guirnaldas, cintas rojas y ramilletes de muérdago, ofreciendo una gran variedad de productos.

El aire que se respiraba era de lo más navideño, con ese aroma a canela, chocolate caliente y pino, mientras los villancicos que sonaban de fondo con alegría le daban ese aire festivo a la plaza.

Había mucha gente paseando, sobre todo, familias donde los niños no paraban de sonreír y canturrear, disfrutando de las atracciones que había instaladas para todos los públicos.

A Alejandra le llamó la atención un puesto de chuches donde estaban todas superbién colocadas, y claro, al igual que a mí, se le fueron los ojos a más de una.

Cogimos unas poquitas para comerlas mientras seguíamos paseando por los puestos y nos detuvimos en uno de turrones donde también cogimos algunos.

—Papi, eso es chocolate caliente —dijo señalando el puesto donde había varios niños con sus padres esperando en la fila.

—Anda vamos, golosa —sonrió él.

Cogimos uno para cada uno y seguimos con el paseo yendo de un puesto a otro. Había uno de artesanía en el que tenían unas figuras preciosas de esos gnomos típicos navideños de Noruega y, tanto la niña como yo, nos enamoramos de un par de ellos que compramos para llevarnos de recuerdo a España. Además, le compré otros dos a Raquel.

En otro puesto, hacían pulseras de plata con *charms* de diferentes formas. Decidimos elegir una para cada una, con un copo de nieve, un corazón y la inicial de cada una para recordar este viaje, tal y como había dicho Alejandra. A su padre le pareció una idea maravillosa.

Ella sonreía feliz con su pulsera en la muñeca y decía que no iba a quitársela por nada del mundo.

—Hija, para dormir sí tienes que quitártela, y cuando vayas a bañarte, también —le dijo Dylan cogiéndola de la mano para seguir con el paseo.

—Vale, papi, pero solo para eso.

Nos detuvimos en otra de las casetas donde tenían bufandas, guantes y gorros, y cogimos un conjunto para cada una y otro para regalarle a Raquel. El siguiente en el que nos detuvimos era uno donde bordaban el nombre en mantas, toallas, pañuelos, bolsas de tela y otras muchas cosas.

—Os estoy imaginando a las dos con una manta con vuestro nombre en el sofá —dijo Dylan con una sonrisilla.

—¡Sí, papi! Yo quiero una.

Y su padre no tardó en pedir que nos bordaran una manta a cada una, además de una bolsa de lona, y que pasaríamos a recoger más tarde.

Nos hicimos algunas fotos por allí y la que más nos gustó a las dos fue una en la que posamos junto a un grupo de renos de tamaño natural que había colocados junto a un árbol. Después fuimos a la zona de atracciones y por un momento, en compañía de aquella preciosa chiquitina, volví a ser niña yo también.

El carrusel que había en esa zona era precioso, decorado con un montón de luces brillantes, guirnaldas blancas y rojas, bastoncillos de Navidad y varias figuras, tales como gnomos, renos e incluso un par de árboles.

Nos subimos primero nosotras y Dylan se encargó de hacernos un montón de fotos cada vez que pasábamos por delante de donde nos esperaba, y después se unió a nosotras en una segunda vuelta.

Después de disfrutar del carrusel, Alejandra se subió a unos cochecitos y luego nos dirigimos todos a la noria. Al bajar, nos dimos cuenta de que había un lugar donde muchas familias estaban sentadas en mesas, así que fuimos pensando que era un bar donde podríamos comer algo.

Para nuestra sorpresa, se trataba de un taller de manualidades navideñas, así que allí nos acomodamos los tres, cogimos toda clase de materiales e hicimos tres calcetines para colocar en la chimenea la noche de Reyes, con un montón de adornos y la inicial de cada uno en el suyo.

Además, nos enseñaron a confeccionar uno de esos gnomos navideños como los que habíamos comprado, solo que esos eran figuras de resina y los nuestros eran de tela.

Nos hicimos más fotos y, tras recoger nuestras mantas y bolsas con los nombres, fuimos a un puesto de comida para cenar antes de volver a casa, pues entre unas cosas y otras, se nos había echado la noche encima.

Pedimos unos sándwiches, patatas fritas y unas alitas de pollo que a Alejandra le habían llamado la atención.

—¿Te lo has pasado bien, hija? —le preguntó Dylan cuando volvíamos de regreso a la cabaña en el coche.

—Sí, papi, ha sido un día muy divertido. Me ha gustado el mercado navideño —sonrió.

—Me alegro.

Al llegar a la cabaña, fuimos directas hacia el cuarto de baño, le di un baño caliente mientras Dylan le preparaba un vaso de leche y cuando se lo tomó, quiso que yo la acostara.

—Buenas noches, Lucía —me dijo mientras abrazaba ese gnomo que había confeccionado, con mi ayudaba, obviamente, porque ella no iba a estar sola con unas tijeras al menos hasta que cumpliera los dieciocho años.

—Buenas noches, preciosa.

—¿Tú te has divertido? —preguntó cogiéndome la mano.

—Por supuesto, hacía mucho tiempo que no me divertía tanto en estas fiestas.

—¿Echas de menos a tu papá?

—Sí, porque siempre he pasado estas fiestas con él, pero cuando volvamos iré a verle y le daré un abrazo muy fuerte. Además, hemos hablado por mensaje estos días. Y ahora, a dormir y descansar, preciosa. —Le di un beso en la frente, la arropé bien y cerró sus ojitos.

No tardó ni cinco minutos en quedarse profundamente dormida.

Cerré la puerta al salir, y al regresar al salón encontré a Dylan con unas mantas en el suelo frente a la chimenea.

—Vaya, ¿y esto? —sonreí.

—Para descansar aquí un poco antes de acostarnos —dijo ofreciéndome una copa de vino.

Nos sentamos, di un sorbo y me quedé mirando al fuego como tantas otras veces hacía, sumida en mis pensamientos.

—¿La niña está dormida? —preguntó mientras pasaba una mano bajo mi jersey, acariciándome la espalda, y notaba sus labios en el cuello.

—Como un bebé. —Reí.

—Perfecto —susurró antes de sostener mi barbilla con una mano para hacer que le mirara y besarme.

Ese beso, como en tantas otras ocasiones, nos llevó a explorar nuestros cuerpos, haciendo que la ropa comenzara a sobrar y que, poco a poco, nos la quitáramos hasta quedar completamente desnudos bajo la manta, acurrucados junto al fuego.

Sentí sus dedos acariciando suavemente mis labios vaginales, deslizándose despacio y tocándome el clítoris mientas su lengua lamía uno de mis pezones hasta darle esa misma atención al otro.

Poco a poco fue bajando con suaves besos por todo mi cuerpo hasta que su lengua me hizo gemir flojito al lamer mi zona íntima.

—¿Por qué paras? —le pregunté al ver que se detenía y, por la sonrisilla casi perversa que tenía en los labios, supe que escondía algo.

No tardé en ver el succionador que había encontrado la niña en Nochebuena, ese que aún no habíamos usado, y que él llevó a mi zona para ponerlo en marcha.

Eso fue una locura, y más cuando empezó a penetrarme con dos dedos al mismo tiempo hasta hacer que tuviera que cubrirme la cara con uno de los cojines para gritar presa del placer, mientras mis caderas se movían sin parar.

Dejó el succionador a un lado y comenzó a lamer de nuevo mis pezones, esos que también mordisqueó mientras movía las caderas sobre mí haciendo fricción con su miembro erecto en mi más que excitada y húmeda zona.

Nos besamos con esa pasión que nos arrollaba, acaricié su espalda con las yemas de mis dedos y cuando noté que embestía, pero sin llegar a penetrarme, clavé las uñas.

—Dylan… —Jadeé.

—Dime, cariño.

—Necesito más.

—A tus órdenes.

Vi que de nuevo cogía el succionador, lo colocaba en mi zona y gemí moviendo las caderas al sentir que no tardaría mucho más en correrme de nuevo.

Fue entonces cuando me penetró, sin apartar el succionador, con fuerza y rápido, haciendo que cada embestida me acercara aún más a ese punto de no retorno.

Acabamos llegando juntos al clímax mientras nos movíamos acompasados, sintiendo cómo su miembro se deslizaba dentro y fuera de mí, mientras el succionador continuaba haciendo estragos en mi zona de tal manera que me llevó a enlazar ese orgasmo con otro, hasta que sentí que no podía más.

Retiró el succionador y se inclinó sobre mí para darme un último beso antes de que nos quedáramos abrazados, jadeantes, exhaustos y sudorosos, pero completamente saciados, disfrutando del calor del fuego.

—Debería ver cómo está la niña —dije cuando se apartó para quedar tumbado bocarriba a mi lado, cubierto con la manta.

—Voy yo. —Me di un beso rápido en los labios y, tras ponerse el bóxer, fue hacia la habitación donde dormía Alejandra.

Me puse las braguitas y el jersey para recoger todo y, cuando regresó diciéndome que la niña seguía profundamente dormida, me besó con esa pasión que siempre ponía a nuestros encuentros antes de cogerme en brazos para llevarme a la cama, donde una vez más dimos rienda suelta a nuestros deseos más ocultos.

Capítulo 24



Dylan

—Hoy es el último día del año; papá, Lucía, despertad que es un día muy importante para todos porque ya se va, y hay que vivirlo hasta el último momento y ya estáis perdiendo mucho tiempo durmiendo.

Así era mi hija, cuando estaba nerviosa por algo, su manera de despertarme era saltando y hacer botar toda la cama.

—¿Se puede saber de dónde sacas tú tanta energía con lo pequeña que eres? —dije antes de abrir los ojos.

—¿Has comprado un loro? —preguntó Lucía tapándose la cara con la almohada.

—Al parecer alguien nos lo dejó aquí —murmuré mirando de reojo a mi hija.

—¡Papi, que soy tu hija y no un loro! —gritó tirándose sobre mi abdomen en plan bruta, menos mal que pesaba poco.

—Ah bueno, entonces nos hemos equivocado. —La abracé y coloqué en medio de los dos.

—No, no nos hemos equivocado —decía Lucía debajo de la almohada.

—Lucía, ¿ya no me quieres? —preguntó con el ceño ligeramente fruncido.

—Déjame pensarlo…

—Vale —le contestó nerviosa y riendo.

—Venga vale, te quiero. —Se quitó la almohada de la cara y la agarró para abrazarla.

—¿Y a mí quién me quiere? —pregunté haciendo un puchero.

—Tu novia y yo. —Se vino hacia mí.

—Tu novia… Qué valor —murmuró Lucía antes de echar una carcajada.

Bueno, al parecer mi hija sí quería ponerle a Lucía esa etiqueta que ella no me quería poner a mí.

—Papá, ahí se escucha el hombre del pan. —Señaló hacia fuera refiriéndose al que traía los panes de leña recién hechos para venderlos entre los vecinos.

—Sí, voy ahora mismo que voy a comprar dos grandes. —Me levanté y fui a por el abrigo.

El señor se encontraba casi en la puerta de nuestra cabaña y, en cuanto me vio salir, se acercó con una sonrisa. Sostenía un carrito repleto de panes, todos cuidadosamente tapados. Levantó el paño para que pudiera elegir. Su actitud era cálida y amigable, su rostro reflejaba una enorme nobleza que transmitía confianza y cercanía.

Además, hoy traía unos boniatos también hechos al horno de leña que me llamaron mucho la atención y esos con un chorro de miel estaban riquísimos, así que no dudé en comprar dos para hacer en rodajas.

Cuando entré en la casa, ya estaban las dos en la cocina esperando para preparar el desayuno.

—Papá has tardado mucho.

—Qué impaciente es —murmuro Lucía negando y riendo.

—Pan calentito que vamos a comer ahora con queso crema y jamón de york.

—Me apunto —dijo mi niña levantando las manos.

—¿Y a qué no te apuntas tú?

—Lucía, estás muy boba hoy —le contestó la niña, consiguiendo que soltara una carcajada.

—¡Pero bueno! —Se puso las manos en jarras—. ¿Me has llamado boba?

—Y tú a mí me has llamado impaciente y has dicho que me apunto a todo —dijo con los brazos en jarras igual que había visto hacer a Lucía.

—Eso no es un insulto.

—Ni boba tampoco —le contesté esta vez yo—. ¿Desayunamos en paz? —pregunté para romper esa conversación que a mí me había resultado de lo más graciosa, pero considerando que eran dos mujeres, aquello podía terminar en un conflicto.

—Muy bien, papi, la defiendes a ella —dijo Lucía en tono bromista y aguantando la risa.

—Sí, aquí va por turnos —contestó mi hija causando que nos riésemos más todavía.

—Pues hoy me voy a maquillar toda de fantasía con mi otro pijama nuevo y no pienso ayudarte —dijo Lucía haciendo una mueca.

—No me va a maquillar, papi. —Puso cara de pena buscando un poco de ayuda, tratando de que yo la convenciera de hacerlo.

—Ya te maquillo yo. —Le hice un guiño.

—La vas a dejar hecha un cristo. Aunque bueno, peor de lo que se dejó ella cuando fuimos a la perfumería de Raquel, no creo.

—¿Que hizo qué?

—Maquillarse ella solita, y creo que sin espejo.

—Papá, está boba hoy.

—Si vuelves a decir esa palabra, me voy a enfadar. Una está bien, dos no me hace gracia y si la dices una tercera, ya no te quiero contar.

—Ahora te ha defendido a ti —le dijo a Lucía con una sonrisa.

—No, si encima es una descarada.

—Papá, me ha insultado. —La señaló.

—¿Vamos a desayunar o me levanto y me voy fuera para hacerlo tranquilo? —dije tratando de ponerme un poco serio, pero solo tratándolo porque con ese par de *diablillas* que me acompañaban, a cada cual, con una sonrisa más disimulada, era imposible.

—Te vas a congelar.

—Ella tiene razón —dijo Lucía aguantando la risa.

Solté el aire y di un sorbo al café contando los segundos que tardarían en entrar en polémica,

porque cuando Lucía se ponía a su altura, había que temerlas. Aunque debía admitir que ver el modo en el que se relacionaban, me daba vidilla.

—Papá, ¿vamos a invitar a cenar estar noche a Lucía?

—Está buscándome —me dijo ella.

—No te he insultado.

—Menos mal. —Se rio, mientras yo seguía intentando aguantar la risa y comerme la tostada que tenía muy buena pinta.

—Ahora voy a rellenar una carne y no quiero escuchar a nadie —les advertí antes de terminar de desayunar.

—Papá, ¿te podemos ayudar mi madrastra y yo?

—Esta cada vez se atreve a más. —Se llevó Lucía las manos a los ojos—. Madrastra… Qué valor.

Resopló al tiempo que se frotaba las sienes, pero la verdad que en el papel de madre seguro que se desenvolvería bien.

—Papá si no quiere ser mi madrastra te tienes que buscar a otra —dijo la niña mirándola para ver su reacción.

—Cualquier día aparece con otra, no te extrañe.

—No me hace ni la menor gracia. —Me levanté cuando acabé con la tostada, cogiendo mis cosas para ir a llevarlas a la cocina.

—Estamos bromeando y eres tú el que te lo estás tomando a pecho, Dylan.

—¿Me ves preocupado o enfadado? —Le hice un guiño.

—Pues no veas la cara de coronel que llevas.

—Papá, ¿eres coronel?

—Claro que sí, del ejército del aire —dijo Lucía provocando que me riera.

Fui hacia la cocina más que dispuesto a empezar el día y a ponerme manos a la obra, había mucho que hacer en este último día del año y quería que todo, absolutamente todo, saliera

perfecto.

Cogí la falda de cerdo y la abrí en tres partes sin separarlas, dejando que se quedara una sola grande a la que le di unos golpes para que se alineara. La aparté para preparar el relleno.

Lucía y la niña se dedicaron a recoger la casa e ir despejando la cocina.

Hice el relleno con pasas, ternera picada, tres tipos de quesos, jamón serrano y huevo duro. Lo fui cerrando hasta dejar un *roti* perfecto para que se cocinase en el horno.

—Te quedó impresionante, papá —dijo mirándolo tras el cristal.

—Esperemos que esté bueno. Ahora voy a preparar los «*tigres*» —eso les encantaba a las dos. Eran mejillones rellenos rebozados.

—¡Bien! —Levantó los brazos la pequeña y Lucía la imitó.

Sonreí negando y las vi irse dejándome solo, mi pequeña se acomodó en el sofá con su manta nueva, esa en la que le habían bordado su nombre, para colorear, mientras que Lucía iba a la habitación para habar con su padre y desearle que pasara una buena última noche del año.

Después de estar una hora haciendo los mejillones y preparándolos, ya tenía dos de las cosas listas que quería para la cena.

Lucía se puso a preparar el almuerzo con la pequeña mientras yo fui a comprar una botella de ginebra con unas tónicas para tomar tras la cena y más café, que nos habíamos quedado bajo mínimos.

Iba en el coche cuando me saltó una llamada de Lucas.

—¿Qué tal, amigo? —le pregunté riendo.

—Hombre, mi jefe favorito.

—Otro no tienes.

—Por eso siempre podré quedar bien. —Carraspeó.

—¿Qué te pasa?

—Quería preguntarte por el expediente de Malta, nos hacen una oferta del treinta por ciento si damos la señal antes de dos días.

—Están hasta el cuello de deudas. Tienes luz verde. Ya veo que ni en tu casa dejas de trabajar.

—Ya sabes cómo soy.

—Ten una buena de entrada al año junto a tu familia.

—Igualmente, Dylan. Nos vemos pronto.

El supermercado era de nuevo una feria, y más que cerraban en dos horas. Cogí la bebida y algo de frutos secos para picotear con las copas.

De vuelta a la cabaña, cuando entré cargado con las bolsas me llegó un rico olor de lo que mis chicas estaban cocinando.

—Papá, ya tenemos la comida casi lista.

—Qué bien, acabo de parar en una tienda de chuches y os traje un paquete a cada una.

—Para mí el más grande.

—Viva la educación —murmuró Lucía y le di una colleja—. ¿Encima? Si es tu hija que hoy la tiene tomada conmigo.

—Otra vez —contestó Alejandra volteando los ojos.

—Yo paso de vosotras, cuando os matéis me llamáis. —Me dispuse a colocar la compra.

—Papá, que ella no me va a matar, que lo dice en broma todo.

—Menos mal que habla a mi favor —murmuró Lucía.

—Te he defendido, te he defendido —le decía riéndose.

—Venga vamos a preparar la mesa para ver si se le quita esa cara a tu padre de seriedad.

—Mi padre es coronel —dijo la pequeña, a la que no se le iba una, consiguiendo que me riera sin poderlo evitar.

Habían hecho arroz con tomate y huevos fritos. La verdad es que estaba riquísimo, ya que los hizo refritos con ajos y a mí eso me encantaba.

Capítulo 25



Dylan

Después de abrir el sofá para tumbarnos los tres y poder ver una película frente a la chimenea, nos terminamos quedando dormidos.

Me desperté con una a cada lado, tenían las cabezas apoyadas en mi pecho, una en lado izquierdo y la otra en el derecho. Me puse a acariciarles el pelo para que se fueran despertando.

Las observé dormir, estaban tranquilas y tan bonitas que daba pena que tuvieran que despertarse, pero no quedaba de otra pues tocaba prepararnos para despedir el año.

Dirigí mi cabeza hacia los labios de Lucía para darle un beso y decirle que ya era hora de levantarse, después hice lo mismo para darle a mi hija un beso en la frente.

—Venga, arriba, dormilonas, vamos a preparar la merienda —les dije mientras empezaba a hacerles un poco de cosquillas.

—Para, para. —Reía mi pequeña, pero no me detenía.

—Dylan, por Dios, esto es un ataque. —Lucía estaba a carcajadas.

—Pues arriba, o sigo haciendo cosquillas.

—Papi, para, que me voy a hacer pis encima —grito Alejandra mientras cruzaba sus piernas.

Automáticamente salto del sofá y se fue corriendo hacia el baño, momento que aproveché para ponerme encima de Lucía y empezar a darle besos por la cara, el cuello y los hombros.

—No te hagas más la remolona y arriba, ya —murmuré en su oído mientras hacía movimientos con mis caderas para que notara la enorme erección con la que me había levantado.

—¿Y si no quiero? ¿Y si lo que quiero es que termines con lo que has empezado? —preguntó mientras movía sus caderas para seguir rozándose conmigo.

—No podemos y lo sabes —contesté después de carraspear.

—Podemos decirle que salga al patio y que haga unos muñecos de nieve.

La miré como preguntándole si lo que me había dicho era en broma o si lo pensaba en serio, con ella nunca sabía cuándo lo decía de una manera u otra.

—Lo has dicho en broma, ¿verdad? Porque en menos de lo que canta un gallo estaría congelada.

—Pues mira, mejor, así te ahorras tener que pagar una criogenización y que la descongelen cuando sea un mundo seguro para ella —dijo mientras se aguantaba la risa.

—Te la estás buscando, Lucía.

Estallamos los dos en unas buenas carcajadas, de verdad, las ocurrencias de esta mujer no tenían límites.

—¿De qué os estáis riendo?

—De nada hija, Lucía que me ha contado un chiste.

—Alejandra, ¿a ti te gustaría tener un cutis perfecto dentro de cien años y consérvate así de bonita?

—¿Y eso se puede hacer? —le pregunto mi hija toda interesada.

—Claro que sí enana, lo que tienes que hacer es salir allí fuera y quedarte unas dos horas muy quietecita, pero no puedes salir abrigada, solo puedes llevar un bañador.

Esto era surrealista, esta mujer no tenía filtros en la boca y le hacía unos líos a mi hija tremendos.

—Hija, no escuches a Lucía que todo lo que te está diciendo es una broma.

—No, papá, lo que dice ella tiene que ser verdad —se quedó un momento pensativa mirándonos con los ojos entrecerrados—, pero tengo un pequeño problema, no tengo aquí ningún bañador, ¿me puedes comprar uno papi?

—Alejandra, que tú eres muy lista y no puedes estar pensando que es verdad lo que te dijo

Lucía —le dije empezando a angustiarme, no fuera a ser que la niña se me escapara e hiciera esa locura de verdad—. Lucía, dile que todo es mentira.

—¿Cómo le voy a decir a la chiquilla que es mentira si todo es verdad? Tú eres el que no quiere que tu hija se conserve en perfecto estado hasta que la descongelen.

—Papi, si no me compras el bañador no te preocupes que no me importa, yo me salgo con mis braguitas solo y no pasa nada, además creo que así es mejor porque me cubre menos y me puedo congelar mucho antes.

Ahí fue cuando las pillé a las dos mirándose de reojo con unas sonrisas de medio lado cada una.

Solté todo el aire que tenía contenido creyendo que mi hija haría esa locura, estas dos me la tenían jurada con sus bromas y tonto de mí caía en todas y cada una de ellas.

—Ahora sí que os la habéis ganado las dos, estáis castigadas, ya se me ocurrirá algo, pero que sepáis que estáis castigadas por gastarme ese tipo de bromas.

—Papi, sabes que no tienes el poder suficiente para castigarnos, pero si te lo quieres creer, allá tú —murmuró mientras ponía los ojos en blanco para decir después muy flojito, «pobre iluso».

Mientras más hablaba mi hija, más se reía Lucía, tanto que era así, que se levantó del sofá corriendo para ir al baño, pero a mitad de camino se detuvo, porque se terminó meando encima.

De verdad aquella escena era como sacada de una película de risa, ver cómo se detenía, cruzaba las piernas por no poder dar un paso más y se llevaba las manos a sus partes como si con ello fuera suficiente para aguantar un par de pasos más hasta llegar al baño.

Cuando vimos que se le formaba un charco a los pies, mi hija y yo no pudimos aguantar más y nos revolcamos en el sofá muertos de risa.

—No os riais. —Nos señaló con el dedo.

—Donde las dan las toman —le dije mientras seguía riendo.

—Sí, Lucía, eso es el karma, por querer gastarle bromas a mi papi.

Mi hija tenía la cara más dura que una piedra, ella se dejaba guiar como el viento, y dependiendo de lo que le interesara en ese momento se ponía a favor de uno o de otro.

—Mira, enana, no me toques las palmas, porque al final sí que va a ser verdad que te voy a dejar toda la noche ahí fuera.

—Antes de dejarme fuera, ve a bañarte y limpia el suelo. Con lo grandecita que eres y hacerte pipí encima, ¿no te da vergüenza?

Yo no tenía una niña pequeña por hija, yo tenía una loca que no se callaba ni una.

—Venga, se terminó ya. Tú, a ducharte y tú, a ordenar el sofá, que voy a ir preparando la merienda.

—Enana, esta me la pagas —le dijo Lucía haciendo un gesto con los dedos desde sus ojos a los ojos de mi hija, para después limpiar todo el desastre e ir a ducharse.

Mientras una se duchaba y la otra recogía todo el sofá, yo me fui a preparar una buena merienda, ya que todavía era temprano y así podríamos tener tiempo suficiente de merendar y ponernos a rematar toda la comida para la cena.

—Papi.

—Dime, cariño.

—Estas son las mejores Navidades que he tenido —dijo abrazándome las piernas—. Me lo estoy pasando muy bien —sonrió cuando la miré.

—Me alegro de oír eso. —Me incliné para besarla en la frente.

—Qué bien huele ese chocolate caliente —dijo Lucía cuando salió del baño ya duchada.

—Pues hay que comerlo ya, antes de que se enfríe —contestó Alejandra.

Entre los tres colocamos todo en la mesa para disponernos a merendar. Había preparado unos chocolates calientes y en un plato puse unos *muffins* que habíamos hecho por la mañana y en el otro coloqué unas tostadas con un cuenco de mantequilla y otro de mermelada.

Estuvimos un buen rato charlando mientras merendábamos hasta que decidimos ir a prepararnos para la cena. Duchamos a Alejandra y la dejamos viendo unos dibujitos en el salón.

Se tapó con su manta nueva, esa que le encantaba, y ya no hubo niña en cuanto empezaron. Mi hija era fácil de entretener.

Una vez dentro de nuestra habitación cogí a Lucía en brazos y le hice que enroscara sus piernas en mi cintura mientras nos dirigíamos hacia la ducha.

Le empecé a dar pequeños besos por el cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja para después irme a por esa boca tan apetecible que tenía.

Me dio un pequeño mordisco en mi labio inferior y más me encendí yo.

—No sabes lo caliente que me pones, contigo a mi lado siempre tengo ganas de estar enterrado en ti —le susurre entre un pequeño gruñido de placer.

—Pues anda que como me pones tú a mi —me contestó entre jadeos.

Nos desnudamos en un visto y no visto y nos metimos dentro de la ducha, donde la puse frente a mí, mientras entre besos iba bajando por todo su cuerpo hasta situarme encima de su monte de Venus.

Hice que levantara una pierna y que la pusiese encima de mi hombro mientras empezaba a acariciarla entre sus labios vaginales con los dedos.

Le rozaba el clítoris, dejando que mis dedos se deslizaran hasta penetrarla, mientras acercaba mi boca a su vagina y con la lengua le daba pequeñas lamidas.

Sus jadeos cada vez eran más fuertes, me tenía agarrado del pelo y movía las caderas para que no alejara la lengua de su clítoris.

No paré en ningún momento, hasta que terminó explotando y llegando al punto más alto del clímax.

Le deposité un pequeño beso debajo de su ombligo y me levanté para ponerme a su altura, donde agarré su cara entre mis manos y le di un beso tan intenso que nos quedamos hasta sin respiración.

La coloqué mirando hacia la pared con las caderas más levantadas y hacia fuera, con mi pierna le hice un movimiento en las suyas para que las abriera un poco más y, lentamente, me fui introduciendo en su interior.

Empecé a penetrarla poco a poco, con embestidas lentas, hasta que ella llevó una de sus manos hacia atrás y me clavó las uñas en la nalga, para pedirme de ese modo que fuera más rápido y fuerte.

Así lo hice, mi pene erecto entraba y salía de ella con fuerza y cada vez más rápido. Las embestidas se volvieron mucho más intensas, hasta que nos dejamos llevar por la pasión y alcanzamos el clímax al mismo tiempo.

Permanecí un rato en su interior, mientras sentí cómo poco a poco mi respiración volvía a la normalidad. Una vez que ambos nos repusimos, compartimos un beso lleno de pasión y terminamos de ducharnos, ansiosos por disfrutar de la mágica noche que nos esperaba, llena de promesas y momentos inolvidables.

Capítulo 26



Dylan

Preparaba la mesa después de haber frito los mejillones que estábamos comiendo en plan tapeo mientras tomábamos una copa de vino nosotros dos y la niña su vaso de zumo natural, que yo mismo le había hecho.

Las dos estaban de lo más entusiasmadas con los mejillones, que no es porque yo lo diga, pero me habían salido espectaculares. También había frito unas patatas para acompañar al relleno, al que le hice una salsa de zanahorias para quien se la quisiera echar.

No pusimos más platos, ya que también nos acompañaba una sopa de pollo con picatostes y ya con los mejillones habíamos tenido bastante.

—Cuando queráis nos sentamos —les dije poniéndome a su lado cuando todo estaba ya colocado sobre la mesa.

—Hasta que no se acaben los mejillones no nos movemos —me advirtió Lucía y la pequeña afirmaba con la cabeza.

—Eso, que están muy buenos, papi.

—Está bien, pero veo que no vais a dejar hueco para el relleno y está riquísimo.

—Pues nos lo comemos mañana.

—Apoyo tu propuesta —le dijo Lucía.

—Imagino que en algún momento tendré voz y voto aquí, ¿no?

—Sí, papá, cuando nosotras no estemos.

—Algo es algo. —Me reí negando, viendo cómo Lucía se doblaba de la risa poniendo su copa sobre la mesa—. Estás bebiendo mucho.

—Es la segunda nada más —decía a carcajadas mientras Alejandra la miraba con la risilla suelta.

—Bueno, pero te veo embalada.

—¿Y quién me lo va a prohibir, tu hija? —La señaló a ella.

—No, no, tú bebe, tú bebe que yo te doy autorización —le contestó ella con la risita suelta.

—Lucía, cuidado con lo que dices.

—Vale, qué manera de cortarme el punto. Con esa cara le cambias el color hasta a un muerto.

—¿Papá, de qué colores tienen la cara los muertos?

—Vamos a sentarnos a comer —dije rompiendo a reír porque no podía con ellas.

—Papá, que quedan dos mejillones. —Cogió rápidamente uno y Lucía el otro.

—Ya no queda ninguno, han volado —dijo Lucía.

—Los mejillones no vuelan. —Rio Alejandra—. Ellos solo están en el mar.

—Es verdad, qué despiste. —Lucía se llevó la mano a la frente y mi hija sonrió.

—Venga, sentaros ya —dije y los tres nos acomodamos en la mesa para disfrutar de esa última cena del año.

—Papá, vamos a brindar porque no te entre dolor de cabeza con esta mujer.

—Niña, y a mí por qué me señalas.

—Porque yo soy una hija ejemplar.

—De ejemplo voy a poner yo, por ejemplo, el ejemplo ejemplar de esas ejemplares familias que tienen una ejemplar cena desde la paz.

Las dos me miraron en ese momento como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Tú lo has entendido? —le preguntó la niña a Lucía, con una cara cómica de esas de los

dibujos que veía.

—No se entiende ni él, lo voy a entender yo —contestó resoplando al tiempo que volteaba los ojos, y nos reímos los tres.

—Entonces no le hacemos caso.

—Alejandra, te la estás buscando —le advertí sin poder contener la risa.

—Papá, ya, que tienes estrés de ese en tu cabeza.

—Qué día me estáis dando.

—Tranquilo, es el último del año. Mañana borrón y cuenta nueva.

—Sí, papá, lo de hoy no cuenta para mañana.

—Os dais unas ideas tan buenas que no sé cómo no os han llevado ya a la NASA.

—Papá, ¿qué es la NASA?

—Yo no sé para qué hablo —murmuré soltando el aire y sonriendo.

Lucía, hoy iba a toda mecha con el vino y cualquiera le decía nada. Es más, en estos momentos me sentía como si todo lo que dijese fuese a ir en mi contra, así que ni me la jugaba. Pero la realidad es que me encantaba verlas reírse y las carcajadas que a mí me arrancaban.

Y fueron esas, sus risas, además de las mías, las que no faltaron en ningún momento de la cena; donde en alguna ocasión mi pequeña soltó tal carcajada que hasta dejó caer la cabeza hacia atrás.

Sin duda, esas sí que eran unas Navidades diferentes a lo que estábamos acostumbrados, y no descartaría la posibilidad de volver a preparar unas iguales con ellas dos.

Después de cenar recogimos todo y nos pusimos en el sofá con los dulces navideños y una copa de ginebra con tónica que nos habíamos servido. La pequeña estaba cortando un folio en trozos porque decía que teníamos que escribir nuestros deseos.

—Yo sé cuál voy a poner en el mío. ¿Y tú, papá?

—No sé, no sé. —Me hice el nervioso.

—¿Y tú, Lucía? —le preguntó con esa sonrisita caída.

—Yo el mismo que todos los años… —murmuró con tristeza y luego le regaló una sonrisa con la que quería ocultar ese sentimiento que le producía lo que quisiera que fuese mientras le acariciaba la mejilla.

—A veces hay que hablar para que te ayuden a conseguir los deseos —le dije acariciando su espalda.

—Hablar, eso que unos tienen tan fácil y otros casi prohibido.

—Lucía, ¿estás bien? —le pregunté en voz bajita.

—Sí, claro. —Levantó su copa.

No sabía cuántas copas de vino se había tomado, perdí la cuenta en la cuarta, pero es que ella misma se fue llenando la copa de a poquitos cuando se le acababa. Solo pensaba en cómo se despertaría al día siguiente, no quería ni imaginar la resaca que iba a tener.

La niña escribió su deseo tapando las letras con la mano delante para que no la viera. Dobló el papelito.

—Ya lo escribí. Ahora te toca a ti. —Le dio el boli a Lucía.

—Allá voy. —Se giró y lo escribió. Dobló también el papelito.

—Fijo que ahora me toca a mí. —Carraspeé.

—Pues claro —dijo Lucía dándome el bolígrafo, pero la notaba muy triste.

Preparé las doce uvas, en el caso de Alejandra le troceé tres en cuatro pedacitos cada una para que fuera más tranquila. Y cuando el reloj comenzó a sonar, hicimos el ritual de tomarnos las uvas.

Nos abrazamos los tres deseándonos un Feliz Año Nuevo.

—Ahora hay que quemar los deseos —dijo la niña nerviosa.

—Venga, vamos.

Nos pusimos delante de la chimenea y tiramos los tres a la vez el papel. En la cara de Lucía veía mucho dolor.

—Ahora a esperar a que se cumplan —dijo mi pequeña con una amplia sonrisa en los labios.

—Eso, vamos a cruzar los dedos —contestó Lucía y los tres lo hicimos.

Regresamos al sofá para ver un poco la tele mientras dábamos fin con los dulces, y Lucía seguía con su afán de acabar con todo el licor que había en la casa.

Alejandra no tardó en pedir irse a dormir y la llevé hasta la cama donde la abrigué y le di un beso. La miré unos segundos que fueron suficientes para que ya se quedara dormida.

Lucía miraba fijamente hacía la chimenea mientras sujetaba la copa en su mano. Me senté detrás de ella dejándola entre mis piernas.

—¿Me vas a decir qué has pedido de deseo?

—En la vida… —murmuró sin dejar de mirar a la chimenea.

—¿Por qué no confías en mí?

—No confío ni en mí. —Apretó la mano cuando notó que tenía intenciones de quitarle la copa, por no hablar de esa mirada por el rabillo del ojo que me acabó lanzando.

—A ver, gírate. —La ayudé a ponerse de lado entre mis piernas.

—No te voy a dar la copa, hoy es día de beber —me advirtió arqueando la ceja.

—Madre mía, la que tienes en lo alto —suspiré, había bebido demasiado.

—No tengo nada en lo alto más que muchas mierdas —dijo señalando al suelo con el dedo índice de la mano con la que sujetaba la copa. Jamás la había visto en este estado.

—¿Qué mierdas tienes, cariño?

—La mierda de sentirse como una donnadie en un mundo en el que los que tienen dinero y poder se creen por encima de los demás, como si no importáramos en absoluto —decía con rabia.

—Mi vida, ¿por qué dices eso? —Me estaba preocupando mucho, tenía que haber evitado que bebiera tanto.

—Me moriré muda, sin dinero, pero luchando. —Tenía la mirada perdida en el suelo.

Jamás en mi vida la había visto así, ella que siempre tenía una bonita sonrisa para todo el mundo. La vi mal por la muerte de su madre, pero esto, esto era algo que se escapaba a mi control.

—Lucía, ¿por qué tienes que luchar?

—¡Que te calles! Tú eres igual que ellos porque tienes dinero. —Se levantó y me quedé a cuadros—. ¿A qué venía el atacarme de esa manera? Pero ninguno me volveréis a tener. ¡Sois todos iguales! —gritó fuera de sí.

—Suelta el vaso ahora mismo. —Se lo quité de la mano y lo puse a un lado porque estaba viendo que con el genio que estaba sacando podía terminar en mil pedazos en el suelo, además de que no podía seguir bebiendo por el estado en el que ya se encontraba. La abracé fuerte y la senté encima de mis piernas—. Dime qué te pasa mi vida, por favor cuéntame qué te pasa —le pregunté con la voz entrecortada.

—No quiero hablar, no quiero. —Lloraba con la mirada fija hacia el suelo.

—¿Por qué no me abres tu corazón? —Le acariciaba la mejilla, por Dios que verla así me estaba rompiendo por completo, de verdad que nunca la había visto así.

—Quiero morirme, solo quiero morirme —susurró entre sollozos.

—De verdad, Lucía ¿te estás escuchando? No vuelvas a decir algo así, por Dios.

—No sabes nada de mí. —Me miró con desconsuelo.

—Sé lo que tú has querido que sepa, pero me encantaría saberlo todo. Sabes que te quiero, Lucía, sin condiciones, pero necesito saber qué te pasa para poder ayudarte.

—Dame un trago. —Estiró la mano y se la cogí.

—Para, ya has bebido suficiente.

—Quiero beberme la copa. —Lloraba.

—¿Y qué vas a solucionar con eso?

—Ahogar las penas —dijo y soltó una carcajada entre lágrimas.

—A ver, cariño. —La volví a abrazar, porque sin duda tenía que evitar que cogiera la bebida por sí sola—. Yo te doy una copa, pero quiero que hablemos.

—Pero ese ya está aguado.

—Dame un momento que echo dos copas. —Me fui a la cocina y sin que me viera eché dos tónicas solas con hielo. Con la que tenía ni se iba a enterar—. Aquí tienes la tuya, bebe despacio

—dije para no levantar sospechas.

Lo cogió y tras mirar el contenido un momento, dio un sorbo y suspiró.

—¿Por qué algunos nacéis con estrella y otros nacemos estrellados? —preguntó mirando al fuego, como si en vez de hablar conmigo, esa pregunta la hubiera pensado.

—¿Y por qué piensas que naciste estrellada? —Me senté de nuevo con ella.

—Porque nací siendo una donnadie, ¿te parece poco?

—Tienes un padre ejemplar, una madre que lo fue hasta sus últimos días, trabajas de lo que te gusta y con cuatro eventos ganas más que una persona al mes trabajando cuarenta horas a la semana. ¿Qué te falta para sentirte afortunada?

—Dinero y un buen micrófono para darme voz podrían salvar mi vida por completo, pero claro, al final del día, soy solo una persona más en la multitud.

—¿Quieres ser cantante? —pregunté pensando que los efectos del alcohol le estaban pasando factura y los tiros iban por ahí, o yo no entendía nada.

—No, quiero hacerme escuchar y levantar la voz en mi nombre y en el de todas aquellas personas a las que nos la han silenciado solo porque tienen más poder que nosotros —dijo, señalando hacia el suelo y con mucha rabia.

—Lucía, háblame claro porque me estoy volviendo loco. ¿Qué dinero necesitas y qué quieres defender?

—El suficiente para tener los mejores abogados del mundo y poder gritar al mundo lo que el hijo de puta ese y su familia me obligaron a callar. —Hizo un intento de levantarse, pero ya es que ni se estabilizaba—. «*Te quieres reír, y hasta los ojitos los tienes moraos de tanto sufrir*» —Comenzó a cantar, copa en mano, con esos lagrimones en los ojos—. *«Maldito parné, maldito, maldito parné»* —No, así no era como yo recordaba aquella copla que tantas veces escuché en casa de mis padres, pero ella la versionó a su modo.

—Lucía, ¿qué te pasó? Cuéntamelo, te puedo ayudar —le dije quitándole la copa y volviendo a sentarnos.

—Solo quiero dormir. —Se echó sobre mi pecho entre sollozos.

—¿Quién es ese hijo de puta que dices, Lucía?

Se quedó dormida y no me contestó. La tumbé en el sofá y la tapé con la manta. Me quedé tomando una copa a su lado comiéndome el coco y cuestionándome muchas cosas que me

chocaron desde que me dijo lo de su tarjeta de crédito. Trabajaba y no tenía otras deudas. ¿Cómo que no la podía liquidar o por qué tuvo que tirar de ella? Jamás me quise meter en su vida ni preguntar nada porque no me sentía con derecho, pero había algo que se me había escapado durante todo este tiempo.

Capítulo 27



Dylan

Escuché a Lucía quejarse mientras dormía y es que debía de tener un dolor de cabeza impresionante. Me levanté y le preparé un zumo de naranja natural y se lo llevé a la cama, donde la llevé casi de madrugada dormida después de tomarme esa última copa, con una pastilla.

—Toma esto, preciosa. —Me senté en el borde mientras ella se incorporaba.

—Joder, qué dolor de cabeza —dijo tras llevarse ambas manos a la cabeza.

—Ayer bebiste mucho.

—¿Y la niña? —preguntó haciéndome sonreír, aun mala como se encontraba, no dejaba de preocuparse por mi hija.

—Durmiendo, es temprano.

—Gracias —dijo cuando se tragó la pastilla y se tomó el zumo.

—Sigue durmiendo un rato. —Le di un beso en la mejilla y la tapé.

—Me levanto ya, quiero un café —contestó destapándose de nuevo.

—¿Segura? —Arqueé la ceja.

—Sí, prefiero estar tumbada en el sofá.

—Vale, enciendo la chimenea y los voy preparando.

Se metió en el aseo y yo me fui a reavivar la chimenea. Por la noche me había desvelado en

varias ocasiones a causa de lo que no pude sacarle a ella, pero estaba claro que había alguien detrás del sufrimiento que estaba pasando y eso a mí me tenía de lo más sobrecogido.

No sabía a quién se refirió, pero ese dolor que vi en sus ojos otras veces comenzaba a tener sentido, alguien se lo había causado y por mucho que se esforzara en sonreír y querer ocultarlo, estaba ahí cuando menos cuenta se daba.

Quería tener una conversación con ella desde la lucidez y no en el estado en el que ayer se encontraba, pero de que me había dejado muy tocado, me había dejado…

Se había dado una ducha y se fue directa a sentarse con la mantita nueva con su nombre bordado en el sofá frente a la chimenea y sonreí, al verla así era como ver a mi hija. Me senté a su lado cuando puse los cafés sobre la mesa.

—Ayer me acosté muy triste y agobiado por una conversación que tuvimos por la noche… —Le acariciaba la espalda.

—No recuerdo nada. —Me miró sorprendida y apenada.

—Pero el deseo…

—Sí, eso lo recuerdo, pedimos tres deseos y los quemamos —sonrió un poco triste—. Menuda ocurrencia tuvo la pequeñaja, pero fue divertido.

—¿Quién es el hijo de puta y qué te pasó? —pregunté sin tapujos, pues como decían de las tiritas, era mejor arrancarlas rápido.

—Dylan. —Su rostro se transformó en una tristeza profunda y hasta pude ver el miedo en sus ojos—. No vayas por ahí, por favor. —Se le saltaron las lágrimas.

Evitó mirarme y se cubrió la cara con ambas manos, llorando de nuevo.

—Lucía, necesito saber qué te pasa, no me lo hagas pedírtelo más. —Le quité las manos de la cara y se la acaricié.

—No puedo, Dylan, no puedo. —Lloraba más.

—Sí, puedes, cariño, sí puedes. Estoy aquí para escucharte, de verdad que sí. Cuéntamelo, es mejor hablarlo a que se enquiste dentro.

—Es mi problema, no es el tuyo —contestó secándose las lágrimas.

—Tú eres mi problema, porque que no se te olvide que yo a ti sí te amo con todo mi corazón. —Ya está, lo había dicho por primera vez y en voz alta, lo que hizo que me mirara aún con más

sorpresa en sus ojos aguados por las lágrimas.

—¿Y te crees que yo a ti no? ¿Te crees de verdad que para mí solo eres mi *sugar daddy* como te dije todo este año? —preguntó entre lágrimas, con la voz entrecortada y el dolor en ella.

—Siempre supe que lo decías en broma, pero que la edad sí es un problema para ti.

—No, la edad no, ni nada. El problema soy yo, que nunca podré ser feliz ni a tu lado ni en ningún sitio. No puedo, no puedo porque me duele el alma, porque me arrancaron el corazón y con él se llevaron toda mi capacidad para sentir algo más allá de ese dolor y odio que me causó todo.

—¿Qué es lo que te pasa, mi vida? Por favor Lucía, dímelo, dímelo porque me estoy volviendo loco pensando toda clase de cosas y necesito saber qué es lo que te hicieron. Dímelo, cariño —le pedí apoyando la frente en la suya y vi que cerraba los ojos, con una lucha interna que la hacía dudar entre contarme o no contarme aquello que tanto dolor le causaba.

—Me arrebataron todo. —Comenzó a llorar aún más, con desgarro y con ese nudo en la garganta grande y el corazón encogido—. Yo también soy mamá, y no me dejaron serlo —soltó causándome un pellizco muy grande en el estómago—. No me dejan estar con mi hijo.

—Lucía, ¿quién te lo arrebató y dónde está tu hijo?

—Con el hijo de puta de su padre, en Madrid, pero no me puedo acercar a ellos. Si lo hago hará que me metan en la cárcel. No dejo de gastar dinero en abogados para conseguir que le pongan mi apellido, mis padres también, por eso cogí lo de la tarjeta y nunca tengo dinero, estoy ahorrando siempre. Mi madre se fue con la pena de no conocerlo.

—No entiendo nada, mi vida, quiero ayudarte, pero me tienes que contar todo bien.

—No puedes, ni quiero mezclarte en esto.

—Demasiado tarde, cariño, demasiado tarde. ¿Cuántos años tiene tu hijo?

—Siete, tiene siete añitos —sonrió con una tristeza que me taladraba el alma—, lo tuve con veinte. —Lloraba con tanto quejido y el pecho moviéndose que me daba una pena muy grande.

—Pero ¿en qué se basa para que no lo puedas ver?

—En el dinero y el poder que tienen, al ser un personaje mediático.

—¿Mediático? ¿Poder? ¿Quién es, vida?

—Álvaro de la Torre…

—¿El hijo del dueño de la cadena de televisión?

—Ese mismo. —Estaba de lo más sobrecogida—. Lo conocí con dieciocho años cuando me fui a hacer un curso a Madrid al terminar el bachillerato. Comenzamos a vernos los fines de semana y cada vez más, hasta que con diecinueve años me quedé embarazada y me dijo que me fuera a vivir con sus padres y con él a su casa en una zona residencial hasta que naciera el niño.

»Ahí ya comencé a darme cuenta de cosas y de que su madre no me podía ver, pero aguantaba porque en aquellos entonces estaba muy ilusionada con Álvaro y el hijo que estábamos esperando, pero todo cambió el mismo día que nació. —Lloraba con más intensidad —. Me invitaron a regresar a mi casa, con mi familia y sin mi hijo…

—¿Te invitaron? —Fruncí el ceño.

—Me amenazaron con todo tipo de cosas, desde el niño, hasta mis padres, incluso meterme presa con mentiras que ellos podían fundar y tendrían mucha credibilidad. Y siendo una de las cadenas más importantes del país podían difundir noticias falsas acerca de mi persona y la de mis padres.

»Lo tenían todo muy bien estudiado, sin duda. Querían arruinarme y lo consiguieron. Estuve tres años con depresión y me intenté quitar la vida con pastillas. —Lloraba mientras me desgarraba por completo.

—Sé que él tiene un hijo que se llama como él y que siempre se dijo que fue gestado por un vientre de alquiler en otro país.

—Sí, pero no es verdad, el niño es mío y por eso yo no puedo rehacer mi vida ni quiero, esa condena vivirá para siempre conmigo hasta el día que consiga que mi hijo sepa la verdad.

—Y la sabrá mi vida, porque no voy a quedarme quieto ni voy a permitir que te sigan arrebatando más años de los que ya estuviste sin él. Ahora tienes el dinero y el mejor equipo de abogados, si quieren guerra la van a tener contra mí.

—No, por favor, no te metas en esto —me pidió con lágrimas en los ojos.

—Aunque me lo supliques de rodillas, Lucía, no voy a ceder. De esto me encargo yo… —dije apretando la mandíbula y dándome cuenta del dolor por el que ella estaba pasando.

—No puedo más, te lo juro, no puedo más. Y no quiero que te encargues de nada ni te metas en líos que no te corresponden.

—No llores más mi vida, que tú vas a recuperar a tu hijo así tenga que unirme al diablo, pero debiste contármelo antes.

—No podía, tengo miedo, él es capaz de todo. Su familia siempre dejó ver el poder y el dinero que tenían y yo no.

—Torres más altas cayeron, créeme que este caerá.

—No quiero que te pase nada, Dylan. —Lloró de nuevo, y le di un beso en la frente antes de apoyar la mía.

—¿Ese era el deseo que pediste anoche? ¿El que dijiste que pedías todos los años?

—Sí, jamás deseé algo que no fuera poder tener a mi hijo conmigo —contestó con una pena que a mí me mataba.

—Cumpliré tu deseo.

Cerró los ojos y lloró aún más, la abracé dejándole claro que no estaba sola, ya no lo estaría.

Estaba claro que tan pronto como regresara, me iba a reunir con mi equipo de abogados y con ella para que les diera toda la información necesaria, además de que le pidieran la venia al suyo para que pudieran encargarse de todo el proceso. El hecho de que ella tuviera un hijo me había roto en mil pedazos, porque como padre sabía lo importante que era tener uno. Ni siquiera a mi exmujer, que demostró cuando nos separamos que no le importaba lo suficiente su hija y que me cedió la custodia completa para ella no tener responsabilidades, jamás se me ocurrió quitarle el derecho a estar con su hija; lo tuve muy claro a pesar de que no se lo merecía.

Iba a conseguir que recuperara lo que era suyo así comenzase una guerra mediática, porque yo también tenía muchos medios para hacer ruido y que no callasen mi voz.

La ira, la frustración y una serie de emociones intensas me llevaban a percibir esta situación de manera personal, y así continuaría siendo.

La abracé con fuerza y dejé que llorase lo suficiente como para que soltara todo lo que había dentro de ella, en ese momento lo necesitaba, tenía que liberarse.

—Buenos días, me habéis abandonado —dijo mi pequeña apareciendo por el salón.

—Ven para acá brujita y dame un abrazo muy fuerte que hoy me he levantado muy triste.

—Preparo otro café y la leche para la niña. —La cogí en brazos, la besé y se la puse en el regazo a Lucía, que la abrazó con todas sus fuerzas.

—No estés triste Lucía que yo sufro también —le dijo la pequeña acariciándole la carita.

—Tranquila, que ahora lo solucionamos con una guerra contra tu padre —le dijo bromeando y sacándome una sonrisilla.

—Lo vais a tener mal, que hoy estoy muy guerrero y soy capaz de poneros a limpiar toda la

cabaña.

—No puedes con nosotras, las mujeres tenemos el poder —dijo mi hija a carcajadas.

—¿Ah sí? Pues ven para acá a prepararte el desayuno.

—No, papi, que es broma, el poder lo tienes tú —contestó descaradamente.

Preparé las tostadas y desayunamos en el salón. Lucía se animaba mucho con mi pequeña y yo me daba cuenta de que para ella era como ese bálsamo que necesitaba para no caer más en el pozo en el que estaba sumida. ¿Por qué no me había dado cuenta antes?

Estaba claro que yo noté cosas como que ella no se compraba nada y que siempre miraba mucho por dos euros, pero de ahí, a la historia que había detrás, jamás me lo podía haber imaginado.

Iba a luchar por ella así me costara ponerme delante de los medios y hablar alto y claro, pero el dolor que sentían ella y su padre, lo iba a arreglar de la manera más rápida posible y yo sí que contaba con todos los medios para enfrentarme a esos seres que con tanta mezquindad habían destrozado la vida de Lucía. Que se preparasen, que la guerra comenzaba ahora.

Capítulo 28



Lucía

No me podía creer que después de tantos años, le hubiera contado a alguien más ese gran secreto que tanto me atormentaba.

Jamás pensé que se lo acabaría diciendo a Dylan, ese hombre al que no le ponía etiquetas y que, para mi sorpresa, me había dicho que me amaba con todo su corazón.

Y yo también tenía unos fuertes sentimientos por él, de eso no había duda, pero los escondía porque después de lo que viví con Álvaro, lo engañada que estuve hasta que me arrebató a mi hijo arrancándome el corazón en el proceso, jamás quise volver a estar con nadie que tuviera el dinero y el poder suficientes para volver a hacerme algo así.

Me había encerrado en el cuarto de baño a llorar hacía unos minutos, Dylan estaba en el salón durmiendo en el sofá con la pequeña y yo necesitaba ese momento para mí.

Cogí el teléfono cuando me encontré un poco más calmada y con fuerzas, y llamé a mi padre.

—Hola cariño, Feliz Año Nuevo.

—Feliz Año Nuevo, papá.

—¿Qué tal noche pasasteis?

—Bebí más de la cuenta, se me soltó la lengua y hablé más de lo que debía —suspiré.

—Espera, ¿se te escapó algo de…?

—Sí, papá, hablé de mi dolor, de lo que sentía, de ese hijo de puta, y esta mañana no recordaba nada, pero Dylan sí. Preguntó y se lo acabé contando.

—Vaya, y ¿qué ha dicho?

—Que va a ayudarme a recuperar a Álvaro —sollocé de nuevo—. Dice que ahora le tengo a él, que cuento con su dinero y sus abogados. Y no quiero papá. —Esta vez lloré aún más—. No quiero, porque el dinero fue precisamente lo que me llevó a estar así, a perder a mi niño.

—Hija, no llores que sabes que me parte el alma verte así.

—Es que no quiero que se involucre, pero está decidido a hacerlo, no me ha aceptado ni una sola vez mis negativas, papá, no quiere dejarme seguir con ello.

—Pues déjale que te ayude, mi niña. Si hay algo que tengo claro es que Dylan no es como Álvaro, él es un hombre que se viste por los pies, no un niñato caprichoso y con dinero que pueda reírse de ti. Y es padre, estoy seguro de que debe hacerse una idea enorme de lo que sientes.

—No quiero que esto estropee lo que tenemos.

—¿Y tiene etiqueta de novio o seguimos en la fase de negación? —Noté que sonreía por su tono de voz.

—No tiene etiqueta de nada, pero le he dicho que siento algo fuerte por él.

—Es un avance, vamos bien.

—Él lo dijo primero. —Me sequé las mejillas—. Dijo que me amaba con todo su corazón, papá —sollocé.

—Ay, mi niña, eso lo veíamos tanto tu madre como yo. Dylan es un buen hombre y siempre he sabido que te quiere, pero no lo decía. ¿Sabes lo que me dijo tu madre cuando le conocimos por casualidad la primera vez?

—No —sollocé volviendo a retirar las lágrimas, aunque no servía de nada porque seguían saliendo.

—Dijo que te veía con él, que podía ver a su preciosa niña feliz con ese hombre, compartiendo su vida hasta el final.

—Mamá siempre vio más allá que nosotros.

—Sí —sonrió—. Y te voy a decir algo, creo que, aunque ella no quería irse aún de este mundo, se fue en paz porque sabía que tú estarías bien, que Dylan sería ese pilar que estaría para ti como lo estuvo ella y lo estaré yo hasta que me reúna allá donde me espera.

—No digas eso, que quiero que te quedes mucho tiempo conmigo papá. —Se me cayeron más lágrimas—. No podría soportar perderte a ti también, no podría.

—Descuida, que yo aguantaré tanto como pueda. Quiero conocer a mi nieto para que cuando me reúna con tu madre de nuevo pueda hablarle de él.

—Tengo miedo, papá, tengo mucho miedo.

—Llevas con miedo siete años, cariño, ya es hora de que lo dejes a un lado.

—Pero sabes que esa familia es poderosa, es influyente, pueden acabar con Dylan y todo lo que tiene, y yo eso no me lo perdonaría nunca papá, no lo haría.

—Si hay una cosa de la que estoy seguro, es de que Dylan no va descalzo por el mundo. Ese hombre debe tener un despacho de abogados de esos capaces de hacer que hasta el más rudo se haga pipí encima. —Rio—. En serio Lucía, deja que él se encargue, permítele estar ahí para ti y que te ayude como tu madre y yo no pudimos hacerlo. Sabes que, si ella estuviera aquí y le contaras esto, te diría lo mismo que yo.

—Lo sé. —Cerré los ojos y vi a mi madre en mi mente, sonriendo y abrazándome—. Pero el miedo no se me va, siempre quisieron destruirme, y ahora en cuanto Dylan entre en la ecuación, irán a por él. ¿Y si encuentran algo que no deba salir a la luz?

—Si hubiera algo así, puedes apostar a que Dylan se encargará de hacer lo posible porque no lo encuentren. Hija, si te ha dicho que va a ayudarte, que él se encarga de todo, es porque lo que puedan buscar de él o inventarse le importa poco.

—Pues debería papá, es un hombre de negocios, tiene familia y no quiero que por mi culpa le desprestigien o hagan que su hija le odie.

—Lucía, deja de montarte películas, que no va a pasar nada. Como te he dicho, si Dylan se ha ofrecido a ayudarte es porque no teme lo que puedan querer inventarse sobre él. Deja que te ayude.

—Que quiere montar una guerra, papá —protesté llorando.

—Pues que la monte, que ya es hora de que alguien le baje los humos a esa familia. Que monte la mayor guerra que se le pueda pasar por la cabeza si eso significa traer a mi nieto donde debe estar, que es contigo, porque nunca debieron arrebatártelo.

—Me da mucho miedo todo, papá, no quiero que le hundan la vida como hicieron conmigo.

—Hija, si yo hubiera podido luchar y montar una guerra, ten por seguro que la habría montado, pero no pude. Deja que él se encargue de poner a esa chusma en su sitio, porque es lo

que son, chusma.

»Van de gente honrada y tienen más mierda que callar que todos esos pobres de los que hablan en sus programas de cotilleos. Y quiero que le digas a Dylan que tiene mi apoyo en este asunto, y que no tendré vida suficiente para agradecer lo que está a punto de hacer.

—Yo sí que no voy a tener vida, papá, si consigue que sus abogados me devuelvan a mi hijo, estaré en deuda con él de por vida.

—Creo que, si tengo razón, la deuda estará saldada con una sencilla respuesta a una pregunta suya.

—¿Qué dices?

—Nada, nada, pensaba en alto. —Rio—. Hija, deja el miedo a un lado y permite que Dylan te ayude.

—Gracias papá, gracias por escucharme.

—¿Cómo no iba a hacerlo, mi niña? Soy tu padre y siempre estaré aquí por y para ti. Ahora deja de llorar, lávate la cara y vuelve con ellos a disfrutar de la tarde. Nos vemos a tu vuelta, ¿sí?

—Sí, te quiero papá.

—Y yo a ti, cariño.

Cuando colgamos, hice lo que me había dicho: dejé de llorar, sequé mis lágrimas y me lavé la cara para volver al salón. Dylan y Alejandra seguían dormidos, así que me acurruqué con ellos, sintiéndome en casa.

Capítulo 29



Dylan

El regreso de Noruega lo hice con mi objetivo puesto en ir a por Álvaro de la Torre y su madre, esa que después de enseñarme conversaciones que ella le mandaba amenazándola, me había dado cuenta de que era el ser más malo de este planeta. Toda una cara distinta a la que mostraba ante el mundo.

No podía creer que hubiera gente tan despreciable en el mundo, que su maldad llegara tan lejos como arrebatarle un hijo a su madre solo porque sí. La engañaron bien cuando le hicieron creer que era una más de la familia, pero la madre de esa rata, a la que me negaba a llamar hombre, había sido la peor bruja del mundo.

Me dolía por ella, estaba roto por pensar en todo lo que mi preciosa Lucía, esa que siempre llevaba la sonrisa por bandera, había pasado a lo largo de estos siete años.

En ese momento, decidí visitar solo la casa de mis tíos, con la intención primordial de verlo a él. Se notaba que la luz de su mirada se iba apagando, lo cual me dejó de lo más triste, incluso mayor que la que ya experimentaba en ese momento.

Llevábamos dos días en España. Acababa de dejar a Lucía con la niña en casa desayunando y me dirigí hacia las oficinas de mis abogados con los que había quedado. La primera reunión no quería que ella estuviera presente.

El día anterior habíamos comido con mis padres, que también habían regresado de Escocia para estar con mis tíos en estos momentos un tanto duros. Como era costumbre, se comieron a besos a mi hija, esa a la que abrazaron con todas sus fuerzas mientras ella reía.

Se alegraron de ver a Lucía un poco más animada tras lo de su madre, y Alejandra se encargó decirles que era porque habían sido las mejores Navidades que habíamos pasado nunca. No le faltaba razón, pues sabía que para Lucía también habían sido especiales.

—Feliz Año Nuevo a todos —dije entrando en el despacho y me dirigí a abrazar a los dos abogados, Luis y Pedro.

Nos sentamos después de que preparasen un café y los puse al tanto de todo, enseñándoles la documentación que poseía Lucía. Una hora estuvieron escuchándome y revisando todo.

—Yo lo tengo claro —le dijo Pedro a Luis.

—Creo que los dos estamos pensando lo mismo…

—Pues contádmelo, porque yo no sé lo que estáis pensando. —Carraspeé.

—Lo primero que vamos a hacer es pedir la venia a su abogado. —Comenzó a decir Luis—. Lo segundo, mandarle un burofax a Álvaro de la Torre para pedirle que inscriba en el registro a Lucía como su madre de manera inmediata y que entregue al menor para que viva con ella y él tenga algunas visitas.

—Va a decir que no, eso es perder el tiempo —resoplé.

—Dylan… —protestó en tono calmado— Y, lo tercero, es advertirle en ese burofax que, en caso contrario, iremos a todos los medios a desmentir y desmontar todo lo que quisieron hacer creer ante el niño, teniendo una madre asustada, amenazada, desprotegida y sin los medios con los que él advertía destruirla. Sabemos lo que hacemos. Necesito que nos envíe ahora mismo la autorización firmada de manera digital.

—Vale, la llamo y se lo digo.

Le pasé su correo y la avisé de que necesitaba ese documento firmado urgentemente. La pobre ni me pidió explicaciones, ellos se lo enviaron y ella no tardó en devolverlo con su firma.

—Vamos a preparar el burofax para que mañana mismo lo reciba. Eso como regalito de vísperas de Reyes —comentó Pedro como si tal cosa.

—Pues genial. ¿Qué posibilidades veis que esto se solucione?

—Muy buena esa pregunta —dijo Luis riéndose—. Esto es pan comido. Ellos se han aprovechado de la situación económica y familiar de Lucía, pero ahora se tienen que enfrentar a este despacho y eso, eso no lo van a tener nada fácil y más sabiendo que tenemos muchas cadenas con las que hacer mucho ruido.

—¿Me puedo ir tranquilo? —pregunté elevando ambas cejas, aunque confiaba en ellos desde hacía años.

—Recuperará a su hijo, Dylan —dijo Pedro con un leve asentimiento, al igual que hizo Luis.

—Con eso me basta —aguanté la emoción, ya que para mí esas palabras eran precisamente las que necesitaba escuchar.

No iba a darme por vencido, iba a luchar hasta el último momento para que Lucía recuperara a su hijo, bastante había sufrido sola, pero no lo estaría más, como le dije en Noruega, yo estaría a su lado siempre, no pensaba fallarle.

Me dirigí a recoger todos los encargos que había ido haciendo desde el móvil a unos grandes supermercados que ya me lo tenían preparado. Eran mi salvación cada año, ya que era una cadena muy conocida que contaban con todo tipo de firmas.

Me lo llevaron en un carro especial hasta el coche porque eran muchos los bultos que ocuparon todo el maletero y asientos traseros.

Llegué a casa y dejé el coche aparcado con todo dentro. Nada más entrar, me llegó un rico olor a comida.

—Papá, hemos hecho para comer una pasta riquísima con tomate, chorizo, verdura y queso —me contó Alejandra la mar de emocionada mientras la cogía.

—Y carne picada —dijo Lucía.

—Es verdad, me olvidé de la carne. —Se reía mirándome desde mis brazos.

—Pues ese es el ingrediente principal para mi plato de pasta, pequeñaja. —Rio Lucía.

—Huele que alimenta —sonreí.

—A mí se me está haciendo la boca agua, ya tengo hambre —dijo Alejandra.

—¿Es que hay algún momento en el que no la tengas, hija mía? —Lucía volteó los ojos—. Eres un pozo son fondo, y mira que tienes el cuerpo chiquitito.

—Entonces soy un pocito, no un pozo.

—Ole ahí, qué manera de vacilarme —suspiró, y Alejandra se moría de la risa.

Me acerqué a Lucía y le di un beso. Le dije bajito que iban a poner todo en marcha, pero no quise decirle nada más porque ni era momento ni sabía cómo iba a responder ese tipo al burofax. Hasta que no tuviera algo en claro, no iba a crearle ilusiones por nada. Me dio las gracias con un precioso beso.

Durante la comida la niña no dejaba de decir que estaba nerviosa esperando la llegada de los Reyes Magos, y eso que aún faltaban dos días para ese ansiado amanecer en el que ella

disfrutaría descubriendo sus regalos.

Lucía le sonreía e intentaba estar a la altura para que ella no notase nada, pero en sus ojos podía ver el nerviosismo y dolor que tenía. Ahora también entendía esa tristeza que vi en ella este último año en que la conocía, pero siempre pensé que solo era por la enfermedad de su madre, por eso jamás se me encendió una alarma.

—Papá, ¿a Lucía también le van a traer regalitos los Reyes?

—No lo sé, según cómo se haya portado.

—Yo le he dicho a ella que he sido buena y que me he portado bien, pero vaya, que, a mí, con que me traiga carbón, ya me doy por satisfecha.

—Pero tú no eres mala —le dijo mi hija agarrando su mano por encima de la mesa—. Tú eres muy buena, Lucía.

—Gracias, cariño, tú que me quieres mucho —sonrió.

—Papá, a ella le tienen que traer por lo menos seis regalos.

—Te nombro mi defensora —le contestó Lucía, causando una carcajada en ella.

Después de comer y recoger la cocina, las chicas se tumbaron en el sofá a ver una película de Disney, y yo me dirigí al jardín a hablar por teléfono.

—Hola, Dylan. ¿Todo bien?

—Hola, Antonella. Tal como te mencioné en el mensaje, es importante que tengamos una conversación sobre la niña.

—Dime, dime —dijo en tono de altivez.

—Según ella le permites desayunar y merendar con refrescos.

—¿Y?

—Cómo que «¿y?» ¿En serio es tu respuesta?

—¿Me llamas para decirme cómo debo criar a mi hija?

—No, perdona, a tu hija la estoy criando yo, que no se te olvide, pero es muy lamentable que no sepas cómo atenderla.

—¿Algo más?

—¿Has permitido que tu novio le ande diciendo absurdeces a la niña con que Italia es mejor y que la esté provocando constantemente?

—Follas poco, ¿verdad?

—Escúchame atentamente, si quieres ver a tu hija, vas a tener que verla en España, se acabó el que te la lleves. Si no la sabes cuidar, no seré yo quien la ponga en tus manos. Y no me toques las narices que te recuerdo que la ves porque yo he querido siempre que lo hagas, pero hasta que no demuestres que tienes la madurez suficiente, no te lo voy a poner fácil. No vuelvo a autorizarla a salir de España.

—Pues ya le explicarás cuando sea mayor que me prohibiste llevármela.

—No, no, por supuesto que no. Le explicaré desde ya que su madre puede venir todos los días de su vida pero que, si no es en Italia, prefiere no verla. La verdad siempre por delante. No me hagas perder la paciencia, porque sabes que aún puedo hacerte mucho daño y he sido muy benevolente contigo.

»No me toques las narices, porque estoy en un momento de mi vida en el que me da igual salir todos los días en las portadas de las revistas. No me obligues a hablar, así que en ti está demostrar cuánto te importa tu hija, si es que te importa algo.

»Te recuerdo que hasta ahora he estado callado por el bien de ella, pero viendo lo poco madura que eres, no hay nada que me impida actuar. Ojito, avisada quedas.

—Y Lucía que hablaba con ella hasta por videollamada es una santa, ¿verdad?

—A tu lado sí, desde luego que sí.

Colgué la llamada y entré como si nada hubiera pasado. Qué suerte tenía Antonella de que siempre había mirado por mi hija, porque desde luego que con esto iba a conocer a un Dylan muy diferente.

Capítulo 30



Dylan

Eran las siete de la mañana cuando Alejandra apareció gritando por la habitación que los Reyes ya habían descargado un camión de regalos en el salón.

Los Reyes… ese rey que se levantó a las dos de la madrugada sin hacer ruido y descargó el coche, para colocarlo todo como si de una exposición se tratase.

—Hay un montón de cosas Lucía, vamos. —Tiraba de la manta.

—Si a mí no me quieren ni en mi casa, yo paso de ir. —Le buscaba la lengua a la pequeña.

—Que sí, que sí, que hay para las dos seguro, porque son muchos, y tan buena no he podido ser yo.

—Menos mal que lo reconoce —murmuré causándoles una risilla—. Anda vamos, mientras voy preparando el desayuno.

—Papá, que hay una bandeja de chuches y chocolatinas.

—Sí hija, los Reyes habrán sido muy generosos, pero nada como una tostada para desayunar.

—Yo opino lo mismo. Quiero mi tostada y luego me comeré un kilo de porquerías —me dijo riendo antes de darme un beso.

—Pues yo no quiero tostadas, quiero bombones.

—Alejandra, una tostada y luego ya comes las chuches.

—Bueno, pero chiquitita.

—Vale. —La cogí en brazos y la abracé antes de dejarla en el suelo para que se fuera al salón con Lucía, a la que agarró de la mano para ir hacia allí.

Mi hija estaba feliz y no se le borraba la sonrisa de la cara, algo que hacía que a Lucía se le contagiara, aunque la suya fuera una sonrisa que apenas le llegaba a los ojos, esos bajo los que se ocultaba una tristeza grandísima que arrastraba desde hacía años.

Me quedé mirando la cara de las dos que observaban todos los paquetes que había y que estaban envueltos perfectamente por la tienda. No tardaron en descubrir cuáles eran de la una y de la otra por la pegatina que les había puesto detrás a cada regalo con sus nombres.

Fui hacia la cocina para preparar el desayuno y las dos me siguieron.

—Pero ¿no queréis ver los regalos? —pregunté con el ceño fruncido al verlas a mi espalda.

—Queremos abrirlos contigo papi, hemos decidido que vamos a desayunar y luego los abrimos todos.

—Qué bien habla mi niña, por Dios —le dijo Lucía dándole un fuerte beso en la cara.

—Pero estoy muy nerviosa, que allí hay un regalo muy grande y pone mi nombre.

—Qué suerte tienes —le contestó Lucía haciéndose la impresionada.

—Lo mismo tú también la tienes —murmuré y le hice un guiño.

—A mí esto me pone muy nerviosa —dijo moviendo las manos rápidamente y la pequeñaja la imitó.

Me eché a reír porque, para no ser hija suya, Alejandra hacía todos y cada uno de los gestos que veía hacer a Lucía, era como una pequeña versión de ella.

—Pues venga, café, leche con cacao y tostadas, ¡marchando! —dije como si fuera el camarero de una cafetería.

Alejandra no hacía más que mirar de reojo hacia los regalos, y yo sonreía con disimulo al verla porque sí, la pequeña estaba nerviosa a más no poder deseando abrirlos todos.

Desde luego, que estas habían sido las mejores Navidades para todos, de eso no tenía duda.

Desayunamos a la velocidad de la luz y preparé otros dos cafés para llevarlos al salón. Me senté a verlas.

—Primero yo uno y luego tú otro —le dijo la pequeña que estaba loca por abrir el grande.

—Vale, acepto —le contestó tocando las palmas y poniéndose a su altura.

Estaba claro cuál fue a abrir primero: el grande. Su sorpresa fue enorme al descubrir que se trataba de un armario de su tamaño con ropita para el bebé que le regaló la abuela junto con el coche capota. Se puso a gritar de la emoción.

—¡Esto es lo más, esto es lo más! —gritó con los brazos abiertos abarcando todo el armario— Mira, Lucía, hasta pijamitas para que duerma cómodo y abrigado. Me da algo al corazón. —Se llevaba las manos a este mientras nosotros nos reíamos—. Te toca a ti, pero rápido que ya quiero abrir otro mío.

—Encima metiendo prisa, vaya tela. —Puso las manos en jarras—. Pues voy a abrir… Este. —Señaló a la cajita más pequeña y plana. Había dado en el clavo de lleno. La abrió y me miró fijamente—. ¿Qué es esto, Dylan? —me preguntó enseñándome la tarjeta bancaria.

—Eso es una tarjeta para pagar las cositas —le dijo la niña.

—Gracias, no me había dado cuenta. —Volteó los ojos y volvió a mirarme esperando una respuesta.

—No te creas que es ilimitada —le advertí haciéndome el serio—. Es una tarjeta que dura lo que dure el saldo, luego muere. Es una tarjeta de crédito, pero de prepago.

—Papá, ¿las tarjetas mueren?

—Si la queman, sí —le contesté aguantando la risa.

—Dylan… —murmuró ella.

—Diez mil euros solo, para cualquier imprevisto que tengas —murmuré poniendo gesto de no darle importancia e intentando aguantar la risa.

—No quiero…

—Tú me dijiste que los regalos no se devuelven. —Me encogí de hombros.

—Papá, ahora te toca a ti. —Sacó de detrás del sofá un regalo y las miré arqueando la ceja.

—Pero ¿qué es esto? Si yo he sido muy malo.

—No, papi, no has sido malo, lo han dejado aquí los Reyes con una nota que leyó Lucía, y

que decía que era para ti de parte nuestra.

—A ver, a ver, ya me puse nervioso. —Carraspeé mirándolas y sabiendo que era cosa de ella. Cogí aquel regalo y rompí un poco el papel.

—Papi, más rápido.

—La paciencia no es lo tuyo, ¿eh? —Rio Lucía.

—Es que quiero abrir los míos.

—A ver, ¿qué será? —Lo agité un poco junto a mi oído antes de abrirlo.

—Al final rompo yo el papel, papi.

—Vale, allá voy. —Tiré de un lado hasta que el papel se rompió más.

Era una preciosa foto que me encantó de Noruega, en la que salíamos los tres con el muñeco de nieve. Tenía una calidad increíble y la había enmarcado acorde con la decoración de mi salón.

—Gracias, mis chicas, sois las mejores del mundo. —Las abracé emocionado.

—Lo de la tarjeta no te lo perdono.

—Vale, viviré en penitencia. —Le apreté la nalga.

Y no fue el único regalo, también me sorprendió con un perfume de los que yo usaba y un cinturón que me gustó muchísimo.

A mi hija le cayeron muchos juguetes y ropa, como a Lucía que no le faltaron ni prendas, ni un móvil nuevo de última generación que le hizo más ilusión que la tarjeta. Lo comenzó a usar de inmediato.

Me encantó la fotografía de los tres, y más esa, que era especial desde el mismo momento en que la capturamos, ya que se convirtió en la imagen perfecta del viaje.

Abracé a Lucía que estaba pensativa y le besé en el cuello mientras la pequeña iba llevando las cosas a su habitación y las colocaba a su gusto.

—¿Estás bien?

—Lo de la tarjeta me ha dejado un poco de capa caída. No me siento bien con que pagues lo de los abogados, pero encima esto…

—Te amo mi vida, eso no es nada y te puede ser de mucha ayuda. Por cierto, saca de ahí el dinero y termina de pagar la otra tarjeta.

—Eso mismo he pensado, para qué te voy a mentir… —Se rio— Pero con los setecientos hubiera sido ya demasiado.

—Bueno, pues ahora olvídate de preocupaciones y disfruta del día.

—Te amo muchísimo, Dylan.

—No sabes lo bonito que es escuchar eso y cuántas veces lo he deseado en este año.

—Te amé desde el minuto uno, pero no podía tener una vida junto a nadie con la historia que arrastraba.

—Pues no te pienso dejar escapar jamás.

—Pero siempre serás mi *sugar daddy* —murmuró con una sonrisilla.

—Y tú mi niña repelente —le dije abrazándola con más fuerza.

A la hora de la comida, salimos a la calle para ir a un restaurante cercano en el que yo había reservado, ya que el día estaba buenísimo. Fuimos andando y la pequeña iba con su coche capota de lo más bonita con su abrigo de paño rosa pastel. Se me caía la baba con solo mirarla con ese cuerpecito tirando del carro.

No sabía cómo podría medirse la felicidad, pero en este momento de mi vida yo me sentía inmensamente feliz al tener a mi lado a esas dos preciosidades que, desde que se conocieron, conectaron de un modo que jamás creí posible que ocurriera.

Lucía había dicho que nunca pensó en ser feliz por esa pena y dolor con los que cargaba, y ahora entendía que nunca me hubiera querido ver como algo más que un amigo con el que se acostaba. Yo pensaba que no habría nadie en el mundo capaz de hacer que volviera a enamorarme, pero que lo hiciera de verdad, porque para mí lo principal siempre fue mi hija. Si la mujer que escogiera mi corazón para que fuera su única dueña no aceptaba a Alejandra, no estaría con ella.

Pero mi niña, al igual que Lucía, se hacían querer por sí solas, y aunque no compartieran sangre eran las dos muy parecidas.

Ni todo el dinero y el prestigio del mundo me hicieron sentir nunca tan orgulloso como en este momento lo estaba de mis chicas, esas a las que amaba con todo mi corazón, ahora y siempre.

Capítulo 31



Dylan

Dejé a la pequeña en la escuela donde había comenzado infantil este curso en un centro privado y luego llevé a Lucía a su casa, ya que tenía que hacer unas cosas allí. A la vuelta pasaría a recogerla.

Llegué al trabajo y Estefanía no tardó en traerme el café con esa sonrisita que ya hasta había echado de menos.

—Jefe, estás más guapo —dijo dejando el café sobre la mesa.

—¿Me estás intentando hacer la pelota? —Arqueé la ceja.

—Para nada, en absoluto. —Apretó los dientes y sonrió—. Me voy a trabajar, que no quiero que me despidan.

—A nadie se le ocurriría. —Le hice un guiño y se fue con su contoneo de caderas.

Sonreí negando al verla, esa mujer no cambiaría, eso sí hacía mis días más llevaderos con sus ocurrencias y locuras.

Cogí el café para dar un sorbo y me centré en el trabajo, ya se habían acabado las vacaciones y tocaba volver a la rutina, a centrarme en el negocio, aunque tuviera la cabeza también en otro sitio en esos momentos, ya que era algo inevitable.

Correos, llamadas, algunas reuniones por videollamada y programar otras presenciales con Estefanía organizándome la agenda, así pasé aquellas primeras horas de vuelta al trabajo y la rutina.

Eran las doce de la mañana cuando me sonó el teléfono y vi que era uno de los abogados.

—Luis, hola, ¿noticias? —pregunté impaciente.

—Hola, Dylan. Desde las diez de la mañana llevo reunido por videollamada con los abogados de Álvaro.

—¿Y?

—Les he sido claro en todo momento, diciéndoles que vamos a por todas y que esto va a ser un circo mediático, ya que con la persona que ha rehecho su vida la madre del niño se trata de un personaje respetado, querido y de actualidad continua a nivel mundial; por no hablar de lo reconocido que es en el mundo empresarial.

»Las condiciones son claras: o aceptan reconocer la maternidad del niño con los apellidos y le otorgan la custodia completa por los años que no pudo disfrutar de él, o está dispuesta a sentarse en medios internacionales para contar su historia. En ese caso, vamos a exigir la prueba de maternidad y, además, presentaremos pruebas de las amenazas y coacciones que sufrió para que permaneciera callada y alejada.

»Tenía a su representado delante y yo sabía que estaba escuchando ya que tenía el teléfono en manos libres.

—¿Y qué dijeron?

—Aceptan, se han visto acorralados y saben que un solo audio o mensaje que se haga público, se cargará la credibilidad de la familia y de su cadena.

—¿Aceptan y ya?

—Han intentado poner cláusulas, pero les advertí que no están en condiciones de nada. Van a pedir mañana mismo al registro que la inscriban como su madre haciendo una declaración voluntaria. Les he advertido que no se les ocurra no hablarle bien al niño de su madre o nos pondremos serios, que tienen diez días para trabajar ese tema y subsanar los daños que han ocasionado.

»En ese momento tienen que entregar al niño y, a partir de ahora, verlo en las visitas establecidas que serán dos fines de semana al mes y teniendo que ser él quién se desplace en todo momento. En verano tendrá quince días y en las fiestas de Navidad una semana. A todo esto, le tiene que pasar mil quinientos euros mensuales en concepto de manutención.

—¿Y han aceptado todo? —pregunté incrédulo.

—¿Crees que les merece la pena verse en las noticias como que despojaron a un hijo de su madre y que era mentira lo del vientre de alquiler? Esa sería su ruina, Dylan, y no me refiero solo a la cadena. Sus conocidos, los famosos con los que más relación tienen, el mundo entero se les echaría encima.

»Han aceptado porque no les he dejado opción a la negativa. La señora de la Torre no querría quedar como la mala del cuento, te lo aseguro, porque es como la verían todos, es una

bruja peor que las villanas de Disney —sonreí al escucharle decir aquello.

—Gracias, Luis. Gracias de verdad, por todo, Lucía no se lo va a creer, porque no me lo termino de creer ni yo.

—Preparo el convenio para que me lo firme Lucía mañana mismo y enviarlo una vez me envíen la declaración registral.

—Genial, Luis, genial. Mañana hablamos. Gracias de nuevo.

No me lo podía creer, todo se iba a solucionar más rápido de lo que ella se podía imaginar e iba a poder celebrar con su hijo su próximo cumpleaños. Bueno, en realidad faltaban aún tres meses para que el pequeño cumpliera los ocho años, pero sin duda su madre estaría deseando poder pasar ese momento con él, pues sería el primero que celebrarían juntos.

Salí temprano del trabajo y me dirigí a recoger a Lucía antes de ir a por la niña. Tal y como se montó en el coche ni lo arranqué, se lo solté todo de golpe y es que algo así no me lo podía callar.

—Vas a recuperar al niño, Lucía.

—¿Qué?

—Lo que oyes —sonreí—, vas a recuperar a tu hijo después de tanto tiempo, mi vida.

—¿Es en serio, Dylan? —preguntó con los ojos ya vidriosos y la voz temblorosa.

—Y tan en serio, cariño.

—Ay, Dios.

Lloró como una niña pequeña mientras me daba las gracias abrazada a mí. Lloraba con tanto sentimiento que sentía que la vida por fin le iba a dar lo que le pertenecía. Había sufrido demasiados años, y eso nadie se lo iba a devolver, pero al menos podía tener un futuro al lado de su gran amor, ese que siempre soñó con poder abrazar, ese que le arrebataron de sus brazos.

Fuimos a recoger a Alejandra al colegio y vimos que salía muy contenta por haberse reencontrado con todas sus amiguitas.

—Tengo mucha hambre, me duele la barriga de aguantarlo —dijo nada más puse el coche en marcha.

—¡Ay, mi pocito sin fondo! —exclamó Lucía a su lado y la niña se echó a reír.

Lucía sonreía un poco más, y sus ojos, esos que a menudo veía apagados, ahora brillaban más.

—¿No te has comido el desayuno? —le pregunté, porque era raro en ella que no lo hiciera.

—Sí, pero tengo más hambre papi, es que lo compartí con una amiga porque se le olvidó en su casa.

—Hiciste bien, cariño —le dijo Lucía tocándole la piernecita. Las veía por el espejo retrovisor y es que a ella cuando iba la niña en el coche le gustaba sentarse atrás con ella.

Llegamos a casa y calentamos las lentejas que habíamos dejado hechas el día anterior. Lucía se puso a freír unas croquetas mientras yo atendía una llamada.

—Papá, ¿sabes que en mi clase hoy se han peleado dos niños y se han dicho estúpido?

—¿Y eso por qué?

—Porque Damián le dijo a Borja que el coche de su padre era mejor y el otro le dijo que no, y empezaron a discutir y se llamaron estúpido y loco.

—¿Y qué dijo la profesora?

—Que ninguno de los dos podía participar en el juego de mañana y se iban a quedar mirando.

—Claro, no se pueden insultar.

—Y se querían pegar, pero la profesora los separó.

—Pues sí que está revuelto el patio.

—No, en el patio no fue, ha sido en clase —dijo causándonos una carcajada, a pesar de que Lucía tenía la mente en otro sitio.

La pequeña tal y como comió, se fue a su cama a dormir una siesta con su bebé al que le había puesto un chándal de los que le habían dejado los Reyes.

Me quedé en el sofá con Lucía que estaba muy nerviosa, no dejaba de decir que tenía miedo a que cambiasen de opinión de aquí a mañana. La tranquilicé comentándole que no iban a jugársela sabiendo las consecuencias que eso les acarrearía.

—No te voy a mentir, Dylan, también tengo miedo por ti, por lo que puedan encontrar o inventen de tu vida.

—Mira, sobre mí tal vez encuentren que mi ex ya estaba con ese otro hombre antes del divorcio, pero es que me da igual. No van a encontrar trapos sucios míos porque los tengo todos muy limpios —sonrió levemente—, y si se inventan algo van a tener que desembolsar cantidades indecentes de dinero para pagar indemnizaciones por falsedad, por calumnias y lo que sea que hagan.

»No tengas miedo, cariño, porque yo no lo tengo, en ese aspecto, no. Y no, no se van a echar atrás porque si lo hacen, mis abogados son como dos leones con hambre, que no dudarían en comerse a esa familia y su horda de abogados en los tribunales.

»Nadie, escúchame bien —le cogí ambas mejillas entre mis manos para que me mirara a los ojos y viera la verdad de mis palabras en ellos—, nadie va a impedir que tu hijo y tú volváis a estar juntos. ¿Entendido? Soy Dylan Blane, te hice una promesa al empezar el año y pienso cumplirla.

Le di un beso y ella me abrazó con fuerza volviendo a darme las gracias, esas que no necesitaba porque como padre, si me prohibieran ver a mi hija me moriría luchando para poder verla.

Soñaba con ese día en el que ella y su pequeño por fin se abrazaran, quedando unidos para siempre. ¿Qué clase de ser tan malo era ese hombre para separar a un hijo de su madre de manera tan despiadada? Eso solo lo podía hacer un ogro.

Lucía estaba en todo momento con la mirada perdida en la chimenea mientras yo la abrazaba y no dejaba de besarle la mejilla. Me decía a mí mismo que la iba a conseguir hacer la mujer más feliz sobre la faz de la tierra, y es que no se merecía otra cosa.

Siempre han dicho que después de la tormenta llegaba la calma, y ella había atravesado la peor de ellas en estos siete años. Ahora le tocaba estar en paz, tranquila, vivir en calma y ser muy feliz.

A su padre aún no le iba a decir nada hasta el día que se encontrase con su hijo y se lo llevara de sorpresa. Le daba miedo crearle unas ilusiones y que luego todo se desmoronase de repente. La comprendía por completo.

Capítulo 32



Lucía

Atacada, esa era la palabra para describir cómo me sentía en ese momento.

Estaba atacada de los nervios porque por fin iba a ver a mi hijo, podría abrazarle y sentir el calor de su cuerpo, mirarle a la cara y contemplar sus bonitos ojos, en vez de a través de una pantalla.

Tenía en mi móvil fotos de él que había encontrado en Internet, de cuando la prensa había logrado captar una imagen suya con su padre o con esa mala mujer que era su abuela, sin que ellos se percatasen de que estaban siendo fotografiados.

Era una pena que algunos periodistas vulnerasen de ese modo la vida privada y la imagen de un niño, por mucho que su padre y toda su familia fueran personajes públicos.

Aún seguía sin poder creerme que los abogados de Dylan hubieran conseguido todo esto, que en apenas unos días mi nombre apareciera en el registro como madre biológica de Álvaro y que fuera a estar conmigo.

Íbamos de camino a donde habíamos quedado para recogerle y no podía dejar de mover la pierna, nerviosa como estaba.

—Cariño, para —me dijo Dylan poniendo la mano en mi rodilla.

—No puedo, ¿y si no me lo traen?

—Se arriesgan a una demanda multimillonaria, por no hablar que lo de las visitas con el niño quedarían anuladas por completo.

—Esa mujer es mala, es capaz de cualquier cosa.

—Que lo intente —contestó sin apartar la mirada de la carretera ni quitar la mano de mi rodilla.

La familia de la Torre vivía en Madrid, pero tal como acordaron los abogados, sería Álvaro quien tendría que trasladarse para ver al niño, y también para traerlo conmigo.

Alejandra se había quedado en casa de sus abuelos, en estos días Dylan les había puesto al tanto de todo y la niña estaba deseando conocer a mi hijo.

Al llegar al hotel donde Dylan había indicado a los abogados que nos trajeran al niño, sentí que me iba a dar un ataque de ansiedad.

—No puedo casi respirar —dije cuando bajamos del coche.

—Tranquila, que todo va a estar bien. Vas a ver a tu hijo, os vais a abrazar y te lo vas a llevar a casa.

—¿Y si le han hablado mal de mí? ¿Y si él no quiere estar conmigo? Estoy cagada, Dylan.

—Pues relájate porque no va a pasar nada de eso, ¿vale? Y ahora vamos, que tu hijo te espera.

Entrelazó nuestras manos y caminamos hacia la entrada del hotel, era un lugar en el que Dylan me dijo que había cerrado varios negocios y, como conocía al dueño, le pidió el favor de que nos dejaran una sala privada para poder reunirnos con ellos.

Fuimos por el pasillo desde el mostrador de recepción hasta la puerta que había al fondo y por la que se accedía a otro pasillo donde había varias salas privadas.

—¿Lista? —preguntó cuando paramos en una de las puertas.

—Si no me sueltas, sí, de lo contrario me caigo redonda al suelo.

—Jamás voy a soltar tu mano, Lucía, jamás. —Me dio un beso rápido antes de abrir la puerta y entramos.

Allí estaban las personas que más daño me habían hecho en mi vida. Noelia, la madre de Álvaro, seguía con ese aire altivo de siempre y me miraba de arriba abajo con el mismo desprecio de hacía años.

Ricardo de la Torre, el padre, a pesar de que también era una persona cruel me daba la misma lástima que su hijo porque en las manos de Noelia era un pelele, era ella quien siempre dirigió esa familia.

Álvaro había cambiado mucho, eso lo había visto a lo largo de estos años en la prensa, pero

ahora que le tenía delante podía ver su rostro más maduro. Ya tenía treinta y un años, y no era aquel joven que conocí.

A su lado, con los mismos ojos azules que yo tenía, pero el cabello negro de su padre estaba mi pequeño con los cascos puestos y viendo algo en una Tablet. Se me hizo un nudo en la garganta al verle, tan guapo, con esa carita que me moría por besar, y sentí que se me empezaban a humedecer los ojos.

—Vaya, al final me has demostrado que sí eres la trepa cazafortunas que siempre supe que eras —dijo Noelia.

—Madre, por favor —le reprochó Álvaro.

—¿Qué? ¿Es que no ves quién es el hombre con el que está? Seguro que usó todas sus malas artes para seducirle.

—Basta ya, madre. —Por primera vez veía a Álvaro enfrentarse a ella—. No sigas, de lo contrario, vete.

—No seguiré, solo diré una cosa más. No vas a conseguir que mi nieto te quiera en tu vida.

—Le voy a recordar algo, señora. —Dylan se adelantó sin soltarme la mano—. Si usted o alguien de su familia intenta algo en contra de Lucía, le habla mal al niño de ella o hace cualquier otra cosa que pueda tener en mente, no descansaré hasta hundirles la vida, y créame que lo haré.

—Muy bien tiene que haberle follado para que se deje mangonear por esa niñata estúpida —le dijo a Dylan.

—Si sigue así, mis abogados redactarán un nuevo acuerdo y no volverán a ver al niño en sus miserables vidas.

—Mamá, basta.

—Tenemos dinero suficiente para acabar con ellos, siempre lo hemos tenido.

—Inténtelo, y le juro que acabará sus días viviendo peor que los indigentes. —Me atreví a decir señalándola con el dedo.

—Lucía, lo siento.

—Esa disculpa no me vale, llega demasiados años tarde. Solo quiero que me deis las cosas de mi hijo para poder llevármelo a casa.

—Ni unos calcetines le hemos dejado, se va con lo puesto —soltó la bruja de Noelia.

—Bien, porque pensaba quemar toda su ropa echándola al fuego —contestó Dylan—. Al niño a partir de ahora no le faltará nada, ni ropa, ni comida, ni amor, que seguro que de eso no le han dado ustedes nada.

El niño levantó al fin la vista de la Tablet y se quedó mirándome a mí, fijamente, entonces frunció el ceño y vi que se quitaba los cascos y se levantaba de la silla.

—Tú eres Lucía —me dijo.

—Sí —sonreí sintiendo que se me iba a salir el corazón del pecho al escucharle decir mi nombre.

—Eres mi mamá.

—Lo soy. —No podía dejar de sonreír, pero sentía las lágrimas queriendo salir.

—Sigues casi igual que en las fotos.

—¿Qué fotos? —gritó Noelia con los ojos abiertos de manera desorbitada.

—Vi unas fotos en el fondo del armario de la habitación prohibida —contestó.

—¿Entraste en esa habitación, hijo? —le preguntó Álvaro acercándose a él.

—Sí. La abuela siempre decía que no podía entrar ahí porque estaba maldita. —Dylan bufó al escucharle decir aquello—. Pero yo no la vi así. Encontré una bufanda rosa que olía muy bien, y había unas fotos. En dos estabais papá y tú —me volvió a mirar—, en una tenías barriga. Y en la otra estabas sola, sonriendo, mirando tu barriga con las manos en ella.

—Ahí estabas tú, cariño.

—Oh, por favor. ¿Se puede saber por qué desobedeciste mis órdenes? —le preguntó Noelia.

—Tenía curiosidad. Cuando vi las fotos, me fijé en los nombres y las fechas.

—¿Cuándo fue eso, hijo? —volvió a preguntar Álvaro.

—El año pasado, papá.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—La abuela siempre dijo que no tenía mamá, le pregunté a ella una vez después de verlas y me dijo que ya había muerto.

—Pues no estoy muerta, cariño —le dije acerándome para ponerme en cuclillas frente a él—. Nunca quise dejarte y siempre deseé que estuvieras conmigo.

—Tú… ¿me querías?

—Mucho, mi niño, mucho. —No quería llorar, pero ya me notaba cerca de hacerlo—. Siempre me he acordado de ti, siempre he querido tenerte a mi lado y poder abrazarte.

—Papá me ha dicho que ahora viviré contigo.

—Así es —sonreí cogiéndole la mano, y él miró hacia abajo.

—Me gusta tu voz.

—Vaya, gracias. —Le acaricié la mano.

—A papá le veré solo los fines de semana.

—Sí.

—Y me dijo que, en verano y Navidad, pasaría unos días con él.

—Eso es. Álvaro es tu padre y siempre lo será.

—Entonces no nos quites al niño.

—Madre, ya basta —insistió Álvaro.

—Cariño, quiero que sepas que te he querido con todo mi corazón desde que supe que estabas en mi barriga —le dije controlando para no llorar—, jamás he dejado de hacerlo y siempre te voy a querer.

»No te arrebato de los brazos de tu padre, podrás hablar con él por teléfono o videollamada cuando quieras, de verdad, y verle cuando venga porque le toque. Solo quiero que me permitas ser tu madre cada momento del día, y que sepas que no voy a dejar de quererte nunca.

Se quedó mirándome a los ojos, me notaba temblar y tenía miedo de que no quisiera nada, pero para mi sorpresa, mi pequeño soltó mi mano y me abrazó permitiéndome abrazarle yo a él.

—Siempre he querido tener una mamá —me dijo en un susurro y ahí rompí a llorar.

—Y yo te he querido en mi vida, mi niño.

Me levanté cogiéndole en brazos y noté la mano de Dylan en mi espalda, cuando le miré sonrió secándome las lágrimas.

—Espero que de verdad no rompas el acuerdo y pueda venir a verlo —me dijo Álvaro.

—Tranquilo, que me considero mejor persona que otras —contesté mirando a su madre, y él asintió.

—Hijo. —El niño le miró y Álvaro se acercó a nosotros—. Hablamos pronto, ¿vale?

—Vale, papá.

Ni un te quiero, ni un beso, nada de eso pasó entre mi hijo y su padre, el hombre que le había cuidado estos años desde que me lo arrebataron.

Ricardo de la Torre, seguía allí en un segundo plano, en silencio y observado, y Noelia me miraba con desprecio.

—¿Estás listo para que nos vayamos? —le pregunté a mi hijo.

—Sí. Pero no tengo más ropa que la puesta.

—Por eso no te preocupes, que ya te llenaremos el armario de ropa —contestó Dylan.

—¿Tú eres su marido? —Curioseó el niño y sonreí.

—El novio, de momento el novio. —Rio Dylan.

Le dejé en el suelo y fue él quien me cogió de la mano, cuando le miré estaba sonriendo. Salimos de aquella sala y no miramos atrás, yo porque no quería ver más de lo estrictamente necesario a esas personas, y el niño porque iba hablando con Dylan.

En el coche mi niño fue todo el camino en silencio, mirando por la ventanilla aquel lugar que desde este momento sería su nuevo hogar.

—¿Hemos llegado? —preguntó cuando paramos frente al edificio de casa de mi padre.

—No, solo hemos hecho una pequeña parada antes —contesté y bajamos del coche.

Cuando llegamos a la puerta de la casa, abrí con mis llaves y el olor a café me llegó desde la cocina. Solo faltaba una persona esencial en mi vida y esa era mi pena, que mi madre no iba a

conocer a mi hijo.

—Hemos llegado —dije al entrar en el salón donde mi padre y mi tío estaban ya sentados—. Álvaro, ellos son tu abuelo Antonio, y su hermano Fernando.

—No sabía que tenía un abuelo.

—Tienes dos, si quieres, porque a mí me puedes llamar abuelo también, o tío como me llama tu madre, lo que tú mejor veas —contestó mi tío y sonreí.

Mi padre se acercó a él, se puso en cuclillas y se le saltaron las lágrimas.

—No sabes la alegría que me da tenerte por fin en casa —le dijo—. Todos estos años hemos querido poder verte. Tu madre no ha dejado de pensar en ti, te quiere mucho y yo también. Y tu abuela María —sonrió mi padre.

—¿También tengo una abuela?

—La tenías, cariño. —Me acerqué a él y le acaricié la mejilla—. Se nos fue hace poco.

—¿Quieres ver lo guapa que era? Tengo fotos por aquí, y de tu madre también —dijo mi padre poniéndose en pie.

—Vale —sonrió—. ¿Tienes fotos de ella conmigo en la barriga?

—Por supuesto que sí, siempre estaba enviándonos alguna y tenemos un álbum. Ven —le tendió la mano y el niño la miró—, ¿eres muy mayor para darle la mano a tu abuelo? Porque, si es así, no hace falta.

—No, es que… el abuelo Ricardo y la abuela Noelia nunca me daban la mano.

—Si no quieres, no me la des.

—Sí, sí quiero —sonrió cogiéndole la mano a mi padre, que me miró con los ojos vidriosos.

—Vamos a por ese álbum de fotos que tengo en mi habitación.

Salieron del salón y fueron hablando, no quería separarme de mi hijo en ningún momento, pero deseaba que ese instante fuera para mi padre.

—Creo que no le han dado amor en su vida. —Escuchamos que decía mi tío.

—Eso creo yo también —contestó Dylan.

—Pues aquí le vamos a dar todo el que tenemos —dije mientas me secaba las lágrimas—. Porque nunca hemos dejado de quererle ni de esperarle para poder dárselo.

Dylan me abrazó, le miré y sonreí antes de cogerle las mejillas entre mis manos y que él apoyara la frente en la mía.

—Gracias, Dylan, gracias por esto. Era lo que más deseaba en el mundo. —Lloré sin poder evitarlo.

—Te dije que iba a cumplir tu deseo, cariño.

—Y lo has hecho.

Feliz, por primera vez en estos años estaba feliz y sentía que mi vida sí estaba completa, a pesar de que faltase mi madre en ella.

Tenía a mi padre, a mi tío, a mi mejor amiga, al hombre que amaba y a su pequeña a la que adoraba. Y por fin, tenía también a mi hijo, como debía ser.

Capítulo 33



Dylan

Era un día muy especial para Lucía, ya que por fin podía celebrar el cumpleaños de Álvaro. Ocho años cumplía mi pequeño campeón, porque no era mío, pero lo quería como si lo fuera.

En este tiempo, desde que lo había recuperado, el niño mostró en todo momento cuánto quería a su madre, no perdía la ocasión para darle un abrazo y, sin palabras, porque desde que le conocimos sabíamos que era un niño al que nunca la permitieron mostrar sus sentimientos, se lo demostraba.

Me encantaba ver mi casa llena de todas estas personas, esas que eran tan importantes en mi vida y en la de Lucía, mirara por donde mirara, hoy podía ver sonrisas por todos lados.

Lucía, estaba en una parte del jardín decorándolo todo con sumo cuidado, se esmeraba hasta en el último detalle, no estaba dejando nada al azar y todo lo iba haciendo con una sonrisa de las que siempre llevaba en su cara.

Mis padres estaban por la cocina con el padre y el tío de Lucía, terminando de preparar algunos canapés y varias cosas más con la ayuda de Raquel y Fran, que no habían dudado en meterse en la cocina con ellos para ayudarlos.

Y los niños iban y venían correteando por toda la casa, estos dos se solían llevar muy bien, pero tenían sus momentos de discusiones, nada importantes.

Me fui hacia Lucía y la rodeé con mis brazos apoyando su espalda en mi pecho y le deposité un beso en la coronilla.

—Me encanta verte así, cariño —dije abrazándola con fuerza.

—Soy feliz, por fin puedo ver a mi hijo soplar sus velas —me dijo con un brillo especial en los ojos.

—A partir de ahora celebrarás todos y cada uno de ellos junto a él. —La giré para darle un pequeño beso en los labios.

—Puaj, ¡qué asco! —Escuchamos que decía Álvaro al pasar por nuestro lado y tanto a ella como a mí, se nos escapó una leve risilla.

—No da asco, tonto, ellos se quieren y el amor los adultos lo demuestran con besos —contestó Alejandra.

—Pues entonces yo no voy a crecer nunca.

Mi hija lo miró con los ojos como platos y se giró para verlo de frente cruzando los brazos en su pecho, volvió a girar su cara hacia Lucía.

—Lucía, tú sabes que no tienes un hijo muy listo, ¿verdad?

—Alejandra, eso no se dice —la reñí con el ceño fruncido y poniéndome serio, porque había cosas que no permitiría nunca.

—Papi, es que dice que no quiere crecer y hoy cumple un año más, eso es de personas poco inteligentes.

Mi hija soltaba lo que se le cruzaba por la cabeza, ella no tenía maldad en su pequeño cuerpo, pero filtro al hablar tenía mucho menos.

—Yo no soy tonto, tú sí que lo eres y, además, fea —le dijo para después sacarle la lengua y hacerle una burla.

—Vale ya los dos, que os gusta liarla por tonterías, a veces sois como Zipi y Zape. —Les intentó regañar Lucía, pero sin mucho éxito, porque se le escapo la risa, como solía ocurrir.

—Álvaro, cuando beso a tu madre, es para demostrarle que la quiero.

—Pues demuéstraselo regalándole flores, pero no con un beso.

—Álvaro, ven aquí que te voy a dar yo un besito —le dijo mi hija sacando morros.

—Nooo, quita. —Y salió corriendo para huir de ella.

Miré a Lucía y rompimos los dos en grandes carcajadas, con estos dos no nos aburríamos, de eso estaba completamente seguro.

—Como sea igual de mayor, esa niña va a tener un peligro… —comentó Lucía.

—Por lo de que no tiene filtro al hablar, ¿verdad? —Arqueé la ceja.

—Sí, precisamente por eso. —Rio.

—¡Abueloooo! Aleja a esa niña de mí, que me quiere dar un beso. —Le escuchamos decir desde lejos.

Me puse con mi chica a terminar de arreglar la decoración para continuar sacando algunos platos al jardín, ya que comeríamos ahí.

Todos estábamos colaborando, nos habíamos convertido en una gran familia.

—Ya ha venido un pajarito a coger pan —dijo Raquel desde la cocina, y todos sabíamos quién era ese pajarito.

—¿Otro pájaro que entra a robar? Papi, vamos a tener que poner alarma en la casa.

—O a ti, para que no lo cojas. —Reí.

—Yo no he sido.

—Hija, que nos conocemos. —Arqueé la ceja y ella, que no podía mentir sin reír, sonrió de ese modo tan pillo suyo mientras me miraba de reojo.

Un poco antes de que nos sentáramos a comer, el padre y el tío de Lucía se acercaron donde yo estaba sentado y se colocaron cada uno a mi lado, uff, a saber, qué me dirían estos dos.

—Dylan, solo queríamos darte las gracias por todo lo que has hecho por mi hija y por mi nieto —dijo Antonio dándome un apretón en la pierna.

—Sí, hijo, sin ti, mi sobrina no sería tan feliz, te estamos muy agradecidos —murmuró Fernando con asentamiento de cabeza.

—No tenéis que darme las gracias, haría cualquier cosa por Lucía y ayudarla a recuperar a su hijo es lo mejor que he hecho en mi vida.

—Ojalá mi mujer estuviera aquí para verlos —comentó pensativo mientras su mirada quedaba fija en Lucía y el niño, al igual que la de Fernando y la mía.

Se fueron acercando los demás y tomando asiento alrededor de la mesa. Los canapés que habían preparado tenían una pinta espectacular, eran mini pequeñas tostaditas muy variadas.

También pusimos unos platos de jamón de bellota y un queso curado que quitaba el sentido,

todo eso lo acompañamos los adultos con un vino de Ribera del Duero, y para los niños había zumo.

Los entrantes se nos acabaron en un suspiro, entre charlas y risas, pero todo el protagonismo estaba puesto sobre los pequeños.

A mi hija le gustaba llamar la atención y tener la voz cantante, pero me daba cuenta de que a Álvaro también le pasaba lo mismo, vamos, eran tal para cual.

Poco después de terminar con los entrantes, nos levantamos todos, incluidos los niños, y fuimos llevando los platos vacíos a la cocina y trayéndonos los cubiertos y demás cosas para comer el plato principal.

Mi madre quiso preparar una paella de marisco, que, por cierto, a ella le salía buenísima y no era amor de hijo, todo el mundo que la probaba se quedaba encantado con su paella.

Y esta vez no iba a ser menos, fue probarla y casi hace que se me salten las lágrimas de lo buena que estaba, los niños hasta repitieron, con eso lo digo todo.

—Julia, me tienes que dar la receta, porque esta paella esta de muerte —dijo el padre de Lucía.

—Faltaría más, cuenta con ello, Antonio —le contestó mi madre con una sonrisa.

Después de terminar de comer nos quedamos un rato alrededor de la mesa hablando un rato los adultos, ya que los niños se levantaron y empezaron a corretear por toda la casa de nuevo.

Tan metidos estaban en sus juegos que nos hicieron levantarnos y ponernos a todos a juguetear con ellos al escondite, hasta los abuelos participaron, vamos un auténtico *show*.

Pero que tontos no eran los niños, demasiado listos diría yo que eran, porque se las arreglaron para que fuese a mí a quien me tocase contar.

—Dylan, tienes que contar por los menos hasta cien, porque tu casa es muy grande y si cuentas menos no nos da tiempo a escondernos —dijo Álvaro.

—Hasta cien no, que sois los dos muy pillos y sois capaces de llegar al pueblo de al lado —contesté negando con la cabeza—, venga, cuento hasta cincuenta.

Comencé a contar y cuando llegue al cincuenta dije la típica frase: «*quien no se haya escondido tiempo ha perdido*», los niños serían difíciles de encontrar porque eran pequeños y cabían en cualquier sito.

Al primero que vi fue a mi padre, la verdad es que no se molestó mucho en esconderse, estaba

en una esquina de la casa y los zapatos se le veían.

—Papá, la próxima vez échale un poco más de imaginación —le dije riendo.

—Hijo, que yo ya no estoy para estos juegos, pero cualquiera le dice que no a esos dos niños —contestó negando con la cabeza a la vez que reía.

Después encontré a mi suegro, posteriormente a mi madre y después al tío de Lucía. Los siguientes fueron Raquel y Fran, que se habían quedado detrás de un árbol y los sorprendí besándose.

A los niños y Lucía no los veía por ninguna parte, hasta que cansado de buscar me dio por mirar en el canapé de mi cama y allí estaba la loca de Lucía.

—Cariño, menos mal que me has encontrado, ya me veía aquí para siempre, después de meterme me di cuenta de que no podía abrirlo desde dentro.

Más no podía reírme, si los niños tenían su punto de locura, esta mujer estaba como una auténtica cabra.

—Vida, a quién se le ocurre meterse ahí dentro —le dije sin parar de reír.

—Uff, ya creía que me encontrarías dentro de unos años más tiesa que una momia —relató limpiándose el sudor que se le había acumulado en la frente.

A los niños no había manera de encontrarlos, tanto era así, que nos pusimos todos a buscarlos y no dábamos con ellos.

Hasta que nos dimos por vencidos y nos pusimos a gritar que íbamos a cortar la tarta sin ellos y nos la comeríamos toda, así fue como salieron de sus escondites bien rápido al escucharnos decir aquello.

Por más que les preguntamos dónde se habían escondido, no había manera de que nos dijeran nada, decían que, ya que no los habíamos encontrado, ese sería su escondite para cuando lo necesitaran.

Llevamos la tarta al jardín y nos pusimos a cantar el típico «cumpleaños feliz», mientras el pequeño sonreía mirando hacia las velas, y después de que Álvaro las soplara, Lucía se puso a cortarla y repartirla para todos.

La tarta tenía una pinta buenísima, por dentro dos capas de bizcocho y entre capa y capa tenía una de mousse de turrón que quitaba el sentido y por fuera era de nata y otra fina capa de la misma mousse del interior.

Cuando menos nos lo esperábamos, vimos a los niños embardunados de tarta, y es que, por lo visto, mi hija cogió la tarta de su plato y se la restregó a Álvaro por toda la cara y él no se quedó atrás e hizo lo mismo con ella.

—Eso te pasa por no dejarme soplar las velas contigo. —Escuchamos decir a mi hija.

—Y a ti te pasa por mala y fea, que eres muy fea. —Esta vez el que contesto fue Álvaro.

Los adultos íbamos girando la cabeza de uno al otro, pero que los dejaríamos que se arreglaran ellos solos, total, o se querrían al final con locura o se matarían vivos.

—Yo seré fea, pero tú eres un niño tonto —le dijo sacándole la lengua.

Al final arreglaron sus problemas y terminaron con un abrazo y los adultos riéndonos al verlos, lo que había dicho varias veces, con estos dos niños no nos íbamos a aburrir nunca.

Álvaro se emocionó con todos los regalos que le habíamos comprado cada uno de nosotros: coches teledirigidos, animales de juguete, ropa, zapatillas deportivas y algunas cosas más.

La tarde transcurrió sin ningún percance más por parte de los niños. Ya tarde, los abuelos se fueron retirando cada uno a su casa, así como Raquel y Fran a quienes mi hija les había dicho que eran sus tíos favoritos, y nosotros decidimos pedir unas *pizzas* para cenar todos sentados en el suelo del salón viendo películas de dibujos que los niños iban eligiendo.

Lucía estaba acurrucada a mi lado y seguía con la sonrisa más bonita que había visto en mi vida, esta mujer no se podía imaginar todo lo que la quería, se había convertido en mi mundo y razón de vivir.

—Vida, te quiero, no lo olvides nunca —murmuré y después le di un beso en los labios.

—Yo también te quiero, cariño y gracias por todo lo que has hecho por mí y por mi hijo. —Estaba emocionada.

Los niños se quedaron dormidos y los llevamos cada uno a su cama. Después, nos metimos nosotros en la nuestra, ya que estábamos cansados puesto que el día había sido algo ajetreado, y mañana seria otro día.

Capítulo 34



Lucía

Esa tarde los niños y yo dejamos a Dylan en casa para salir con Raquel, pues hacía días que su tía favorita, como se habría proclamado a sí misma, quería verlos, y aprovechamos que era su día libre para quedar.

—Lucía, ¿vamos a ir a comer hamburguesas o *pizza*? —preguntó Alejandra mientras conducía hasta el centro comercial, donde había quedado con ella.

—¿Qué os apetece más?

—*Pizzas* —respondieron al unísono.

—Pues entonces, *pizzas* serán. —Reí.

Aparcamos y, tras bajar del coche, Alejandra me dio la mano. Álvaro era mayor y un poco más independiente en ese sentido, pero no se alejaba de mí o de Dylan cuando salíamos.

Subimos por las escaleras mecánicas hasta la primera planta y fuimos hacia la tienda de ropa donde Raquel dijo que nos esperaba, en unos días era el cumpleaños de Fran y le iba a comprar el regalo.

—¡¡Raquel!! —gritó Alejandra al verla esperando en la puerta con una bolsa en la mano, y salió corriendo en cuanto mi amiga sonrió abriendo los brazos.

—Ay, que me como a mi princesa —dijo cogiéndola y empezó a darle besos en la mejilla.

—Para, para, que me vas a desgastar la cara. —Reía ella.

—No hija, eso casi lo hacemos el día que te maquillaste como el payaso de McDonald's —le recordó Raquel mientras la dejaba en el suelo—. Hola, cariño. —Me dio un abrazo y un beso—.

Álvaro, tú has crecido desde tu cumpleaños.

—Solo han pasado cinco días —contestó mi hijo con una sonrisa y negando.

—Pues te veo más alto, será que yo estoy empezando a encoger.

—Hala, como Alicia en el País de las Maravillas —dijo Alejandra.

—Igual, igual. —Reí—. ¿Ya tienes el regalo?

—Solo una parte, le he comprado una chaqueta de cuero que quería. Ahora voy a buscar un reloj, pero necesito que me ayudes.

—¿Nosotros también podemos ayudar? —preguntó Alejandra.

—Claro que sí, preciosa.

Fuimos hacia una de las joyerías y echamos un vistazo a los relojes que había en el escaparate. A Raquel le gustó uno con aire deportivo y que, con la chaqueta de cuero, así como con cualquier otra prenda, le combinaría bien.

—¿Qué dicen los expertos? —preguntó Raquel mirando a los niños, que estaban en un lado del escaparate mirando.

—Es muy chulo —contestó Alejandra.

—Sí, a Fran le va a gustar ese —dijo Álvaro.

—Pues no se diga más, ese le regalo.

Entramos y mientras ella pedía el reloj, vi que los niños iban cada uno a una vitrina. Mientras que Álvaro miraba unos relojes para niños, Alejandra estaba mirando los pendientes.

Me acerqué a mi hijo y apoyé la mano en su hombro.

—¿Cuál te gusta, cariño? —le pregunté.

—Solo estoy mirando, mamá —sonrió.

—A mí no me puedes mentir, lo sabes, ¿verdad? No habré estado contigo viéndote crecer, pero sé cuándo ves algo que te gusta.

—¿Y por qué lo sabes? —preguntó frunciendo el ceño del mismo modo que lo hacía su padre.

—Porque te brillan los ojos como tu abuelo dice que me han brillado siempre a mí cuando veía algo que me gustaba —sonreí—. Venga, dime cuál te gusta.

—Pero ¿le vas a comprar algo también a Lucía? Si no le vas a comprar nada a ella, no quiero que me compres nada a mí.

Sonreí aún más al escucharle porque, aunque no eran hermanos y a veces tenían tus riñas y peleíllas como cualquier otro niño, en el fondo se querían mucho y él era así, al igual que Alejandra, que si comprábamos algo para ella quería que también le compráramos algo a Álvaro.

—Ahora iré a ver qué pendientes le han gustado.

—Me gusta ese —señaló uno azul con la correa de cuerda y la esfera en blanco y azul.

Llamé a una de las dependientas y se lo pedí, lo sacó para enseñárselo y que se lo probara a ver si le gustaba puesto, y me di cuenta de que Alejandra estaba ahí sonriendo.

—Te queda muy bien, Álvaro —le dijo.

—¿De verdad te gusta? —preguntó él mirándola.

—Sí, es muy chulo para ti. Es como el color de tus ojos, casi.

Él sonrió, se lo dio a la dependienta para que lo guardara en la caja y fui con la niña a la vitrina de los pendientes.

—¿A ti cuáles te han gustado?

—¿Me vas a comprar unos? —preguntó mirándome con los ojos muy abiertos.

—Sí.

—Esos, esos que son dos conejitos. —Señaló unos preciosos de plata con forma de conejo sentado que tenía un cristalito de color azul por ojo.

Se los pedí a la misma dependienta y los guardó en una caja de lo más bonita, súper bien colocado.

Cuando terminamos esas compras pasamos por delante de una tienda de ropa de niños y entramos porque a los niños les hacían falta algunas cosas para el cole.

Después de las compras, fuimos a la pizzería y pedimos dos familiares, una barbacoa y otra de jamón y queso.

Los niños disfrutaban de lo lindo comiendo la *pizza* para la merienda, pero es que un día era un día, y para cenar se iban a tomar solo un vaso de leche con cacao.

Y como después de lo salado a todos nos apetecía algo dulce, nos sentamos en una de las cafeterías para tomarnos un café nosotras y un batido ellos, con unos mini gofres que estaban buenísimos.

En cuanto acabaron, los niños se fueron a los cochecitos que había al lado y que nosotras podíamos ver desde donde estábamos. Así que aprovechamos para pedirnos otro par de cafés y charlar tranquilas.

—¿Todo bien en casa con el niño? —preguntó Raquel.

—Sí, se ha adaptado de maravilla, bueno, ya lo viste en su cumpleaños.

—Sí que lo vi, sí —sonrió—. Y con Dylan tiene una conexión muy buena también.

—Y no sabes cómo me alegro de eso, en serio, me daba miedo que no congeniaran.

—¿Qué dice su padre?

—Hablan una vez a la semana, y conmigo también pide hablar a veces, solo para preguntarme si el niño va bien en el colegio, y en casa.

—¿Y la bruja?

—No pregunto por ella, no quiero saber nada. Pero sé que sigo siendo esa zorra cazafortunas a sus ojos.

—Que le den, a Antoñita la fantástica y las películas que se montó siempre, anda que no es mala persona ella, no sé ni cómo le dieron la oportunidad de ser madre, esa mujer lleva veneno en la sangre.

—El niño no tuvo amor en esa casa, Raquel, es la pena que tengo. Mi madre se murió sin poder conocerlo, sin poder darle el amor que merecía, y quien sí tuvo la oportunidad de dárselo, no lo hizo. Ni siquiera su abuelo le dio un poco, y ya ves a mi padre y a mi tío Fernando.

—Se desviven por él, y todo lo que han ido comprando estos meses.

—Regalos de cumpleaños y Reyes atrasados. —Reí.

—Qué grandes son Antonio y Fernando.

—Y tú, jodida, que no veas cómo mimas a los dos niños.

—Soy su tía favorita, porque otra no tienen, ¿quién mejor que yo para mimarlos?

—¿Qué tal con Fran? —pregunté cogiendo mi café para darle un sorbo.

—Me ha pedido que me vaya a vivir con él —sonrió.

—¿En serio?

—Sí, dice que es una tontería que andemos yendo a casa de uno u otro, pudiendo estar en la misma. Así que este fin de semana empezamos la mudanza.

—Así que al final te vas a poder comer el churro todos los días. —Reí.

—¡Yo también quiero churros, Lucía! —gritó Alejandra acercándose en ese momento, y Raquel y yo acabamos soltando por la boca el sorbo de café que acabábamos de dar.

—Madre mía, pronto empieza. —Rio Raquel.

—¿Es pronto para churros? —Frunció el ceño—. Yo pensaba que se podían tomar también de merienda.

—Ay, mi madre, que la estamos liando más.

—Hija, los churros se pueden tomar de desayuno, de merienda y hasta después de la cena —contestó Raquel.

—Pues quiero churros con el cacao de esta noche, Lucía.

—Claro que sí, hija, para que después de todo lo que estás comiendo, te duela la barriga.

—Mañana le pedimos a Dylan que nos traiga para merendar, ¿verdad mamá? —dijo Álvaro, que se notaba que era el mayor de los dos y me ayudaba muchas veces para convencer a la chiquitilla.

—Sí, sí, mejor para mañana de merienda y haces chocolate, ¿vale, Lucía?

—Lo que mis niños quieran, faltaría más —contesté sonriendo y ambos me abrazaron.

Sí, cuando mis niños me daban esos abrazos a la vez, yo me sentía feliz y completa.

Capítulo 35



Dylan

—No me lo creo. —Soltó el aire cuando dejamos a los niños en casa de su tío, con este y su padre— Me han vuelto loca estos dos últimos días —dijo provocándome una sonrisa.

Eran apenas las diez de la mañana y habíamos dejado allí a los niños hasta el día siguiente, ya que nos íbamos a un hotel de la Sierra a pasar el día y la noche a solas. Una escapada rápida que nos serviría para quitarnos el estrés de los dos *guerrerillos*.

Lucía ya no era la misma que conocí y ahora se entregaba a mí en cuerpo y alma, sin miedo y sin esas barreras que ella nos ponía por la historia que llevaba atrás.

La amaba como jamás había amado a nadie, y eso que pensé que nunca sería posible, pero ella era todo aquello que necesitaba para ser plenamente feliz.

Paramos por el camino en un bar de carretera para tomar un café, no había prisas y ahora solo estábamos los dos sin tener los ojos puestos en esos diablillos tan adorables que eran nuestros hijos.

—Los amo, pero qué bien se está un ratito sin estrés —murmuró dejándose caer en el respaldo de la silla cuando nos trajeron las tazas. Nos habíamos sentado en la terraza.

—Sí, así es. —Me reí mirando lo preciosa que estaba—. Disfruta del día, mi vida. Ya mañana volvemos a la guerra con las pilas cargadas. —Estiré mi mano y le acaricié la mejilla.

—¿Sabes que eres mi ángel, mi héroe, el hombre de mi vida y la persona más buena que he conocido jamás?

—Pues en fin de año me dijiste que todos somos iguales, y eso se me quedó grabado en el corazón. —La miré de lado y a ella se le escapó una sonrisilla.

—Estaba con dos copas de más y en contra del mundo, pero gracias a Dios en la vida hay personas buenas y honestas, y tú eres una de ellas. Tengo mucha suerte de que la vida te haya puesto en mi camino, Dylan. No tendré años para pagarte todo lo que has hecho por mí.

—Ya verás como sí, porque me pienso cobrar todo. —Le hice un guiño.

—¿En carne?

—Por ejemplo —sonreí y volví a acariciarle la mejilla—. Te amo mucho, enana, demasiado; y con poder disfrutar de la vida a tu lado para mí ya es el mayor regalo que me puedes hacer.

—No me hagas llorar aquí.

—No, no, aquí no. —Carraspeé.

—Me pones cachonda en todos los lados, Dylan —soltó, causándome una carcajada.

—Si quieres… —Le metí la mano por debajo de la mesa y la llevé a su entrepierna.

—¡Descarado! —Me la quitó—. Que estamos a la vista de todo el mundo.

—Pues que se unan y disfrutamos de una orgía.

—No, no, que yo a ti no te comparto con nadie. Por cierto, le tengo muchos celos a tu secretaria, te habla muy melosa —dijo, y es que me había escuchado hablar con ella por el manos libres.

—Por favor, por ahí no, jamás me ha faltado el respeto, es muy bromista, pero es respetuosa. Y yo también lo soy, y no por eso jamás pensé en nada que te lo pudiera faltar.

—Lo sé, pero me pone celosa.

—¿Quieres que la despida? —pregunté bromeando porque no se lo merecía ni lo haría.

—No, no. —Me hizo una burla—. Solo quería que supieras que me provoca celos.

—Yo haré para que eso no vuelva a pasar.

—¿Ya no pondrás más el móvil en manos libres? ¿Así lo solucionarás? —Me hizo una burla.

—No, así no. —Carraspeé—. Compraré unos cascos para que siempre los lleves puestos.

—¡Gilipollas! —se echó a reír.

La entendía y me ponía en su lugar. Bien era cierto que con Estefanía tenía mucha confianza, pero de ahí a pensar en algo más, no entraba en mi cabeza. Amaba tanto a Lucía que no me perdonaría a mí mismo hacerle jamás daño.

Después de un rato más de coche, por fin conseguimos llegar a nuestro hospedaje en la sierra. Un alojamiento rural que era tan bonito que solo los jardines te hacían sentir en otra época, por no hablar de la paz que este lugar daba.

Nos atendieron rápidamente, y nos acompañaron a nuestra *suite*. Lucía miraba feliz a todos lados, mientras yo descorchaba una botella de vino.

—Si de aquí me voy con menos de seis orgasmos, te juro que te nombro el impotente del año —dijo cogiendo la copa.

—Pero si sabes que yo tengo más aguante que tú, que siempre pides un descanso. —Carraspeé.

—Te vas a cagar hoy, quiero dosis de pasión a cada hora.

—Si quieres empezamos ya. Te puedo poner mirando a la Sierra —señalé al balcón—, bajo agua —señalé al *jacuzzi*—, a cuatro —señalé a la cama—, o contra la pared…

—En ese orden, quiero todo en ese orden —dijo riendo y chocando su copa contra la mía.

—Así me gusta, con ganas. —Le mordisqueé el labio.

—Y un masaje de esos que me das…

—No lo pensaba pasar por alto. —Mordisqueé el lóbulo de su oreja—. ¿Qué aroma prefieres, vainilla o coco?

—Los dos, los dos, hoy estoy muy viciosilla. —Me devolvió el mordisco y noté cómo mi miembro se venía arriba.

—Me pone como una moto que estés así. —Le quité la copa de la mano y la puse sobre la mesa—. Creo que te va sobrando ropa —dije levantando su camiseta a la vez para sacársela por la cabeza.

—Y el pantalón también —murmuró quitándoselo y dejándolo caer a sus pies en el suelo.

Me deshice de mi ropa y la pegué a mí después de quitarle el sujetador. Solo nos quedamos con la misma ropa interior y por poco tiempo.

Me senté en el sofá y ella se sentó a horcajadas sobre mí. Comenzó a moverse mientras

nuestras lenguas se entrelazaban y nuestras manos se iban buscando por cada recodo de la piel del otro.

—Uno rápido y luego el masaje —me pidió jadeante y la ayudé a quitarse las bragas y yo hice lo mismo con el bóxer.

Le acaricié el clítoris lentamente con el dedo pulgar, mientras con mi otra mano estimulaba su pecho y con la boca le mordisqueaba sus labios. No dejaba de jadear y a mí eso me ponía como loco, me excitaba muchísimo.

La penetré antes de llevarla al clímax para que sintiera el placer más fuerte, y, cuando llegó al orgasmo, su respiración se volvió frenética. Sin darle tiempo a recuperarse, me levanté con mi miembro todavía dentro de ella y la coloqué sobre la cama, comenzando a realizar movimientos rápidos y profundos que la hicieron estallar en gritos de pura locura.

Caí laxo sobre ella rápidamente, y es que este había sido el principio de muchos de los momentos que nos esperaban ese día en el que no saldríamos de la habitación más que a la terraza para disfrutar de las hermosas vistas.

Fuimos al aseo a lavarnos y nos pusimos cómodos; ella con un pantalón corto de algodón en tono rosa palo y una camiseta blanca de manga corta; yo igual, pero con el pantalón en color azul marino.

Disfrutamos del vino en la terraza, donde había una mesa con unos sillones de lo más cómodos. El día estaba precioso, era una mañana primaveral de las que parecían que estábamos en pleno verano.

—Qué bonita es la vida junto a ti, Dylan —dijo acariciando mi mano.

—¿Cómo de bonita?

—Como de película, a veces pienso que esto no es real y que no me merezco tanto.

—No vuelvas a decir eso. Tú eres el complemento que yo necesitaba en mi vida para ser plenamente feliz. ¿Te parece poco?

—No, no me parece, Dylan, me parece poquísimo. —Se rio—. Me has salvado la vida, esa que estaba muerta y sin rumbo, me has dado lo más importante que otro me quitó, y no solo me quieres a mí, sino que a él lo amas con todo tu corazón. ¿Cómo pagar tanto?

—Ya te lo dije, en carne. —Le hice un guiño y se le escapó su preciosa sonrisilla—. Realmente te estoy vacilando. Necesito que me hagas un favor.

—Pídeme que me alíe con el diablo y lo haré —murmuró acercando su cara hacia mí y me dio

un beso.

—Cásate conmigo. —Saqué de mi bolsillo el anillo que traía de sorpresa.

—Dylan. —Se llevó las manos a la boca y vi cómo le empezaban a caer las lágrimas por las mejillas.

—Creo que así tendrías saldada tu deuda conmigo —bromeé con un nudo en la garganta al ver la emoción que ella tenía en su rostro.

—Esto hará que mi deuda sea infinitamente mayor. ¿De verdad que te quieres casar conmigo?

—Desde que te conocí, sabía que eras la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida, Lucía, mi vida, que no se te olvide que eres el amor de mi vida —dije sonriendo y emocionado mientras acariciaba su mejilla.

—No me lo merezco, pero desde luego que no voy a perder la oportunidad de convertirme en la mujer del hombre más *buenorro* del mundo —murmuró entre lágrimas y se echó a mis labios.

Después de un intenso beso lleno de lágrimas de emoción, le puse el anillo en el dedo.

—Te mereces todo lo bonito que te pueda pasar en la vida, mi amor, pero yo también me lo merezco y resulta que mi felicidad está en ti, así que déjate de creer inferior a nadie y menos por el dinero, eso es un método que tienen muchos pobres para sentirse ricos. El dinero no da la felicidad, lo da personas como tú que hacen vibrar a corazones que quedaron tocados.

—Tú no puedes ser de verdad Dylan, no puedes ser tan perfecto. En algún lado tiene que estar el truco, pero no puede ser verdad que seas todo lo que una mujer pueda desear y no tengas ningún defecto.

—Es con el amor con el que me miras el que hace que no los tenga. —Le acaricié la mejilla y pegamos nuestras frentes mientras seguíamos llorando de la emoción.

Deseaba que ella se convirtiera en mi mujer, que tuviera la vida más bonita junto a mí y, que, entre los dos, pudiésemos ver crecer a nuestros hijos en familia, en esa que habíamos empezado a construir desde el amor que nos unía.

Capítulo 36



Dylan

En esos momentos estaba de los nervios, y no era para menos, ya que por fin me iba a casar con Lucía. Ella se había convertido en el centro de mi mundo junto a mis hijos, y no podía dejar de pensar en lo afortunado que era. Sí, mis hijos, porque a Álvaro también lo consideraba mío.

Estaba terminado de abotonarme la camisa cuando la puerta de abrió de par en par para dar paso a mi pequeña.

Más bonita no podía estar, mi madre fue la encargada de vestirla y peinarla, la había dejado preciosa. Llevaba puesto un vestido blanco de tirantes anchos con el cuello redondo y la falda llegaba por debajo de las rodillas, en la cintura tenía puesto un lazo en color verde agua muy clarito.

El pelo se lo había recogido en media coleta y el resto suelto, haciendo pequeñas ondas para darle un poco de volumen, en la parte recogida le habían puesto un pequeño pasador con piedrecitas blancas y verdes claritas como el lazo del vestido.

—Papi, ¿has terminado? Que tienes que estar en el altar antes que la novia, y con lo lento que eres, seguro que llega ella antes que tú.

—Hija, vamos bien de tiempo, así que no te preocupes —le dije agachándome para darle un beso en la mejilla— además, ya estamos aquí.

Y sí, ya estábamos donde nos casaríamos y celebraríamos posteriormente el banquete, habíamos decidido hacer la boda en uno de los mejores hoteles de nuestra ciudad, no pensaba escatimar en gastos en un día tan importante, el dinero no era un problema para mí.

Me estaba arreglando en la habitación de Fernando, porque era la que iba a estar más tranquila de todas. Lucía se estaba arreglando en nuestra *suite* junto con su gran amiga Raquel, esa chica que siempre había estado junto a ella en todo momento.

Mis padres ocupaban otra habitación y mi suegro otra en la que se quedaría esa noche con los niños y su hermano.

Todas las habitaciones corrían de mi cuenta y, por supuesto, también la de Raquel con su novio Fran. Este último tenía el cielo ganado, porque su pareja estaba más que loca, menos mal que aún era medio controlable.

Estaba terminando de ponerme la chaqueta, cuando mi madre entró en mi habitación.

—Hijo, qué guapo estás —dijo mientras se acercaba para darme un abrazo.

—Tú sí que estás guapa, mamá —le contesté dándole un beso en la frente—. ¿Sabes si Lucía está lista ya?

—Está casi terminando, así que nosotros tenemos que salir inmediatamente.

—Pues vamos, estoy deseando verla —murmuré con una sonrisa.

—Ella es la mujer perfecta para ti, cariño, y os deseo toda la felicidad del mundo. Tanto tú, como ella, habéis pasado vuestro propio calvario —hablaba mientras me tenía las manos cogidas y me miraba a los ojos—. Y ahora os toca vivir y disfrutar de esto tan bonito que habéis construido.

Se le escaparon algunas lágrimas, sabía perfectamente que mi felicidad era la suya y el verme con esta dicha tan grande, se sentía inmensamente feliz.

—No llores que te va a correr todo el maquillaje. —Le retiré algunas lágrimas con los pulgares de mis manos.

—Son lágrimas de felicidad, cariño.

—Lo sé, pero, aun así, no me gusta verte derramarlas, ya hemos llorado todos mucho y ahora nos toca reír. Venga, vamos, que al final va a llegar al altar Lucía antes que yo, y luego no habrá Dios que la aguante.

Cuando bajamos y nos fuimos a esperar a mi chica al altar, me giré y eché un vistazo a todo.

Los del hotel se lo habían currado bastante bien, estaba todo decorado con un gusto exquisito.

Los invitados estaban de pie delante de sus respectivos asientos, había sillas en dos lados dejando un pasillo por el que caminaría mi futura mujer junto a su padre.

En las primeras filas de los asientos estarían la familia directa y en los siguientes los amigos más cercanos y los demás invitados cada uno se sentaría como quisiera.

Podía ver que Lucas ya estaba sentado junto a su mujer; al igual que Luis y Pedro con sus respectivas mujeres; Fran y Raquel acababan de llegar y tomar asiento, por lo que eso significaba que mi chica estaba a punto de entrar.

Empezaron a sonar los primeros acordes de Ed Sheeran con su famosa canción *Perfect,* y es que esta canción era muy especial para nosotros, ya que la habíamos tomado como nuestra y la bailábamos abrazados cada vez que teníamos un momento romántico entre nosotros.

Cuando vi aparecer a mis niños agarrados de la mano andando delante de Lucía y su padre, empezaron a caérseme las lágrimas, estaba tan emocionado que no lo podía evitar.

Lucía iba preciosa, llevaba puesto un vestido con escote cuello barco del que salían dos tirantes anchos que caían sobre sus hombros.

El vestido era de un encaje súper fino y elegante, sin transparencias porque tenía una tela debajo, iba ceñido hasta la cintura y de ahí caía en una falda con un poco de volumen, pero para nada exagerada, terminaba en una cola no demasiado larga y le había aportado un poco de color colocando en su cintura un lazo igual que el de mi hija.

Llevaba un maquillaje muy sutil y elegante. El pelo lo llevaba suelto marcado con unas ondas y como adorno para el pelo había escogido una pasada de pequeños cristales mezclados entre ellos, unos en verde del color del lazo y otros blancos, simplemente estaba espectacular. Terminó de llegar junto a mí y le agarré la mano, esa que desde hoy no se la soltaría nunca más.

—No creo que haya en este mundo una mujer más bonita que tú, te quiero Lucía —le dije emocionado.

—Pienso lo mismo de ti, te quiero Dylan, ya no podría vivir sin ti.

La ceremonia fue perfecta, cuando llegó el momento de los votos, me giré hacia ella, le cogí las dos manos y tragué el nudo de emociones que tenía atascado en la garganta, para poder decirle todo lo que sentía en esos momentos.

—Llegaste a mi vida como un huracán, arrasándolo todo a tu paso, lo que no sabías es que cuando te vi al entrar ya me habías enamorado, porque eres una luz que me iluminó en el momento menos esperado, con tus sonrisas y tus puntos de locura, pero lo más importante con ese corazón tan inmenso que tienes, siempre dispuesta a dar amor a todo el que lo necesitara. —En este punto estábamos los dos llorando a mares.

»Te prometo que, desde este mismo instante, jamás soltaré tus manos y que en momentos de debilidad aquí tendrás mis hombros en los que te podrás apoyar. Desde hoy y para siempre, me tendrás en las buenas y en las malas reconfortándote, porque te has convertido en mi vida y mi razón de vivir, sin ti y mis hijos ya no sería nada. Te entrego mi corazón para toda la vida, te amo Lucía.

—Yo te prometo que también estaré en las buenas y en las malas, en la pobreza y en la riqueza. También te prometo que esa riqueza irá disminuyendo conforme me la vaya gastando. —Los invitados estallaron en risas al escucharla—. Es broma, ya sabéis cómo soy, si no suelto una de las mías no soy yo —dijo dirigiéndose a los invitados.

»Ahora en serio. Dylan, desde que te cruzaste en mi camino, mi vida ha dado un giro increíble; realmente siento que por fin estoy viviendo. Eres el gran amor que siempre soñé y te prometo que estaré contigo en cada paso que des, apoyándote en todo lo que necesites. Te quiero muchísimo, mi amor, y no puedo dejar de agradecerte todo lo que has hecho por mí.

Todo el mundo estaba emocionado al terminar nuestros votos, la ceremonia culminó con un beso con el que sellamos nuestro amor.

Cuando terminó, todo el mundo se fue acercando a felicitarnos, dándonos besos y abrazos por parte de todos.

Pasamos a la recepción que estaba dispuesta para servirse en unas mesas altas colocadas en la otra parte del jardín, donde los camareros iban pasando las bandejas llenas de pequeños canapés y bebidas.

De fondo, se escuchaba la música que un DJ que era el encargado de amenizar la fiesta. Los invitados hablaban unos con otros entre risas y bailes.

El resto del día pasó a la velocidad de la luz, porque entre la emoción del principio y todo lo vivido, había sido un visto y no visto.

—Hora de tirar el ramo —dijo mi madre y las pocas solteras que había invitadas se colocaron en posición—. Raquel, ¿por qué no te pones?

—Porque yo soltera no estoy, que tengo novio.

—Anda la otra, la madre que la parió —resopló Lucía—. ¿Te quieres poner, que no estás casada?

—Vamos, tita Raquel —soltó mi hija cogiéndola de la mano—. Vamos a ponernos, por si nos cae el ramo a alguna.

Y yo, que me las sabía todas, entendí que mi madre, Lucía y hasta mi hija, estaban compinchadas para que Raquel se pusiera allí.

—A la una —empezaron a contar todos—, a las dos —Lucía movía el ramo despacio de arriba abajo— y a las tres.

—¡Tíralo, mami! —gritó Alejandra, y Lucía, guiándose por su voz, lanzó el ramo— ¡¡La siguiente es la tita Raquel!!

Sí, estaba claro que aquella había sido una encerrona para Raquel, pero que me daba en la nariz que estaba involucrado hasta Fran, por cómo sonreía con disimulo.

Seguimos disfrutando de la velada y en cada ocasión que tenía, besaba a mi preciosa mujer y le decía lo mucho que la quería.

Cuando todo acabó y nos fuimos a la *suite,* nos convertimos en unos auténticos salvajes en la cama, porque otra cosa no, pero momentos de esos no nos faltaban a ninguno de los dos, a fogosos no nos ganaba nadie y menos en un día como este en el que ya nos habíamos convertido en marido y mujer.

Capítulo 37



Dylan

Dejar atrás a los niños por nueve días, como que nos costaba, pero era nuestra luna de miel y también necesitábamos que fuese nuestro momento, por no hablar de despejarnos de esos dos diablillos que eran un amor, pero también daban mucho dolor de cabeza con sus constantes retos.

Estábamos a punto de aterrizar en una exclusiva isla del Caribe. Era un regalo de mis padres, pues decían que querían hacernos ese, y no otro. No dudamos en que fuese ese lugar para desconectar del mundo y vivirlo a solas.

Íbamos a una villa privada en primera línea de mar, lejos de esos grandes resorts. Tenía todas las comodidades que uno podía desear, y lo mejor de todo, es que solo tendríamos contacto con el personal de servicio y cuando lo requiriésemos. Teníamos a nuestra disposición una cala exclusiva, perfecta para relajarnos, y hasta una piscina con una barra en el interior para disfrutar de unas buenas bebidas sin tener que movernos demasiado.

Nos habían dejado unos cócteles de bienvenida en la mesa del rincón que había en el salón. Todo era diáfano menos el baño, que tenía una entrada por la villa y otra por el lado de fuera.

Lucía se quitó la ropa de inmediato y se puso uno de sus bikinis nuevos que se había comprado para el viaje, yo hice también lo mismo y me puse el bañador para meternos en la piscina, ya que eran las cuatro de la tarde y era lo que apetecía.

Cogí dos cervezas de la nevera de la piscina y las puse sobre la barra antes de dirigirme a sentarme junto a mi mujer. Qué bonito sonaba y qué feliz me sentía por ello.

Me senté en el taburete y ella se bajó para ponerse entre mis piernas.

—¿Cómo se puede convertir la vida de repente en tan perfecta después de haber vivido un tsunami?

—Se llama las curvas de la vida, y todo el mundo de algún modo tiene que pasar por algún proceso de ellas.

—Unos peores que otros —contestó ladeando la cabeza mientras yo la rodeaba por las caderas y ella apoyaba sus manos en mis brazos.

—Injusticias de las curvas de la vida.

—Te estás quedando conmigo, ¿a qué sí?

—Eres muy melodramática. —Me reí y le mordisqueé el labio.

—¡Tonto! Me estaba poniendo profunda.

—Pues eso es lo que he querido evitar. —Me reía sin dejar de besarla.

—Te la estás buscando. —Agarró mi miembro y lo apretó en sus manos.

—Quiero buscármela contigo siempre. —Le deshice el nudo de la parte alta del bikini y se lo quité para disfrutar de esos pechos que tanto me gustaban.

—Se avecina el primer polvo de la luna de miel…

—Se te olvida el favor que te hice bajo la manta en el avión —murmuré y se le escapó una carcajada.

—Los orgasmos en el aire no cuentan. —Jadeó al notar mi mano por su zona ya revoloteando.

La giré y la puse de espaldas a mí después de desnudarnos por completo. Coloqué la punta de mi miembro en la entrada de su culo y después pasé mi mano por delante para tocarle el clítoris, mientras con mi otra mano cruzada en su pecho, iba estimulando sus pezones.

No me movía, ella era la que marcaba esos empujoncitos para notar por detrás esa punta con la que se venía más arriba. Me encantaba la morbosidad que desprendía en todo momento.

Iba a estallar de placer notando mi miembro adentrándose un poco en su interior, no mucho, pero lo suficiente para que los dos estuviéramos entre jadeos que no podíamos retener.

Se corrió y se giró de inmediato para que la penetrase por delante. La senté en el taburete y aún sin reponerse, lo hice inmediatamente. Mirarla mientras lo hacíamos era la mejor visión. En su rostro se dibujaba un continuo placer que me excitaba todavía más.

—Tus hijos regados por la piscina —dijo ella viendo el líquido que se había desprendido alrededor. Me tuve que echar a reír mientras ella daba salpicadas para alejarlo de nosotros.

Cuando vi a lo lejos acercarse una barca, le dije que se pusiera el bikini, ya que venían a traernos una gran mariscada a la mesa del porche.

Dos jóvenes se acercaron sonrientes sosteniendo la gran bandeja con toda clase de exquisiteces del mar. La dejaron sobre la mesa y se marcharon después de que les di una propina.

Abrí una botella de vino blanco mientras ella hacía fotos y un vídeo a la bandeja desde todas las perspectivas. Estaba flipando con la comida que nos habían traído tan bien preparada.

Verla así, a mí me deshacía por completo. A veces pensaba que era tanta la pasión que sentía por ella que no podía haber en el mundo un amor más grande.

Después de almorzar, nos dio otro calentón y no tuvimos más remedio que tumbarnos en la cama para comernos vivos, porque eso fue exactamente lo que hicimos: devorarnos.

Luego, nos fuimos a darnos un baño con las gafas y el tubo para hacer esnórquel flotando sobre el mar, donde descubrimos ese precioso fondo marino.

Estuvimos disfrutando durante cerca de una hora antes de regresar de nuevo al porche y prepararnos un café.

Esa noche la sorprendí con una exquisita comida mexicana que encargué que nos trajeran y que también venía en una enorme bandeja a la que no le faltaba detalle. Los ojos se le pusieron como platos.

No fue con lo único que la sorprendí esos días. También alquilé un yate en el que pasamos un precioso día navegando a solas, ya que yo tenía el carné para poderlo manejar.

En ese yate quedaron muchos momentos de pasión que derrochamos en algunos de sus rincones. Con Lucía, la fogosidad estaba asegurada en cada lugar y en cada momento.

Otro día me la llevé a recorrer una isla muy turística en la que pasó todo el tiempo comprando regalos para los niños, mis padres, su padre y su tío, y cómo no, para Raquel y Fran, a los que los tenía en mente en todo momento.

El día más divertido fue el que pasamos en una fiesta caribeña en una playa de otra isla a la que nos llevaron en un bote rápido. Ese día bailamos, cantamos a todo pulmón y cogimos una ligera borrachera, por lo que terminamos en el baño del bar desfogando la tensión contenida.

Con ella me sentía más joven, más vivo, como si estuviera viviendo una segunda juventud a la que ella me había arrastrado.

El último día nos fuimos a comer a otra isla que la llamaban «la de los sueños» y vaya que si lo era. Ni en los mejores de Lucía, pudo imaginar vivir algo así tan bonito, colorido y autóctono en el que disfrutó como una niña pequeña echándose fotos en todas esas calles de colores, playas con chiringuitos igual de vivos y tiendecitas por todos lados con toda clase de productos locales, que no dudó en comprar para llevar de recuerdo.

Echábamos de menos a los niños, pero eso no nos arruinó el momento ni nos hizo sentir tristes, para nada. Teníamos muchas ganas de verlos, pero sabíamos que ellos nos estaban esperando con los brazos abiertos. Estos días de luna de miel eran solo para nosotros, y los habíamos disfrutado al máximo, convirtiéndolos en recuerdos que jamás olvidaríamos.

El amor existía y prueba de ello era el que sentíamos el uno por el otro. El deseo marcaba la intensidad de esos sentimientos, llevándonos a ambos a buscar maneras de aliviar esa tensión constante que provocábamos entre nosotros.

Regresábamos en el avión viendo todas las fotos de un viaje que quedaría para siempre en nuestra memoria por todo lo vivido. Ella estaba feliz, se sentía dichosa del momento que estábamos atravesando y eso era lo que para mí era verdaderamente importante.

Dos corazones vibrando en la misma dirección y que acababan de vivir lo que para nosotros era todo un sueño.

Epílogo



Lucía

Diez años después…

La vida pasaba casi sin darnos cuenta para todos, y para mí, esos diez años habían sido prueba de ello.

Desde que Dylan y yo nos casamos, cada día que hemos vivido juntos ha sido más especial que el anterior. Nunca ha faltado ni el amor, ni la felicidad, y, ni mucho menos las risas.

Porque sí, con los dos niños en casa esas estaban más que aseguradas, aunque también las travesuras y esas peleíllas a las que nos habíamos acostumbrado, con sus reconciliaciones posteriores.

Dylan no hacía diferencias entre su hija y el mío, para él, como también para mí, ambos eran nuestros y los queríamos y consentíamos o regañábamos de igual modo.

Los amábamos con locura y eran nuestras alegrías y tormentos a partes iguales.

Cosa que ni la madre de Alejandra ni el padre de Álvaro podían decir.

Tanto Antonella como Álvaro parecían cortados por el mismo patrón, pues esa mujer no podría postular en la vida a madre del año.

Después de que Alejandra compartiera con nosotros todas las cosas que su madre le dejaba hacer mientras estaba en Italia, así como las tonterías que decía y hacía su novio, Dylan decidió intervenir y le dio un ultimátum a Antonella durante aquella llamada. En esa conversación, le dejó las cosas bien claras, afirmando que no iba a tolerar esos comportamientos. Aunque no le cerraría la puerta a que pudiera ver a la niña, dejó claro que eso solo podría suceder en España.

Pues bien, aquel viaje que hizo la niña con cinco años fue la última vez que la famosa modelo, Antonella di Soracco, vio a su hija. Nunca más la llamó ni le cogió las llamadas que le hacía ella.

Fue como si jamás hubiera sido madre.

Al principio, mi niña estuvo llorando un montón, hasta que entendió que aquella mujer no iba a preocuparse nunca por ella como lo hacíamos su padre, su hermano Álvaro y yo. Fue en ese momento que mi hijo, al verla tan triste, le dijo que podía llamarlo hermano cuando quisiera, porque así la consideraba él.

Mi hijo la quería mucho, aunque se pincharan el uno al otro, sentía auténtica pasión por Alejandra, y que nadie le hiciera nada malo a su hermanita, porque por ella mordía.

Él también pasó lo suyo a causa de su padre, el gran Álvaro de la Torre, que en cuanto conoció a una joven y atractiva actriz en busca de fama, se quedó prendado de ella y se olvidó de que tenía un hijo al saber que ella, solo tres meses después de estar saliendo, estaba embarazada.

La bruja de su madre, de ella, no pensó lo que todos rumoreaban, que usaba a su hijo, el apellido y el buen nombre y reputación de la cadena de televisión para ascender en su carrera hacia la fama.

No, Noelia solo tenía buenas palabras para esa mujer pues había conseguido sanar el maltrecho corazón de su hijo después de que su nieto les fuera arrebatado. Porque sí, esa mujer tuvo la poca decencia de mentir a la prensa, pero claro, ahí estuvo mi marido para contar la verdad, porque esa mujer se la había buscado y su hijo había dado de lado al niño.

La primera vez que mi hijo llamó papá a Dylan tenía ya diez años, y lo dijo de una manera tan natural que nos quedamos los dos sorprendidos al escucharle, pero como él estaba mirando su cuaderno de deberes, no le dimos más importancia pensando que había sido un descuido.

Pero por supuesto que no lo fue, porque desde ese instante, Álvaro no tuvo más padre que Dylan

La sorpresa nos la dieron precisamente nuestros respectivos ex cuando nos hicieron llegar, de manera voluntaria, un papel en el que nos autorizaban, si así lo queríamos, a que los niños llevaran nuestros apellidos.

Yo sabía que por parte de Antonella era por odio hacia mí, porque en alguna ocasión Alejandra me dijo que yo a su mamá no le caía bien, pero no me importaba, aunque la niña me defendía diciéndole que era buena con ella.

Y en lo que a la bruja de la familia de la Torre se refería, lo hizo para que yo no pudiera tener nunca la posibilidad de meter mano en la cadena de televisión, cosa que a mí en realidad me la traía sin cuidado, puesto que nunca quise hacer tal cosa.

Cuando les preguntamos a ellos si les gustaría ser hermanos legalmente, compartiendo los mismos apellidos, ambos se miraron y con una sonrisa empezaron a asentir.

Álvaro tenía once años y Alejandra siete, y ese día nos pidieron una tarta para celebrar que eran hermanos de verdad, y lo serían siempre.

Solo unos meses después, y tras esos años casados, nos enteramos de que estábamos esperando un bebé, algo que a todos en la familia nos llenó de alegría.

Y así, con doce y ocho años respectivamente, Álvaro y Alejandra Blane se convirtieron en los hermanos mayores de María.

Desde el momento en el que supimos que iba a ser una niña, tanto Dylan como sus padres fueron quienes dijeron que debía llamarse María como mi madre. Ese día mi padre y yo, lloramos lo más grande.

Lo mejor de todo es que mi pequeña María era igual que su abuela, se parecía muchísimo a ella. Tenía su cabello castaño igual que yo, y unos bonitos ojos marrones como el chocolate que siempre tuvo mi madre.

Mi padre veía algunas fotos de su María cuando era una niña y nos las enseñaba a todos para que viéramos que la pequeña de la familia Blane era clavada a su abuela materna.

Los padres de Dylan, el mío y mi tío adoraban a sus nietos y los mimaban y consentían a los tres por igual, bueno, mejor dicho, a los cuatro, porque Raquel y Fran, que se casaron un año después que nosotros, se quedaron embarazados al mismo tiempo y su pequeño Daniel tenía ya seis años igual que María.

—Mamá. —Me giré al escuchar la voz de mi hijo, esa que, a sus dieciocho años, era la de todo un hombre.

Y qué hombre iba a ser, que ya era tan alto como Dylan y yo me veía chiquitita a su lado.

—¿Quieres una galleta, Álvaro? —le preguntó María, que estaba tomando su merienda.

—¿Son de chocolate, enana?

—Sí —sonrió mientras se la daba.

—¿Qué pasa, cariño?

—Quería hablar contigo.

—Claro.

—Y con papá también.

—Dime que no has dejado embarazada a alguna chica, que eres mi niño todavía.

—¿Voy a tener un primo? —chilló María emocionada, que esta me había salido como Alejandra, sin filtros al hablar.

—No, no, enana —rio él—, y en todo caso cuando sea, será un sobrino.

—Vaya, qué pena. Mami, ¿podéis darme papi y tú un hermanito?

—¿Vamos a tener otro bebé en casa? —gritó Alejandra, que a sus catorce años era una preciosa señorita.

—¿Estás embarazada, mi vida? —Dylan me abrazó, pero veía algo de temor en sus ojos.

—A ver, vamos a centrarnos todos un poco. Aquí no hay niño, niña, ni gemelos —dije tocándome la barriga—. Álvaro no ha dejado embarazada a nadie, y no vais a ser tíos.

—¿Entonces qué pasa?

—Eso quisiera yo saber, Alejandra, tu hermano dice que quiere hablar con nosotros.

—¿Qué ocurre, hijo? —le preguntó Dylan.

—Pues que he tomado una decisión con respecto a mi futuro profesional.

—Oh —dijimos su padre y yo al unísono.

Siempre habló de que le gustaba mucho el periodismo, y dado que su familia paterna se dedicaba al mundo de la televisión, no era de extrañar, pero también quería tener la posibilidad de formarse para ser un gran empresario como Dylan, así que la pelota estaba en su tejado, sin lugar a duda.

—Me gustaría formarme para seguir tus pasos y, cuando ellas estén listas, dirigir la empresa familiar —le dijo a Dylan, que sonrió aliviado.

—No sabes cuánto me alegro de escuchar eso, hijo. —Le dio un abrazo y a mí se me saltaron las lágrimas.

Mientras ellos charlaban del futuro de mi niño, yo recordaba todo lo malo que pasé y viví durante los años que me habían prohibido tenerlo conmigo. Siempre vi tan lejana esa posibilidad que el hecho de tenerle aquí ahora, siendo todo un hombre, me hacía inmensamente feliz.

Todos ellos, mi marido y nuestros tres hijos eran justo lo que siempre había necesitado en la

vida para alcanzar la verdadera felicidad.

Ojalá allí donde estuviera mi madre pudiera verme sonreír como tantas veces me pidió que hiciera. Ojalá, en otra vida, tuviera la suerte de volver a encontrarme con ella y con todas las personas que le daban paz y sentido a cada día de mi vida.

RRSS:

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: **relinks.me/AriadnaBaker**
Facebook: Marcos Álvarez Castro
Instagram: @marcosalvarezcastro
Amazon: **relinks.me/MarcosAC**